



ESCOGÉS HASTA EN EL AMOR

ABRIL CASAMAYOR

Escocés hasta en el amor

Abril Casamayor

© 2026 Abril Casamayor

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los personajes, lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia.

Primera edición, 2026.

Escocés hasta en el amor

1. [Capítulo 1 — Tarifa por minuto](#)
2. [Capítulo 2 — El testamento del happy hour](#)
3. [Capítulo 3 — Protocolo](#)
4. [Capítulo 4 — Ítem 1: La ronda](#)
5. [Interludio I](#)
6. [Capítulo 5 — Ítem 2: Los intereses de Morag](#)
7. [Capítulo 6 — Ítem 3: Las zapatillas](#)
8. [Capítulo 7 — Save Like a Scot](#)
9. [Capítulo 8 — Ítem 4: La despensa \(I\)](#)
10. [Capítulo 9 — La despensa \(II\): pillado](#)
11. [Interludio II](#)
12. [Capítulo 10 — Ítem 8: El jersey](#)
13. [Capítulo 11 — La cláusula](#)
14. [Capítulo 12 — El proyector](#)
15. [Capítulo 13 — Ítem 6: La muerte tenía un precio](#)
16. [Interludio III](#)
17. [Capítulo 14 — Serrín](#)
18. [Capítulo 15 — Ítem 5: Flores, dando la cara](#)
19. [Capítulo 16 — Ítem 7: El ceilidh](#)
20. [Capítulo 17 — El dron](#)
21. [Capítulo 18 — Ítem 9: La carta](#)
22. [Interludio IV](#)
23. [Capítulo 19 — El aval](#)
24. [Capítulo 20 — Ítem 10: Presupuesto en blanco](#)
25. [Capítulo 21 — Ardsholm](#)
26. [Capítulo 22 — Inventario](#)
27. [Capítulo 23 — Jueves](#)
28. [Capítulo 24 — La partida última](#)
29. [Capítulo 25 — Acta en blanco](#)
30. [Capítulo 26 — El tique](#)
31. [Interludio V](#)
32. [Capítulo 27 — El directo](#)

33. [Capítulo 28 — Colisión](#)
34. [Capítulo 29 — El forro](#)
35. [Capítulo 30 — Contabilidad del paraíso](#)
36. [Capítulo 31 — Dimisión](#)
37. [Capítulo 32 — Ítem 11: Amparo](#)
38. [Capítulo 33 — Día cuarenta, mañana](#)
39. [Capítulo 34 — Ítem 12: El paraguas](#)
40. [ACTA FINAL](#)
41. [Epílogo — Un año después](#)

Capítulo 1 — Tarifa por minuto

Tengo veintinueve años y nunca he tenido un paraguas. En mi defensa: soy de Almería.

Lo pensé en la marquesina de Strathdreich, si es que puede llamarse marquesina a un techo de chapa con tres agujeros colocados — juraría— con criterio artístico, mientras el autobús que me había traído desde Inverfarr se alejaba levantando una cortina de agua que me alcanzó de lleno y de lado. De lado. Eso fue lo primero que aprendí del norte de Escocia: aquí la lluvia no cae, viaja. Tiene una dirección, una intención y, sospecho, una matrícula.

Yo llevaba mi chubasquero amarillo, comprado el jueves anterior en Madrid por cuarenta y nueve euros con noventa y cinco. La etiqueta decía «resistente al agua», que es una manera educada de decir que el agua y él se llevan bien. A los cuarenta segundos de intemperie ya éramos tres los empapados: la maleta, el chubasquero y yo. La maleta, al menos, no se había gastado cincuenta euros en autoengaño.

Hice lo que hago siempre que el mundo se desordena: una lista.

Una: cruzar la plaza hasta el edificio con luz, que según el mapa era el pub y según el rótulo era The Thistle & Thimble. Dos: pedir mi habitación, reservada, confirmada y reconfirmada. Tres: colgar el chubasquero a secar —a escurrirse, seamos serias—. Cuatro: informe de llegada al despacho antes de las ocho. Cinco: dormir ocho horas, porque el plazo empezaba a contar desde hoy y yo pensaba llegar a la lectura del testamento con la ventaja de la única persona descansada del condado.

La plaza medía unos doscientos metros. En Almería, doscientos metros son un paseo. Allí, con aquel viento, eran una travesía con

escalas.

Iba por la escala segunda —el soportal de una ferretería cerrada— cuando se abrió la puerta de al lado y salió un hombre del tamaño de una puerta y media. Salió, me vio, miró el cielo, volvió a mirarme, y en su cara ocurrió una operación matemática. No exagero: se le vio hacer números. Luego abrió un paraguas granate, enorme, antiguo, con la tela llena de remiendos de hilos distintos —conté cuatro sin querer; uno era rojo—, cruzó los seis pasos que nos separaban y lo sostuvo sobre mí con la resignación de quien cumple una condena breve.

—Gracias —dije—. Es usted muy amable.

—No —dijo él.

Lo dijo con total tranquilidad, mirando al frente, como quien corrige un dato en un formulario. Olía a serrín y a lana mojada, y de cerca era todavía más grande, una de esas personas que hacen que los portales parezcan mal medidos.

—¿No?

—Amable no. Si esto fuera un negocio, le estaría cobrando veinte peniques por minuto.

—¿Veinte peniques? —Me salió el tono de quien revisa una factura—. ¿Cobertura completa o solo el flanco derecho? Porque por la izquierda me está entrando media Escocia.

—La izquierda es del viento. Yo no gestiono el viento. —Hizo una pausa exacta—. Veinte peniques es la tarifa de 1987. Congelada. No encontrará nada mejor en el condado.

Caminamos. Es decir: él caminó y yo fui debajo, dando pasos y medio por cada paso suyo, calculando —porque una no se apaga de un día para otro— que a veinte peniques el minuto y a aquel ritmo,

la travesía de la plaza salía por unas ochenta peniques, gastos de viento aparte. En mi tierra, con ese dinero, te dan un café y conversación. Aquí, por lo visto, techo portátil y monosílabos.

—¿Y usted es...? —pregunté cuando el rótulo del pub ya nos goteaba encima.

Me miró un momento. Tenía esa clase de cara que no informa: cejas oscuras, barba corta, una bufanda de cuadros que había conocido décadas mejores.

—Me debe tres minutos —dijo—. Se los perdono. Bienvenida a Strathdreich.

Y se fue. Así, sin nombre, de vuelta a la lluvia con su paraguas remendado, como si el diluvio fuera un vecino de toda la vida con el que no hace falta ser cortés.

Dentro del pub olía a turba, a cerveza y a perro razonablemente seco. Detrás de la barra, una mujer de unos cincuenta años con el pelo recogido a lo práctico me miró de arriba abajo, tomó nota de mi estado general y sacó una toalla de debajo del mostrador antes de que yo dijera esta boca es mía.

—Tú eres la notaria española —dijo. No era una pregunta.

—Abogada. Fedataria a efectos del testamento. Rocío Salmerón. Tengo una reserva...

—Habitación de arriba, la que da a la plaza. Eilidh. —Se señaló a sí misma con el pulgar—. Si oyes ruido por la noche, es el canalón. Si oyes música, es Hamish, que ensaya el parte del tiempo. Si oyes las dos cosas, es viernes.

Era martes. Tomé nota mental de todo, que es mi manera de rezar.

Pedí una caña —media pinta, tradujo una adolescente desde la otra punta de la barra, sin levantar la vista del libro— y esperé, por reflejo, lo que en mi tierra viene con la caña: el platillo. Aceitunas, unas patatas, un ajillo si el bar se quiere. Esperé como espera un girasol de noche: con fe y sin fundamento. La cerveza llegó sola, hermosa y viuda, y comprendí que estaba en un país donde las bebidas no vienen acompañadas, vienen huérfanas. Lo apunté en la lista de agravios comparativos, sección primera, epígrafe uno.

En el móvil tenía tres audios de mi madre que sumaban once minutos —los dejé en barbecho; mi madre no deja mensajes, deja pódcast— y una llamada perdida de Villalba. Villalba no deja audios. Villalba te hace llamarle, que es más barato para él en todos los sentidos.

Llamé desde la habitación, con el chubasquero escurriéndose en la ducha como un ahorcado amarillo y la ventana convertida en un documental sobre el agua.

—Salmerón. —Villalba pronuncia los apellidos como quien pasa lista de un rebaño—. ¿Instalada?

—Instalada y calada, por este orden. Mañana a las cinco es la lectura. Enviaré informe diario, tal y como...

—Sé lo que pone el encargo, lo redacté yo. —Papeles al fondo; Villalba siempre tiene papeles al fondo, creo que los agita para dar ambiente—. Escúcheme. Este asunto es más importante para el despacho de lo que parece desde ahí. El causante nos designó fedatarios y algo más: si la condición testamentaria no se cumple, la administración del traspaso pasa por nosotros. Diez años de fideicomiso. ¿Me sigue?

—Le sigo. —Le seguía. Fideicomiso durante una década: honorarios recurrentes, la palabra favorita de la casa después de «facturable».

—Bien. Entonces entiéndame esto: rigor, Salmerón. Rigor absoluto. Ni una firma de cortesía, ni un criterio flexible, ni una interpretación generosa. Si esto acaba como tiene que acabar, la plaza de asociada sénior lleva su nombre.

Colgó antes que yo, que es su manera de firmar.

Me quedé un rato con el móvil en la mano, mirando la plaza. «Como tiene que acabar.» Lo archivé donde archivo las frases de Villalba: en la carpeta de cosas que significan «hágalo perfecto». Rigor. Eso sabía dárselo. El rigor es lo único que en mi familia no se ha embargado nunca.

Saqué el plan de la funda del bolso. Mi plan a cinco años, plastificado —sí, plastificado; ríete, pero el papel se moja y los planes no deberían—, con sus casillas y sus fechas. En la casilla de este trimestre pone: «Expediente Escocia. 40 días. Volver. Plaza.» Cuarenta días son cuarenta días: una legislatura corta, un barbecho breve, sesenta horas de sol almeriense repartidas con cuentagotas británico. Se sobrevive.

Abajo, en la plaza, el hombre del paraguas cruzaba de vuelta hacia la ferretería con el granate abierto, solo, enorme, absurdo y —esto lo pensé sin permiso— bastante bien llevado. Caminaba como si la lluvia le debiera dinero.

Me senté en la cama, saqué el portátil y abrí una plantilla nueva. Hay gente que llega a los sitios y enciende una vela, o se hace una foto, o llama a casa. Yo levanto acta. Cada una reza como puede.

«ACTA N.º 0 — Día 1 del plazo.

En Strathdreich, condado de Inverfarr, siendo las 19:40 del martes, comparece ante sí misma la letrada que suscribe y HACE CONSTAR:

Primero. Que ha llegado al término municipal por el autobús de las 17:55, con un retraso de once minutos que el conductor ha

atribuido, textualmente, "al tiempo", sin especificar si al meteorológico o al tiempo en general.

Segundo. Que el plazo testamentario de cuarenta días ha comenzado a computar en el día de hoy, por así disponerlo el causante, que al parecer calculó hasta la fecha de mi billete. Se hace constar que esta letrada no había sido nunca la manecilla de un reloj ajeno y que la experiencia, de momento, moja.

Tercero. Que el chubasquero adquirido al efecto ha resultado decorativo.

Cuarto. Que un vecino no identificado ha prestado a la compareciente servicio de cobertura pluvial durante aproximadamente cuatro minutos, informando de una tarifa de veinte peniques por minuto, tarifa de 1987, congelada, cuyo cobro ha condonado unilateralmente. No consta a esta letrada la inflación escocesa. No consta el nombre del vecino. Consta el paraguas: granate, de varillas largas, con cuatro remiendos a la vista, uno de ellos de hilo rojo.

Quinto. Que mañana, a las 17:00, se procederá a la lectura del testamento en el establecimiento The Thistle & Thimble, en horario de precios reducidos, por expresa disposición del causante.

Sexto. Que la que suscribe ha venido a dar fe, no a mojarse, y que confía en que ambas actividades resulten compatibles.

Doy fe.»

Capítulo 2 — El testamento del happy hour

El entierro de mi abuelo me costó cero libras. Lo dejó todo pagado en 2019, cuando la funeraria de Inverfarr hizo un descuento del doce por ciento por contratación anticipada. Fergus fue al velatorio de otro, oyó la oferta y firmó la suya allí mismo, con el muerto delante. Decía que los precios, como el pescado, hay que cogerlos frescos.

La lectura del testamento, en cambio, iba a salirme cara. Lo supe por la hora: las cinco de la tarde de un miércoles. Happy hour. Fergus la eligió por escrito, «para que la asistencia le salga gratis a la parroquia y la parroquia no tenga excusa». Funcionó. A las cinco menos cuarto no cabía un alma en el Thistle & Thimble, y eso que había dejado de llover a las cuatro, cosa que Hamish anunció desde la barra como se anuncia un armisticio.

Yo llegué a las cinco en punto, con el paraguas del abuelo colgado del brazo porque el cielo no había firmado nada. Me senté al fondo. Delante de la chimenea habían puesto una mesa, y en la mesa, un abogado de Edimburgo con un traje que costaba lo que un tejado a dos aguas. Se llamaba Drummond. A su lado, con una carpeta y el pelo todavía húmedo, la mujer de ayer.

La notaria de Madrid resultó ser la mujer a la que fié tres minutos de paraguas. Yo ya lo sabía desde el minuto uno, claro: en este pueblo, una maleta nueva y un chubasquero amarillo se anuncian solos. Por eso mismo no me presenté. Al enemigo, ni el nombre. Y ella era, por definición de su cargo, la persona pagada para verme la cara durante cuarenta días. Nadie me la había visto tan seguido desde el dentista de Inverfarr, y al dentista, por lo menos, se le puede mentir.

Drummond carraspeó. El pub bajó el volumen hasta ese silencio de iglesia con grifo que tienen los sitios donde acaba de morir alguien importante.

—Última voluntad de Fergus MacRae —leyó—. «Empezaré por las deudas, que es por donde debería empezar todo el mundo.»

Primera deuda: Morag Sinclair. El pub entero se giró hacia Morag, que ya tenía el bolígrafo fuera.

—«A Morag: las tres libras con cuarenta que le debo desde 1987. Sin intereses, que no soy tonto.»

Morag apuntó algo. Después levantó la cabeza y dijo, a nadie y a todos:

—Treinta y nueve años esperando, y el interés me lo deja de insulto.

—«A Hamish Petrie —siguió Drummond—, mis cuadernos de lluvia, de 1961 a la fecha, con los registros diarios del pluviómetro de la carpintería, para que el día que Kirkbraw discuta el récord tengamos munición.»

Hamish se levantó, recogió la caja que le tendía Drummond, se sentó y lloró un poco, en silencio, con la caja abrazada. Fue el único llanto de la tarde y a nadie le pareció desproporcionado.

—«A mi sobrino nieto Malcolm, ausente por compromisos de su gira, como era de prever, mis libretas de contabilidad. Sesenta años, sin saltarse un día. Para que vea lo que es constancia.»

Hubo risas administradas. Malcolm tiene un programa que se llama Ahorra como un escocés y ciento y pico mil oyentes que le creen. Fergus le escuchó un episodio entero, una vez. Dijo que era como oír a un vegetariano dar clases de matanza.

—«El resto de mis bienes —Drummond pasó una página—, consistentes en la carpintería, el edificio del cine Regal, las tierras de Achnashee y una cartera de valores cuyo detalle obra en el anexo segundo, con un valor conjunto, a fecha de esta escritura, de dos millones cuatrocientas mil libras esterlinas...»

No terminó la frase. No pudo. El pub hizo un ruido que no le había oído nunca: el de sesenta personas tragando a la vez.

Dos millones cuatrocientas mil. Hice la cuenta sin querer, que es como hago todas: eran doscientos años de mi facturación. Mi abuelo, el hombre que apagaba la calefacción en enero por disciplina, el que remendaba un paraguas antes que jubilarlo, el que me enseñó que un clavo doblado se endereza. Dos coma cuatro millones, quietos, callados, criando intereses en la oscuridad como setas.

—«...pasan a mi nieto Callum, único pariente que ha heredado lo importante, bajo la condición que sigue.»

Y entonces Drummond leyó la Lista.

No voy a fingir que la recuerdo con serenidad. La recuerdo por partidas, como recuerdo los desastres.

—«Ítem primero. Invita a una ronda a todo el pub sin anunciarlo. Y sin que se te note en la cara.»

Risa general. Yo noté el primer aviso: un tirón pequeño en la ceja izquierda, hacia abajo, como un anzuelo de trucha. No había pagado nada todavía. Mi cara trabaja con previsiones.

—«Ítem segundo. Págale a Morag mis tres libras con cuarenta. Con los intereses de treinta y nueve años. Compuestos, que sé que sabes calcular.»

Morag se puso en pie y aplaudió sola durante un tiempo que consideró justo. Nadie la acompañó y no le hizo falta.

—«Ítem tercero. Tira las zapatillas. Sabes cuáles.»

Eso no le hizo gracia a nadie porque nadie lo entendió. Yo sí. Seguí mirando al frente.

—«Ítem cuarto. Llena la despensa de Agnes Lennox sin que sepa que fuiste tú. Ítem quinto. Flores, del ramo caro, a una mujer que no sea tu madre, y da la cara al entregarlas. Ítem sexto. Reabre el Regal una noche, pon una del Oeste, palomitas gratis. Ítem séptimo. Baila en público. Sobrio. Delante de testigos.»

El pub iba comentando cada partida como se comenta un partido: por lo bajo y con apuestas implícitas. Vi a Morag pasar página y trazar columnas.

—«Ítem octavo. Cómprate ropa nueva y quema el jersey. El del codo. Ítem noveno. Escribe una carta y envíala. No como yo. Ítem décimo. Gasta un día entero. En nada. Con alguien. Ítem undécimo. Ve a Almería. Devuelve lo que robé. Y paga mi deuda. Con intereses.»

Ahí se hizo otro silencio, distinto. En Strathdreich sabíamos de Almería lo que Fergus contaba cuando le daba por contar, que era poco y siempre lo mismo: que estuvo de carpintero en unas películas del Oeste, que el desierto existe y que una vez llovió en él. Nadie sabía que allí se dejara deudas. Fergus no dejaba deudas ni de palabra.

—«Ítem duodécimo. —Drummond levantó la vista un segundo, me buscó, volvió al papel—. Cómprate un paraguas nuevo. El mío, regálalo. Sabrás a quién.»

Yo tenía el paraguas en la mano. Lo tuve más fuerte. Cuarenta años viéndolo en el paragüero de la carpintería, remendándose a sí mismo

como un veterano, y ahora resultaba que era un ítem. El último. Sabrás a quién. Mi abuelo llevaba muerto once días y seguía sabiendo cosas que yo no.

—Condiciones de ejecución —siguió Drummond, y el tono le cambió a moneda—: plazo de cuarenta días a contar desde la llegada de la fedataria, que se produjo ayer.

Llevaba un día de plazo gastado sin haber firmado nada. Muy de Fergus: cobrarme el tiempo por adelantado.

—Cada ítem será certificado por la letrada doña Rocío Salmerón, del despacho Ordax y Villalba, de Madrid, designada por el causante, y cito, «porque un notario de aquí acabaría dejándole hacer trampas, que en el fondo todos le tenemos ley». El incumplimiento de un solo ítem, o cualquier fraude en su ejecución, transmite la totalidad del caudal al Ayuntamiento de Kirkbraw, con destino a su Centro de Bienestar y Sol.

Lo de Kirkbraw levantó al pub como un resorte. Hubo abucheos ordenados. Dougie gritó lo del microclima —«¡lo tienen comprado, está documentado!»— y el reverendo Buchanan, que había venido a bendecir el happy hour y se había quedado por interés pastoral, pidió calma con las dos manos y la consiguió a medias, que es su porcentaje habitual.

—¿Y esto es legal? —preguntó Dougie cuando bajó la marea—. Con todos los respetos al muerto.

La notaria cerró su carpeta y contestó sin levantar la voz, que fue lo que hizo que se la oyera:

—Esto se impugna en dos tardes. Lo sé. Lo sabía Fergus. Por eso el único gasto obsceno de su vida fueron tres bufetes de Edimburgo. Un avaro que paga abogados caros es un hombre muy enfadado o muy enamorado. Aún no sé cuál de las dos.

Me incomodó. No la frase: la puntería. Llevaba veinticuatro horas en el pueblo y ya le leía a mi abuelo por encima del hombro.

—Queda un trámite —dijo Drummond, y sacó una hoja aparte—. Disposición de cortesía: «La primera consumición de la fedataria en Strathdreich corre a cargo del heredero. Que aprenda pronto.»

El pub entero me miró. Eilidh ya estaba tirando la media pinta. La notaria puso cara de ir a protestar y luego cara de estar cobrando por no hacerlo. Me acerqué a la barra, saqué una libra con setenta, la puse en la madera y la ceja me hizo lo suyo delante de sesenta testigos y un perro. Nadie dijo nada. Todos lo vieron. Ella lo vio con más detalle que nadie, con un interés que no era de lástima ni de burla, sino de inventario, y eso fue peor.

—Puede aceptar o repudiar la herencia —me dijo Drummond, ya recogiendo—. Tiene hasta mañana.

Pensé en repudiar. Lo pensé de verdad, durante unos ocho segundos, que en decisiones de siete cifras es una eternidad. Gastar es abrir la puerta, y yo llevo veintiocho años cerrándola con llave desde aquella mañana de 1998 en que mi padre salió por ella invitando a todo el mundo a un futuro que no era suyo. Mi padre habría aceptado esta herencia antes de que Drummond terminara la frase. Estuve a punto de negarme solo por eso.

Después miré alrededor. Morag con sus columnas. Hamish con su caja de lluvia en el regazo. Senga, en la puerta, mirando el cartel apagado del Regal por la ventana. Sesenta personas que llevaban toda la vida sin cobrar por aguantarnos a los MacRae. Y al fondo del papel, esperando, el alcalde Fairweather con su centro de bienestar y su sol comprado.

Firmé. No por los dos millones cuatrocientas mil libras. Firmé porque regalárselas a Kirkbraw era el único gasto peor que gastarlas.

Quedaban treinta y ocho días. Los conté esa noche igual que se cuenta el dinero: dos veces, y a oscuras.

Capítulo 3 — Protocolo

Convoqué la reunión de protocolo a las nueve de la mañana en el pub, con orden del día impreso por triplicado, y a las nueve de la mañana estábamos en la reunión el orden del día y yo.

A las nueve y veinte llegó Eilidh, pero no cuenta porque vive arriba, como yo. A las nueve y cuarenta entró Hamish, colgó el chubasquero, miró mis papeles y emitió su parte —«frente cálido a mediodía, precipitación moderada, visibilidad decente para lo que es agosto»— con la solemnidad de quien comunica un ascenso propio. A las diez y cinco apareció el heredero, seco, puntual a su manera —después supe que para él «las nueve» significa «cuando abra la carpintería lo que tenga que abrir»—, y detrás de él fue goteando el pueblo entero con sus desayunos, porque aquí una reunión sin público es un desperdicio y el desperdicio, por lo visto, sí que ofende.

No me descompuse. Una se ha examinado en enero con gripe; una sabe trabajar en condiciones adversas.

—El protocolo es sencillo —dije, y levanté el documento—. Uno: presencia física de la fedataria en la ejecución de cada ítem. Dos: acta por escrito, con lugar, fecha, hora y testigos hábiles. Tres: los pagos, documentados; los gestos, presenciados. Cuatro: interpretación conforme a la letra y, en su defecto, al espíritu del testador. Y cinco: todo ítem que resulte viciado podrá subsanarse mediante repetición íntegra dentro del plazo.

—Repetición íntegra —dijo el heredero. Estaba apoyado en la barra con su café, sin sentarse, como quien no piensa quedarse a vivir en la conversación—. ¿Eso quiere decir pagar dos veces?

—Solo si lo hace usted mal.

—Entonces defíname mal.

—Se lo definiré cuando lo vea. Es mi especialidad.

Se quedó callado un segundo de más y comprendí, con retraso de dos días, que aquello era humor. No sonrió. No sonríe sus propias frases; las deja en la mesa como quien deja el cambio exacto y se va. Tardé en aprender a cobrarlas.

Morag pidió la palabra para «una cuestión de procedimiento». Le di la palabra. Error de novata.

—¿El protocolo prohíbe expresamente las apuestas sobre los ítems?

—El protocolo no se pronuncia sobre las apuestas.

—Con eso me vale —dijo Morag, y cerró su libreta con un golpe seco de escribana medieval.

Levanté la sesión a las once, es decir, la sesión me levantó a mí: descubrí que la reunión no había terminado, sino que se había transformado en otra cosa, un organismo con turnos de barra y opinión ilimitada, y que mi orden del día circulaba de mano en mano recibiendo enmiendas verbales que nadie pensaba someter a votación. En mi despacho de Madrid las reuniones duran cincuenta minutos y sobran cinco. Aquí «tomar algo» es una unidad de tiempo sin equivalencia métrica. Lo comprobé empíricamente: entré en el pub a las nueve de la mañana y salí a las tres y media de la tarde, sin haber almorzado y habiendo almorzado, si eso tiene sentido, porque de la cocina fueron saliendo cosas —un caldo, un pastel de carne, algo frito de identidad reservada— que se posaban delante de mí sin que yo las pidiera y desaparecían de la cuenta sin que yo las pagara.

—Esto lo tengo que pagar —le dije a Eilidh, señalando el plato.

—Ya lo pagará alguien —dijo ella, y «alguien», en su contabilidad, es una categoría estable, solvente y sin rostro, como un fondo de inversión de la bondad.

Aproveché la tarde para lo que Villalba llamaría reconocimiento del terreno y yo llamé, en el informe, «verificación de infraestructuras». Strathdreich tiene una calle principal con forma de ese, una iglesia gris con un reverendo que saluda como si te absolviera en diferido, un cine muerto —el Regal, con su cartelera vacía y sus letras de otra década— custodiado por una señora llamada Senga que me miró de arriba abajo y dictaminó: «Forastera al amanecer», lo cual, me explicó la sobrina de Eilidh, es un título de película y un diagnóstico. La sobrina se llama Isla, tiene diecisiete años, lee en la barra novelas con dragones y ejerce de traductora oficial entre los mayores del pueblo y el resto del planeta.

—Lo que ha dicho Morag —me tradujo en un momento dado, señalando con la barbilla— es que le caes bien.

—Ha dicho, literalmente, que parezco de las que embargan.

—Eso. Que le caes bien.

También está Dougie, el mecánico, que me explicó sin que yo preguntara que el microclima de Kirkbraw «no es natural», que hay antenas en el monte, que un primo suyo vio los camiones. Le pregunté qué camiones y me dijo que eso quería saber él. Me cae bien Dougie. Tiene la épica de mi tío Paco cuando habla del pantano.

Y luego está lo que vi al volver, y que consigno aquí porque no sé todavía en qué columna va.

Al pasar por la calle de atrás, el heredero estaba subido a una escalera en casa de Morag, con la lluvia recién reanudada —frente cálido de mediodía, había prometido Hamish, y cumplió—, cambiando un tramo de canalón. Sin prisa. Sin paraguas. Morag le

sostenía la escalera y le daba conversación, y él respondía con la cabeza dentro del canalón, y cuando terminó recogió las herramientas, bajó, rechazó con un gesto algo que Morag le ofrecía —dinero no: un táper— y aceptó el táper a la segunda, que por lo visto es el precio de mercado de los tápers aquí.

Cobra por minutos de paraguas y no cobra por mañanas de tejado. La contabilidad de este hombre tiene agujeros o tiene un idioma. Todavía no sé cuál de las dos cosas, y me fastidia más de lo razonable no saberlo, porque los idiomas se aprenden y los agujeros se caen.

De vuelta en mi habitación escuché por fin uno de los audios de mi madre. Cuatro minutos cuarenta y siete. Asuntos tratados: que si como caliente; que la niña de la Puri se ha echado un novio de Huércal; que ha visto en la tele que en Escocia hay un monstruo en un lago y que no me bañe; que el pantano está al treinta y uno por ciento, «fíjate tú, con la de agua que te está cayendo a ti, hija, si se pudiera mandar»; y que me deja ya, que no quiere enrollarse. Mi madre lleva sin querer enrollarse desde 2011.

Le contesté con un mensaje de texto: «Aquí sobra agua y la tiran. Te quiero. No hay monstruo.» Lo del monstruo no me consta, pero a mi madre se le da fe como a los documentos públicos: por sistema.

Informe a Villalba, enviado a las 19:58: dos folios, membrete, cero adjetivos. Respuesta de Villalba a las 20:03: «Recibido. Rigor.» Cinco letras y me sobraron dos para notar que la palabra empezaba a oler raro, como esas frutas que se estropean por dentro y por fuera siguen de foto.

«ACTA N.º 1 — Día 3 del plazo.

En Strathdreich, jueves, siendo las 22:10, la letrada que suscribe
HACE CONSTAR:

Primero. Que el protocolo de certificación ha quedado aprobado en reunión pública celebrada en The Thistle & Thimble, por el procedimiento local de aclamación ética, con la única enmienda de facto de que las reuniones en este término municipal carecen de hora de cierre, de orden del día vinculante y de final detectable.

Segundo. Que queda establecida la cláusula de subsanación: todo ítem viciado podrá repetirse íntegramente dentro del plazo. El heredero ha preguntado si repetir significa pagar dos veces. Se le ha respondido que solo si lo hace mal. Se hace constar que la definición de "mal" queda reservada al criterio de esta letrada, que lo ejercerá con arreglo a Derecho y sin ningún placer, o con muy poco.

Tercero. Que el término municipal dispone de una calle, una iglesia, un cine clausurado, un mecánico con hipótesis y un servicio meteorológico unipersonal de fiabilidad, hasta la fecha, del cien por cien.

Cuarto. Que la manutención de esta letrada viene siendo sufragada por una entidad local denominada "alguien", de la que no consta CIF.

Quinto. Que el heredero ha sido observado ejecutando trabajos de canalón a título gratuito bajo precipitación moderada. El dato se consigna sin calificación jurídica, a resultas de ulterior análisis.

Sexto. Que mañana comienza la ejecución del ítem primero.

Doy fe.»

Capítulo 4 — Ítem 1: La ronda

El viernes a las cinco y cuatro de la tarde entré en el pub con un objetivo, un presupuesto y un plan. A las cinco y once ya no tenía ninguna de las tres cosas.

El plan era razonable. El ítem decía «invita a una ronda a todo el pub», y el pub, a las cinco de la tarde de un viernes, eran cuatro parroquianos y un perro. Wullie el de Achnashee, dos jubilados del turno de dominó y el viejo Tam, que técnicamente no consume porque se duerme antes. Una ronda a ese censo salía por nueve libras con sesenta. El perro bebe agua. Había elegido la hora como se eligen las cosas importantes: mirando la letra del contrato y el reloj a la vez.

La notaria estaba en la mesa del rincón con su carpeta. Levantó la vista, hizo el inventario de la situación —el pub vacío, mi cara de eficiencia, la hora— y no le hizo falta más.

—No —dijo.

—El ítem dice «todo el pub». Esto es todo el pub.

—Esto es todo el pub igual que un charco es el Atlántico si lo mide usted a las cinco de la tarde. La letra dice «todo el pub» y el espíritu del testador dice el pub lleno, y usted lo sabe mejor que yo, porque el espíritu del testador le enseñó a calcular intereses compuestos.

—Recurro.

—¿Ante quién?

Buena pregunta. Miré alrededor. Wullie levantó su vaso, solidario con quien fuera que ganara. El perro bostezó.

—Que conste mi protesta —dije.

—Constará —dijo ella, y les juro que la vi disfrutar del verbo.

Así que el sábado por la noche volví, y el sábado por la noche el Thistle & Thimble no era un charco. Era la marea alta: las granjas del valle, el dominó en pleno, Dougie con su peña de la conspiración, Senga en su butaca de pasillo, Hamish oficiando la previsión del fin de semana, el reverendo Buchanan en misión de campo y Morag en su esquina con la libreta abierta y dos bolígrafos, por si uno moría en acto de servicio. Cincuenta y tantas almas y el perro. Ni un solo vecino de Kirkbraw, que para eso está la frontera del buen gusto.

Me acerqué a la barra como quien se acerca al borde de un tejado: sin dudar, que dudando es cuando uno se cae.

—Eilidh. —Bajé la voz—. Lo de todos, esta noche, a mi cuenta. Sin anunciarlo.

Eilidh me sostuvo la mirada lo que dura un diagnóstico.

—¿Todos todos?

—Todos.

—¿También Tam?

—Tam el primero. Que se lo beba dormido si quiere.

No dijo nada más. Tiró la siguiente pinta y la cobró como siempre, es decir, no la cobró: hizo un gesto con la barbilla hacia mi rincón cuando el cliente sacó el monedero. El cliente era Wullie. Wullie miró su monedero, me miró a mí, miró a Eilidh, volvió a mirarme, y en su cara pasó lo que pasa en las caras cuando el mundo se sale un centímetro de su carril. No dijo nada tampoco. Aquí las noticias

grandes se tratan como la lluvia: sin aspavientos, no vaya a crecerse.

La noticia se propagó por oleadas. Primero la barra, luego el dominó, luego las mesas del fondo, cada tanda de incredulidad un poco más lejos, como los círculos de una piedra en el agua, y yo en el centro haciendo lo más difícil que he hecho en años: nada. Beberme mi pinta. Sostener la cara. Porque el ítem tenía dos cláusulas y la segunda era la mala: «sin que se te note».

Se me estaba notando. Lo sabía porque el pub entero fingía no mirarme con una disciplina admirable, cincuenta personas concentradísimas en sus vasos y en sus cartas, y porque Morag había sacado el segundo bolígrafo y tomaba tiempos como un juez de línea. La ceja me pesaba igual que si le hubieran colgado una moneda. La sujeté a fuerza de pensar en tablones: pino, alerce, roble si la cosa se ponía fea. Hamish, con dos pintas de la casa —de mi casa— en el cuerpo, se puso en pie y declaró fenómeno sin precedentes en el registro local desde la nevada del noventa y cuatro, y pidió que constara. Todo el mundo pide últimamente que conste. Este pueblo ha descubierto la fe pública como otros descubren el pádel.

Hubo un momento malo. No lo esperaba y por eso fue malo. Un chaval de las granjas, contento, levantó su vaso hacia mí desde la otra punta y gritó «¡a la salud del que invita!», y durante un segundo exacto no vi el pub: vi el bar de Inverfarr un sábado de 1998, y a mi padre en el centro, con la chaqueta buena, invitando a rondas con un dinero que era de la caldera, del colegio y del invierno, y a todo el mundo queriéndole muchísimo hasta el martes siguiente. Mi padre invitaba así: en voz alta, con la cara encendida, cobrando en cariño lo que pagaba en futuro. Yo estaba invitando en voz baja, con la cara sujeta, con un dinero que todavía no era mío. La diferencia me pareció suficiente. Casi.

Bebí. El segundo pasó, como pasan.

A la hora del cierre —las once, esa costumbre local de guillotinar la noche en su mejor momento— me acerqué a la caja. Eilidh tenía el tique boca abajo sobre el mostrador y una expresión de estar a punto de decir algo que luego no dijo.

—¿Cuánto?

—Trescientas justas.

Trescientas justas. Cincuenta y pico personas, tres horas, whisky del bueno para el dominó. Me quedé mirando la cifra en el aire, redonda como una rueda, y todo lo que soy me pidió el desglose: partidas, unidades, precios, la aritmética entera de mi ruina. No lo pedí. Pedir el desglose era sacar la calculadora delante de cincuenta testigos, y la calculadora es mi cara, y la cláusula decía sin que se te note. Fergus, que en paz descansa y que en paz me tenga, había redactado el ítem para esto exactamente: para que por una noche pagara como pagan los hombres que no miran. Puse las trescientas sobre la madera. La ceja hizo su trabajo. La dejé.

Por el rabillo vi a Eilidh guardar el tique debajo del cajón del fondo, donde guarda lo que no tira, y vi a la notaria junto a la caja, con su carpeta cerrada, mirar el tique un momento antes de que desapareciera. Lo miró más tiempo del que se mira un tique. Después me miró a mí, y no escribió nada, y levantó su vaso un dedo, hacia mí, sin brindis y sin ruido, y aquello no estaba en ninguna cláusula.

Lo archivé. Archivo todo lo que no entiendo; algún día haré inventario.

Lo que pasó después tampoco estaba en el testamento. Nadie me dio las gracias, gracias a Dios: aquí la gratitud en voz alta se considera una forma de violencia. Lo que hicieron fue otra cosa. El dominó me cedió la butaca buena, la del respaldo, sin comentarios, como si llevara años siendo mía. Dougie me concedió la primera tirada de los dardos y perdió conmigo con una elegancia

sospechosa. Y un granjero de la parte alta, uno al que le habré dicho veinte palabras en la vida, me mandó un whisky «de vuelta», y me lo bebí sin saber dónde ponerlo, porque recibir es un oficio y yo no tengo las herramientas.

Cerró Eilidh, salí el último y no llovía. Lloviznaba, que aquí es el modo que tiene el cielo de no comprometerse. Crucé la plaza sin abrir el paraguas.

Trescientas libras por cincuenta desconocidos contentos. A la hora de cerrar, veinte me habían dado las buenas noches por mi nombre. Salía a seis libras el buenas-noches, quince si se prorratea solo entre los nuevos.

He pagado más por menos. Quedaban treinta y cinco días.

Interludio I

Strathdreich, noviembre de 1966

Amparo:

Te escribo desde la carpintería, con la estufa a medio gas porque el carbón está a precio de disgusto. Ha llovido todo el mes. Aquí eso no es noticia; te lo cuento para que veas que hay sitios donde el cielo también despilfarra.

He pensado mucho en el día del aguacero. En Tabernas me habían jurado que no llovía nunca, y yo, que me fío de las garantías por escrito, no traje paraguas de casa. Veinte minutos duró. Los americanos parando el rodaje, los caballos nerviosos, el director blasfemando en dos idiomas, y tú debajo del toldo de vestuario, riéndote de mí sin ningún disimulo mientras yo tapaba la madera de los decorados con mi chaqueta. La madera, Amparo. Llevaba tres meses cepillando aquellas puertas falsas para que unos vaqueros de mentira las abrieran de una patada, y las tapé con mi ropa como se tapa a un hijo. Tú dijiste que estaba mal de la cabeza. Puede. En mi familia la cabeza se hereda con los muebles.

Al sábado siguiente bajé a la capital y compré el paraguas. Ochenta y cinco pesetas en la calle de las Tiendas, en un comercio donde el dependiente me confesó, emocionado, que era el primer paraguas que vendía en tres años. Me pareció un robo y una obra de caridad al mismo tiempo, y todavía no he decidido cuál de las dos cosas pesa más. Era el último que le quedaba, viejo de tienda, con la tela suelta en una costilla, y tú me lo cosiste aquella tarde en el taller de vestuario con hilo rojo, porque era el que llevabas en el dedal, y me dijiste que un remiendo a tiempo vale más que una tela nueva. En eso estamos de acuerdo tú y yo, y no sabes el descanso que es estar de acuerdo con alguien en lo fundamental.

El paraguas ha llegado bien. Aquí trabaja a diario y cumple. Cuando lo abro parece que se abre un trozo de allí, no sé explicarlo mejor, y eso que el granate, con esta luz de aquí, se ha vuelto más serio, como todo lo que se viene al norte.

Te debo ochocientas noventa pesetas. No creas que se me olvida; a mí no se me olvida un céntimo desde 1943. Las tengo apartadas en una lata, con un papel que pone tu nombre. Pero he hecho las cuentas y me sale esto: si te las devuelvo, se me acaba la deuda, y si se me acaba la deuda, se me acaba la excusa. Un hombre que ahorra excusas: en eso me he convertido a la vuelta. No es una figura bonita, pero es exacta, y tú siempre dijiste que entre bonito y exacto me quedaría con exacto aunque doliera. Ya ves que me conocías en tres meses mejor que este valle en cuarenta años.

Aquí la gente es buena y el trabajo no falta. La casa aguanta. Yo aguanto. No es queja: es el parte.

Cuídame el dedal, si todavía lo tienes. Era de latón del bueno; el latón del bueno ya no se hace.

Fergus

P. D. No te la envío por ahorrarme el sello. Los dos sabemos que el sello no es el motivo.

Capítulo 5 — Ítem 2: Los intereses de Morag

El domingo a las ocho y media de la mañana, Morag Sinclair aporreó la puerta del pub con la libreta bajo el brazo, dos bolígrafos en el bolsillo de la rebeca y una frase preparada desde 1987:

—Vengo a cobrar.

Lo sé porque me despertó el aporreó, y porque cuando bajé —el pub no abre hasta las doce los domingos, pero Eilidh le abrió igual, que con Morag las horas comerciales son orientativas— ya estaba sentada en la mesa grande, con la libreta abierta por una página amarilla de tan vieja donde se leía, en tinta de otro siglo: «F. MacRae. 3,40. 12-3-1987. Dominó.»

—Treinta y nueve años —me dijo a modo de buenos días—. Sé el interés que quiero y sé que él sabe calcularlo. Usted procure que no se escape nadie.

Nadie pensaba escaparse. Para las diez, la noticia había hecho su ronda por el valle y el pub estaba a medio aforo un domingo por la mañana, que según Eilidh no pasaba desde la final de no sé qué año. Hamish llegó de la iglesia con el parte dominical —«mejora transitoria hasta las doce, luego lo de siempre»— y el reverendo Buchanan se dejó caer «de paso», con ese aire suyo de pastor que ha aceptado que su rebaño tiene dos templos y el suyo es el de peor cerveza.

El deudor llegó a las diez y cuarto con una calculadora de las de oficina, un cuaderno cuadriculado y cara de venir a un peritaje. Saludó con la cabeza en general y a mí en particular con un «letrada» que no supe dónde colgar. Después borró el menú de la

pizarra —Eilidh protestó por trámite— y escribió, con una letra de carpintero que parecía hecha a escuadra: *3,40 — 1987*.

—El testamento dice intereses compuestos —abrió—. No dice el tipo. Propongo la media del tipo básico del Banco de Inglaterra entre 1987 y hoy. La tengo calculada.

—¿Y a cuánto sale esa media? —preguntó Morag, entornando los ojos.

—Cuatro coma uno por ciento.

—Rechazado. —Morag ni miró la pizarra—. Yo pido el doce, que es lo que me cobró a mí el banco en el ochenta y nueve por el arreglo del tejado. Lo que vale el dinero lo decide el que espera, no el que debe.

—El doce por ciento compuesto durante treinta y nueve años convierte tres libras con cuarenta en doscientas ochenta y una libras —dijo él, sin tocar la calculadora—. Eso no es un interés. Es una expropiación con merienda.

—Pues mira qué bien, con merienda. Yo la pongo.

Intervine antes de que aquello sentara jurisprudencia.

—El criterio del testador es claro en lo esencial: quería que su nieto pagara intereses, cosa que el causante, en vida, no hizo jamás, según consta en su propio testamento y en el orgullo con que lo consta. A falta de tipo pactado, procede el más objetivable: la media documentada. Señor MacRae, enséñeme esa serie.

Me enseñó la serie. Año a año, en el cuaderno cuadriculado, con las fuentes anotadas al margen. Isla, requerida como perito independiente porque era la única persona del local sin dinero apostado, fue cantando los datos desde el móvil mientras él los señalaba con el lápiz, y no falló ni uno, y en algún punto de la

comprobación me descubrí disfrutando —una serie limpia, treinta y nueve filas sin un borrón, da un gusto que no voy a justificar aquí— y levanté la vista y él me estaba mirando con la misma cara con la que yo miraba el cuaderno, y los dos volvimos a los números a la velocidad del que retira la mano de una plancha.

—Cuatro coma uno —dictaminé—. Con constancia en acta del desacuerdo de la acreedora.

—Y del agravio —dijo Morag.

—Y del agravio.

La operación la hizo en la pizarra, a mano, con la calculadora de testigo muda: tres con cuarenta por uno coma cero cuarenta y uno, elevado a treinta y nueve. Escribió el resultado y lo subrayó una vez: *16,29*.

—Dieciséis con treinta —dijo Morag.

—Dieciséis con veintinueve —dijo él.

—Yo no cobro cifras cojas.

—Y yo no pago redondeos. El redondeo es la puerta por donde se escapa el dinero de los descuidados.

Se miraron por encima de la pizarra como dos escopetas. Y entonces, con toda naturalidad, Eilidh alargó el brazo hasta el bote que hay junto a la caja —un tarro de mostaza lleno de peniques huérfanos, de esos que la gente abandona por no llevarlos encima— sacó uno, lo puso sobre la mesa delante de Morag y volvió a sus grifos sin decir palabra. El pueblo entero suspiró de alivio a la vez, que fue como oír desinflarse un neumático grande.

—Que conste —dijo Morag, guardándose el penique comunal— que la deuda queda saldada y el agravio, vivo.

Él contó dieciséis libras con veintinueve en monedas ordenadas por valor, de mayor a menor, en columnas. Al empujarlas por la mesa, la ceja izquierda se le venció un milímetro, como un toldo al que aflojan la cuerda. Fue un momento. Lo vi porque llevo días mirando, con fines estrictamente periciales, esa ceja.

Lo que pasó después no estaba en el testamento, pero era hijo suyo. Morag apiló las monedas, las contempló con la ternura que otras señoras reservan para los nietos, y anunció:

—Queda inaugurada la banca.

—¿Qué banca? —pregunté, y supe al preguntarlo que la respuesta me iba a costar.

—La de apuestas de los ítems. Capital fundacional: dieciséis con treinta. —Palmeó la libreta—. El interés compuesto de Fergus financiando las apuestas sobre la herencia de Fergus. Al viejo le habría dado un ataque de risa y luego un ataque.

Abrió mercado allí mismo. Que si quema el jersey con público: casi seguro, se paga poco. Que si el baile acaba con alguien pisado: cinco a uno. Que si llora en el cine: ocho a uno, «y va bien que sea a oscuras, por la dignidad». La gente hacía cola con monedas y convicciones. A mí me ofreció, textualmente, «cuota preferente de fedataria», y decliné por imparcialidad, y que Dios me perdone lo que me costó, porque le eché un ojo a la pizarra de cuotas y estaban mal calibradas —lo del cine no es un ocho a uno ni de broma— y no poder decírselo es una forma de tortura que no venía en el máster.

Informe a Villalba, dos folios. Consigné el arbitraje, el tipo, la fuente. No consigné la banca. Hay cosas que Madrid no sabría dónde archivar.

«ACTA N.º 2 — Día 6 del plazo.

En Strathdreich, domingo, siendo las 14:20, la letrada que suscribe
HACE CONSTAR:

Primero. Que el ítem segundo ha quedado ejecutado mediante el pago a doña Morag Sinclair de dieciséis libras con veintinueve peniques, correspondientes a un principal de tres libras con cuarenta y a treinta y nueve años de interés compuesto al cuatro coma uno por ciento, tipo fijado por esta letrada conforme a la media documentada del período, cuya serie completa se adjunta como anexo y cuya limpieza aritmética se consigna sin que deba entenderse como elogio.

Segundo. Que la diferencia de un penique entre lo debido y lo exigido ha sido cubierta por una entidad depositaria local sin personalidad jurídica, en adelante «el bote», con cargo a su fondo de peniques huérfanos.

Tercero. Que la acreedora ha exigido que conste su agravio. Consta.

Cuarto. Que con el importe cobrado se ha constituido en el mismo acto una banca de apuestas sobre el resto de los ítems, actividad ajena al objeto de este expediente, sobre la cual esta letrada no se pronuncia, no se pronunciará y lamenta profundamente no poder pronunciarse.

Doy fe.»

Capítulo 6 — Ítem 3: Las zapatillas

La caja pesaba menos de lo que pesaba.

La saqué el lunes a primera hora de debajo de la cama, donde llevaba tantos años que el suelo tenía su marca, un rectángulo más claro en la madera, como la sombra de una ventana que ya no está. No la abrí. Sé lo que hay: unas zapatillas blancas del treinta y siete, marca de deporte, suela sin estrenar del todo, compradas en Inverfarr en marzo de 1998. No hace falta abrir las cajas que uno ha abierto seiscientas veces.

El ítem decía «tíralas», y tirar, en mi diccionario, es un procedimiento. Llamé a la letrada a las ocho y cuarto.

—Ítem tercero. Hoy. Requiere desplazamiento.

—¿Adónde?

—Punto limpio de Inverfarr. Contenedor de calzado y textil. Salgo a las nueve.

—¿Y no puede tirarlas en el contenedor de aquí?

—No.

Esperó dos segundos a ver si yo añadía algo. No añadí. A las nueve estaba junto a la furgoneta con su carpeta y unas botas rojas de tacón que en esta comarca durarán lo que un caramelo en la puerta de un colegio, y no dijo nada de la caja que iba en el asiento de en medio, entre los dos, con el cinturón puesto. El cinturón se lo puse sin pensar. Ella lo miró. Tampoco dijo nada. Le anoté el silencio en el haber.

Son once millas hasta Inverfarr por la carretera del lago. Llovía en cortinas, de esas que el limpiaparabrisas aparta y el mundo vuelve a correr, y durante las cuatro primeras millas no habló, cosa que según mis datos de la última semana debía de estar costándole un esfuerzo estructural. A la quinta milla cedió, pero por el lado bueno:

—¿Por qué el punto limpio, si el ítem solo dice tirarlas?

—Porque en el contenedor del pueblo las habría sacado alguien. Aquí la gente saca cosas de los contenedores por principio, por si acaso, y me las habría encontrado en el rastrillo de la iglesia en octubre a una libra. Los objetos vuelven. Hay que tirarlos donde no sepan volver.

Asintió despacio, apuntó algo, y no preguntó qué eran. Eso también se lo anoté.

Fergus me las compró un jueves. Lo sé porque los jueves mi madre libraba en la conservera de Inverfarr y aquella semana no libró, porque estaba al teléfono con el banco desde el martes, con la puerta de la cocina cerrada, y las puertas cerradas de aquella primavera se oían más que las abiertas. Mi padre se había ido el domingo. Se fue oliendo a colonia de los sábados, con dos maletas y una frase para cada vecino, y durante unos días fue como si se hubiera muerto alguien que además nos hubiera robado. Yo tenía once años y unas zapatillas con la suela despegada que aplaudían al andar. El jueves, Fergus me esperó a la salida del colegio, cosa que no había hecho nunca, me llevó a Inverfarr sin explicar nada, entró conmigo en la tienda de deportes, señaló las blancas del escaparate, las del precio en rojo, y le dijo a la dependienta: «Del treinta y siete. Que pruebe los dos pies.» Pagó con billetes planchados. Ya en la calle, con la caja bajo mi brazo, dijo la única frase que le oí sobre el asunto de mi padre en veintiocho años:

«Estas las he pagado yo. Lo pagado no se lo lleva nadie.»

No me las puse casi. Ese es el dato que nadie entiende y que yo no explico: las llevé al colegio dos lunes, vi lo que les hacía la grava del patio, y las guardé. Usé las viejas hasta que las viejas dijeron basta y luego otras de segunda mano, y las blancas se quedaron en su caja, nuevas, a salvo, porque a los once años yo ya había entendido la contabilidad de mi casa: lo que se gasta se acaba, lo que se acaba no vuelve, y no habría otras. Que sí las habría. Que Fergus me habría comprado veinte pares antes que verme descalzo. Eso lo sé ahora, a los treinta y nueve. La información siempre llega, lo que no llega a tiempo es la tarifa.

El punto limpio de Inverfarr abre a las diez. Llegamos a las diez y cuatro. Es un recinto de gravilla con contenedores de colores y un operario en una garita que nos miró como se mira a la gente que viene a tirar algo pequeño con dos personas y una carpeta.

El contenedor de calzado y textil es verde, con una boca de goma a la altura del pecho. Saqué la caja de la furgoneta. La letrada se quedó dos pasos atrás, con el bolígrafo quieto.

Abrí la caja. Por comprobar. Por nada.

Estaban como siempre: blancas, pequeñas, absurdas. Me cabían las dos en una mano, cosa que en algún momento de estos años había dejado de ser verdad y yo no me había enterado. Un treinta y siete. Yo calzo un cuarenta y siete. Entre un número y otro hay veintiocho años, una carpintería, un abuelo muerto y un padre en Alberta que manda felicitaciones de Navidad en enero, cuando los sellos bajan.

Las metí por la boca de goma. Hicieron, dentro, un ruido corto, a hueco, el ruido de las cosas que caen donde ya hay otras cosas. La caja vacía la doblé y la puse en el contenedor azul, porque el cartón va en el azul, y porque doblar cartón da a las manos algo que hacer mientras el resto de uno termina lo suyo.

—¿Quiere que conste algo más? —preguntó ella. Lo preguntó en voz baja y en tono de formulario, que era exactamente el tono que yo

podía permitirme a esa hora.

—Que el ítem está cumplido.

—Consta.

De vuelta paró de llover a la altura del lago, sin previo aviso, como paran aquí las cosas: sin pedir perdón. Ella miró el agua un rato largo y luego dijo, para el parabrisas más que para mí:

—Mi padre tenía invernaderos.

No dijo más. Yo no pregunté. Pero le anoté la frase donde anoto lo que no entiendo todavía, que es un archivo que últimamente crece solo, y casi todo lo que entra lleva su letra.

En el pueblo la dejé en la puerta del pub. Bajó, sujetó la carpeta contra el pecho por la llovizna nueva y, antes de cerrar la puerta de la furgoneta, miró el asiento de en medio, vacío, con el cinturón todavía abrochado sobre nada.

—Buen viaje el de hoy —dijo. Y entró.

Guardé la furgoneta, abrí la carpintería, afilé dos formones que no lo necesitaban. La marca clara del suelo del dormitorio seguirá ahí meses; la madera tarda en igualar los tonos, es de cicatriz lenta.

Quedaban treinta y tres días. Esa noche dormí mal y barato, como siempre; lo segundo empieza a no compensarme lo primero.

Capítulo 7 — Save Like a Scot

El martes a mediodía aparcó en mitad de la plaza un coche eléctrico del tamaño de mi piso de Madrid, y de él bajó un hombre con chaleco acolchado, dientes de anuncio y la sonrisa ya encendida desde dentro del coche, como quien viene con la luz dada de casa.

—El sobrino del pódcast —diagnosticó Eilidh desde la puerta, secándose las manos en el paño con más energía de la necesaria.

—Sobrino nieto —corrigió Morag, y abrió la libreta—. Cuota sobre cuánto se queda: menos de una semana se paga a uno con cincuenta.

Malcolm MacRae entró en el pub como entran los que viven de entrar en los sitios: repartiendo la mirada en abanico, buscando el ángulo. Traía un micrófono de mano, un trípode, un aro de luz y a nadie que le ayudara a llevarlo, de lo que deduje que el equipo humano se había quedado en otra temporada. Me localizó a los cuatro segundos.

—¡La notaria española! —Dos besos por sorpresa; en esta profesión te enseñan a encajar de todo menos el afecto preventivo—. Un placer, un honor y, si me lo permite, un contenidazo. Malcolm MacRae, *Save Like a Scot*. Ciento treinta mil oyentes que hoy van a conocer este pueblo.

—Abogada, no notaria. Y sujeta a secreto profesional en todo lo relativo al expediente.

—Por supuesto, por supuesto. El secreto es sagrado. —Bajó la voz a confidencia de vestuario—: ¿Y en términos generales, sin entrar en detalle, diría usted que la cosa va... bien, mal, regular?

—Diría que va en secreto.

Se rio como si le hubiera contado el mejor chiste del trimestre, apuntándose con el micrófono apagado, y fue a montar el estudio. Eilidh lo interceptó a medio camino con los brazos cruzados.

—Tarifa de rodaje. Cinco libras el plano de la barra, diez si sale el grifo dorado.

—Perdona, ¿me estás cobrando por grabar en el pub de mi propia familia?

—De tu familia era Fergus, y pagaba sus rondas. —Pausa de artillera —. Una, pero la pagó.

Pagó Malcolm las cinco libras con la cara de quien dona un riñón a un desconocido, y a las cinco de la tarde arrancó el directo. Lo tituló, leyendo de su propio móvil con voz de tráiler: «La herencia MacRae: el testamento más romántico y más ruinoso de Escocia». Su tío, dijo, le había enseñado «todo lo que sé sobre el ahorro», afirmación que provocó en el pub un silencio tan compacto que se oyó al perro tragar.

Lo que pasó durante la hora siguiente lo he visto hacer a los pueblos pequeños con los forasteros que vienen a llevarse algo, y es una forma de arte marcial sin contacto. Nadie le negó nada. Le dieron de más. Hamish pidió intervenir y coló el parte del tiempo «patrocinado por Canaiones Dougie, los canaiones que no gotean ni queriendo», y Dougie, desde el fondo, gritó el eslogan. Morag se sentó al micrófono a explicar el interés compuesto «para los oyentes jóvenes» y acabó ofreciendo cuotas en antena. Senga, consultada como «memoria viva del pueblo», respondió a las tres preguntas de Malcolm, por este orden: «Hasta que llegó su hora», «La muerte tenía un precio» y «Por un puñado de dólares», y Malcolm asentía a cada título con gravedad de entrevistador, sin entender que le estaban poniendo la banda sonora.

A la media hora entró el heredero a recoger un pedido de la cocina, vio el aro de luz y calculó la retirada un segundo tarde. Malcolm se

le echó encima con el abrazo preparado.

—¡Mi primo! ¡Señoras y señores, el hombre de los cuarenta días! — Lo abrazó para la cámara. Fue como ver a alguien abrazar un armario ropero: el armario aguantó, por educación con el mueble—. Crecimos juntos, oyentes. Juntísimos.

—Tres veranos —dijo el armario—. Y en dos llovió.

—¡Ese humor MacRae! —Malcolm se giró hacia el trípode—. Primo, una pregunta que se hace toda mi comunidad: ¿no te parece que el tío Fergus, en el fondo, nos dejó a todos un mensaje?

—A ti te dejó las libretas.

Las libretas, en efecto, estaban sobre la mesa: Drummond las había hecho llegar al pub esa misma mañana, seis décadas de contabilidad en dieciocho cuadernos atados con bramante. Malcolm los había hojeado al llegar, delante de mí, buscando algo —una dedicatoria, una cifra escandalosa, un titular— y había encontrado columnas de peniques de 1963 con la letra de nivel y plomada de la familia.

—¿Y esto es todo? —me había preguntado, pasando páginas con el pulgar como quien busca el capítulo bueno—. ¿Números?

—Es constancia —le había dicho Eilidh desde la barra, sin volverse.

El momento de la tarde, en cualquier caso, no lo dio el pueblo. Lo dio la técnica. Isla, promovida a ayudante de sonido por el método de estar cerca del cable, tocó algo que no debía o exactamente lo que debía —su cara no aclaró el punto y yo no pienso investigarlo— y durante ocho segundos el directo emitió lo que Malcolm le susurraba a alguien por el auricular en la falsa pausa: «...que me han caído dos patrocinios, Gav, que me hace falta esto, tú dile a los de la app que el pueblo da mucho branding...». Corte. Sonrisa. «Problemillas técnicos, familia.» El pub, piadoso, fingió unánimemente no haber oído nada, con esa disciplina suya para

fingir que ya conozco del sábado de la ronda, y Morag abrió en su libreta, sin comentarios, una página nueva.

A mí me buscó al final, ya sin cámara, que es cuando esta clase de hombres dice lo que ha venido a decir.

—Le seré franco, letrada. Mi equipo legal está valorando opciones respecto al testamento. Nada personal: diligencia. —El chaleco crujió en plan confidencial—. Y una curiosidad de oyente: los pagos de los ítems, los justificantes... ¿los custodia usted, o cada establecimiento?

—Custodio el expediente. El expediente es secreto. Y su equipo legal, si existe, sabe dónde está el juzgado.

—Existe —dijo, con una dignidad que le duró casi entera—. Kirkbraw. Bufete Fairbairn e Hijo. Llevan mis temas de tráfico.

Se despidió del pub en general con dos palmadas al aire, anunció «cobertura continuada» de la herencia y que se alojaba en Kirkbraw «porque el hotel tiene spa», frase que le costó más caro que la tarifa de rodaje, y la plaza se quedó mirando cómo el coche eléctrico se iba en silencio, que es la manera más cara de irse sin hacer ruido.

Antes de subir, repasé la tarde con la puntilla del oficio, y en el repaso se me quedó enganchada una cosa pequeña: la pregunta de los justificantes. Pensé, sin motivo concreto, en una cifra redonda que oí el sábado junto a una caja. Lo descarté. Las cifras redondas no son delito, y los hombres como Malcolm preguntan por los papeles de todo el mundo porque los suyos no aguantan una mirada.

«ACTA N.º 3 — Día 8 del plazo.

En Strathdreich, martes, siendo las 21:35, la letrada que suscribe
 HACE CONSTAR:

Primero. Que no se ha ejecutado ítem alguno en el día de hoy, dedicando la jornada el término municipal a una actividad que este expediente clasificará como visita de pariente radiofónico.

Segundo. Que don Malcolm MacRae, sobrino nieto del causante, ha manifestado en conversación privada que "su equipo legal está valorando opciones", identificándolo posteriormente como un despacho de Kirkbraw especializado en sanciones de tráfico. Se consigna a efectos de mapa.

Tercero. Que el citado pariente ha preguntado dos veces por el calendario de ejecución de los ítems y una por la custodia de los justificantes de pago. Se consigna a efectos de celo.

Cuarto. Que el establecimiento The Thistle & Thimble ha facturado al visitante cinco libras en concepto de tarifa de rodaje, operación que esta letrada consigna con una neutralidad que le está costando mantener.

Quinto. Que mañana se inicia la ejecución del ítem cuarto, cuya naturaleza exige de esta letrada funciones no previstas en su hoja de encargo, entre ellas el sigilo.

Doy fe.»

Capítulo 8 — Ítem 4: La despensa (I)

Hay listas de la compra y hay planes de asalto. La mía tenía las dos naturalezas.

La redacté el miércoles a primera hora en el banco de la carpintería, a lápiz, en dos columnas: no perecedero a la izquierda, fresco a la derecha. La izquierda se ejecutaba esa misma noche. La derecha, la noche siguiente, porque el pan del miércoles es el pan duro del viernes y una despensa llena de cosas a punto de ponerse malas no es un regalo, es una encerrona. El ítem decía «llena la despensa de Agnes Lennox sin que sepa que fuiste tú», y yo pensaba cumplir las tres cláusulas: llena, Agnes, sin.

La compra la hice en Inverfarr, en el supermercado grande, por higiene operativa: en la tienda del pueblo, comprar seis kilos de harina y ocho latas de sopa equivale a publicarlo en el tablón de la iglesia. Recorrí los pasillos con el carro y la lista, y en el pasillo de las conservas me pasó una cosa que consigno porque me la encontré ya hecha: llevaba en la mano la mermelada de la casa Buchan, la de frasco hexagonal, la cara, y no recordaba haber descartado la de marca blanca. No la había ni mirado. Volví atrás a mirarla, por disciplina, y la dejé donde estaba, y me llevé dos de la cara, porque Agnes unta la mermelada en las visitas y las visitas de Agnes se merecen el frasco hexagonal. Pagué ciento cuarenta y dos libras con sesenta. La ceja hizo su servicio completo, ahí no hubo novedad. La novedad era la otra: yo llevo toda la vida recortando listas, y esa la había alargado.

A las once menos cuarto de la noche recogí a la letrada en la puerta del pub. Había dejado de llover a media tarde y el cielo se había quedado cerrado en falso, como una puerta que no llega al marco.

Ella bajó vestida de lo que debía de ser su idea del sigilo: todo oscuro, correcto, y unas deportivas que chirriaban en los adoquines como dos ratones informando de nuestra posición.

—Protocolo —susurró, enseñando la carpeta—. Presencia física de la fedataria.

—La fedataria chirría.

—La fedataria ha traído lo que tenía. No todas hacemos vida de contenedor de calzado.

La casa de Agnes es la tercera del callejón de la iglesia, con la puerta trasera al huerto. No se cierra con llave desde 1979; lo sé porque hace dos inviernos le cambié la bisagra de abajo, que lloraba, y el cerrojo estaba pintado de las veces que se pinta una puerta sin usarlo. Entramos por ahí a las once y cinco. Dentro olía a casa de Agnes: a caldo del mediodía, a cera de muebles y a ese calor de estufa bien llevada que las casas de los viejos administran mejor que nadie.

La despensa está pasada la cocina, con cortina en vez de puerta. Trabajamos con la linterna del móvil de ella, tapada a medias con la mano, en una luz de contrabando que volvía todo naranja. Yo sacaba de las bolsas y colocaba; ella marcaba en la lista y vigilaba el pasillo. Íbamos bien. Íbamos, de hecho, tan bien que me confié, y cuando ella se asomó a la despensa para pasarme el aceite se quedó mirando las baldas y no me pasó el aceite.

—¿Qué ha hecho? —susurró.

—Orden.

Las latas estaban alineadas por calibre, las etiquetas al frente, la harina con la harina, lo dulce con lo dulce, cada cosa a un dedo del borde. Lo había hecho mientras hablábamos, sin decidirlo, igual que se respira.

—Una despensa sin orden es un almacén —susurré.

—Y una despensa ordenada así es una confesión con las etiquetas al frente. Está usted firmando. Deshágalo.

Tenía razón, que es una costumbre suya de la que ya hablaré con alguien algún día. Deshice el orden. Quiero que quede constancia en alguna parte de lo que cuesta desordenar con las propias manos lo que uno acaba de ordenar: giré etiquetas, mezclé calibres, incliné un paquete de arroz que quedó apoyado en la sopa como un borracho en una farola, y cada gesto me dolió en un sitio que no sale en los libros de anatomía. Ella me pasaba los tarros para acelerar y en uno de los relevos su mano y la mía coincidieron en el cristal, un momento, frío el tarro y lo demás no, y ninguno de los dos hizo el comentario, y el no-comentario ocupó la despensa entera, que ya veníamos justos de sitio.

Terminamos a las doce menos veinte. Miré la despensa por última vez desde la cortina: llena, desordenada de manera competente, irreconocible como obra mía. Me pareció, y lo digo con conocimiento de causa, uno de los mejores trabajos de carpintería que he hecho nunca, y no tiene ni un clavo.

Salimos por el huerto. Cerré la puerta trasera dejándola como estaba, es decir, cerrada de mentira. Los ratones del calzado de la letrada informaron de nuestra retirada calle abajo, y yo iba haciendo el balance del día —ciento cuarenta y dos con sesenta, un ítem al setenta por ciento, cero testigos— cuando doblamos la esquina de la iglesia y miré atrás, por oficio.

En el piso de arriba de la casa de Agnes se encendió una luz.

Nos quedamos quietos los dos, pegados al muro de la iglesia como dos figuras de belén con remordimientos. La luz estuvo encendida el tiempo de un vaso de agua o de una sospecha, y se apagó.

—El baño —susurró ella—. Las señoras de ochenta y un años se levantan al baño. Está estadísticamente de nuestra parte.

—Ya.

—¿Ya, qué?

—Que la estadística no ha conocido a Agnes Lennox.

La dejé en el pub. Guardé la furgoneta, guardé la lista, no guardé la tranquilidad. Quedaban treinta y un días, una columna de la lista por ejecutar y una luz que se había encendido justo donde no debía, y yo he construido bastantes cosas en esta vida como para saber que lo que cruje a la primera carga no aguanta la segunda.

Capítulo 9 — La despensa (II): pillado

La segunda noche, la cocina de Agnes Lennox olía a asado, y las cocinas donde se va a cometer un delito no huelen a asado.

Lo oímos desde el huerto, con las bolsas de lo fresco en la mano — pan, leche, huevos, mantequilla, un pollo de corral que había viajado en la furgoneta con más ceremonia que yo—, y el heredero se paró en seco delante de la puerta trasera, la mano en el picaporte, y tradujo el olor un segundo antes que yo:

—Nos espera.

La puerta se abrió sola. Bueno, la abrió Agnes, que viene a ser lo mismo pero con más autoridad: una señora pequeña y erguida, con delantal de diario y rebeca de recibir, que nos miró a los dos, miró las bolsas, miró el pollo, y dijo:

—Menos mal. Ya no sabía cómo mantener caliente el asado sin resecar las patatas. Pasad, que se escapa el calor, y el calor va a un penique.

La mesa estaba puesta para dos: mantel bueno, servilletas de tela, la vajilla de las flores. Dos platos. Uno frente a otro. Agnes me detectó el inventario en la cara.

—Contigo no contaba, hija, pero me alegro. Coge otro plato del aparador, el de arriba, que están fregados de hoy.

Fui al aparador y cogí el plato. Quiero que se entienda: fui y lo cogí. Llevo siete años facturando mi tiempo en tramos de seis minutos, he declarado ante tribunales, le he sostenido la mirada a Villalba en un pasillo, y aquella mujer me movilizó con una subordinada. Cuando

me di cuenta de que había obedecido, ya estaba poniendo el plato en la mesa y ella me estaba diciendo que las cucharas soperas, en el cajón de la derecha, no, la derecha mirando a la ventana.

El heredero seguía en la puerta con las bolsas, procesando la situación por partidas.

—Agnes.

—Callum.

—Esto no es lo que...

—Deja lo fresco en la encimera, que lo coloco yo luego, no vayas a ordenarme la nevera por tamaños como la despensa. —Se alisó el delantal—. Sentaos, que el asado no espera y yo tampoco, a mi edad.

Nos sentamos. Se sienta uno, con Agnes Lennox. Ya se sublevará más tarde, si le queda hueco entre el asado y las patatas.

El asado era de los de tapadera y toda la mañana, con patatas que se deshacían por el lado bueno, y había cantidad para un regimiento con invitados, porque Agnes, según fui sabiendo esa noche, cocina siempre para los que puedan venir, por si acaso, y los que puedan venir llevaban años sin venir y ella sin bajar las raciones. Sirvió, se sentó, esperó a que él trinchara —se lo pasó con un gesto, y él trinchó y le fue poniendo en el plato lo mejor sin preguntarle, y ella se dejó poner como quien cobra una renta antigua— y entonces, a la segunda patata, dictó sentencia:

—Las etiquetas, hijo.

—¿Qué etiquetas?

—Las de anoche. Las giraste para disimular, pero el que ordena por calibres deja el orden dentro aunque revuelva por fuera, igual que el

que escribe torcido no esconde la letra escribiendo con la zurda. Y la mermelada de Buchan no la vende Fraser en el pueblo: es de Inverfarr. Y aquí solo hay un hombre que le llena a una la despensa y no se queda ni a que le den las gracias. —Untó mantequilla con pulso de cirujana—. No hay más preguntas, señoría.

Silencio. El heredero miró su plato con la cara del que revisa un presupuesto y encuentra la partida que lo hunde. Y yo hice lo que me pagan por hacer, con el corazón en contra y Villalba en la nuca:

—Señora Lennox, tengo que consignar lo que acaba de decir. El ítem exige que usted no sepa que fue él. Si usted lo sabe, el ítem está viciado, y un ítem viciado...

—¿Quién ha dicho que yo sepa nada?

—Usted. Ahora mismo.

—Yo he deducido, hija. —Dejó el cuchillo con suavidad de punto final—. Saber es verlo o que te lo digan. Yo ni lo vi ni me lo ha dicho nadie: até cabos, que es cosa mía y de mis años. Si las deducciones de una vieja valieran como saber, media Escocia estaría en la cárcel y la otra media casada. Escríbelo como es: la despensa se llenó sola, yo sospecho de los duendes, y un juez viejo lo entendería. Los jueces jóvenes no sé, que esos se creen que saber es fácil.

La miré. Miré su doctrina, que era casuística de andar por casa y era, también, perfectamente defendible: la consumación del llenado fue anónima —la deducción llegó después, sobre indicios—, la letra dice «sin que sepa», y la ciencia de una certeza deducida a posteriori no equivale al conocimiento coetáneo que la cláusula proscribía. Podía sostenerse. Podía sostenerse por escrito, con nombre y colegiación, delante de quien fuera. No era un favor: era una interpretación. La diferencia me importaba más de lo que sabía explicar aquella noche.

—Lo consignaré todo —dije—. Su declaración, los indicios, el criterio. Todo a la vista.

—Así se habla. A la vista se pueden tener hasta las trampas, si se avisan. —Y sin cambiar de tono, como quien pasa del primer plato al segundo—: El precio es aparte. Los jueves, a las ocho, a cenar. Tú, hijo. La señorita, cuando el expediente lo pida o cuando le apetezca, que en esta mesa las dos cosas valen.

—Agnes, yo no puedo comprometerme todos los...

—A las ocho. —Le rellenó el plato, y aquello fue un mazazo de juez—. Llevo veinte años poniendo comida de más por si acaso, y se me ha presentado el caso. No me lo vas a desperdiciar tú, que eres incapaz de tirar un tornillo doblado.

Él no dijo que sí. Tampoco dijo que no. Miró el plato lleno, la miró a ella, y le cambió algo en los hombros, un centímetro de rendición que en otro hombre habría sido un discurso.

El resto de la cena fue de Agnes, y yo la dejé correr, porque hablaba de Fergus y a mí me pagan por documentarme. Que Fergus le afilaba los cuchillos cada Navidad y se los devolvía sin una palabra, envueltos en papel de periódico, «como un delito». Que en el 96 le arregló la escalera del desván y le dejó la factura en la repisa: cero libras y sesenta peniques, «los tornillos, que eran nuevos, y porque regalado no lo quería ni él». Que era el hombre más agarrado y menos pobre que había conocido, «y no hablo de dinero». Y en algún punto, mientras él llevaba las fuentes a la encimera y quedaba fuera de tiro, Agnes me tocó la muñeca y me lo dijo bajito, en el tono de los datos que se entregan una sola vez:

—Este chico lleva desde los once años pagando facturas que no eran tuyas. Tú sabrás lo que apuntas y lo que no, que para eso estudiaste. Pero apunta también eso, donde tú sepas.

Volvimos a las once y media por el callejón de la iglesia, cada uno con un táper —resistirse al táper de Agnes es un deporte que ella practica contra principiantes—, y en la plaza, antes de separarnos, se me escapó la pregunta que llevaba dos días en cola:

—Anoche, en la despensa. Le dije que deshiciera el orden y lo deshizo sin discutir. Usted lo discute todo. Recurrió lo de la ronda ante un perro.

Se lo pensó lo que se piensan él las respuestas: el tiempo de medirlas.

—Usted define mal mejor que nadie. Es su especialidad. —Y ya girándose hacia la carpintería, sin darme el gusto de verle la cara—: Lo dijo usted el jueves. Yo solo pago mis deudas.

—¡Eso ha sido casi un cumplido! —le dije a la espalda—. ¡Pida factura!

Levantó una mano sin volverse, que en el idioma de este pueblo puede significar buenas noches, ya veremos o váyase a saber, y yo subí a mi habitación con el táper caliente contra el costado y la sensación, nueva y sin casilla, de haber cenado en casa de alguien. Llevo tres años comiendo delante de pantallas. Se me había olvidado que existía el mantel de tela, y lo que pesa.

«ACTA N.º 4 — Día 10 del plazo.

En Strathdreich, jueves, siendo las 23:55, la letrada que suscribe
HACE CONSTAR:

Primero. Que el ítem cuarto ha quedado ejecutado mediante el llenado de la despensa de doña Agnes Lennox en dos entregas, la primera consumada en la noche del día 9 sin conocimiento de la beneficiaria, la segunda entregada en mano en la noche de hoy por causas que se detallan a continuación.

Segundo. Que la beneficiaria ha identificado al autor mediante deducción posterior a la consumación, sobre la base de tres indicios: el orden residual de las baldas, la procedencia foránea de una mermelada y el conocimiento del carácter del autor. Que interrogada al efecto, ha declarado literalmente que ella no sabe: deduce, y que su despensa se llenó sola, sospechando de los duendes.

Tercero. Que esta letrada, valorando que la cláusula «sin que sepa que fuiste tú» se refiere al conocimiento coetáneo a la ejecución y no a la deducción sobrevenida, y que el llenado sustancial se consumó en condiciones de anonimato pleno, tiene el ítem por válidamente cumplido. El criterio interpretativo, los indicios y la declaración íntegra de la beneficiaria quedan consignados y a disposición de cualquier revisión, que es donde esta letrada guarda las cosas: a la vista.

Cuarto. Que la beneficiaria ha impuesto al heredero, al margen de este expediente, una carga de naturaleza no jurídica consistente en cenar en su mesa todos los jueves a las ocho. El heredero no ha aceptado expresamente. La beneficiaria no ha necesitado que aceptara.

Quinto. Que esta letrada ha cenado asado con patatas y ha recibido un táper. Se consigna en interés de la transparencia y porque el asado lo merecía.

Doy fe.»

Interludio II

Strathdreich, mayo de 1974

Amparo:

Me he comprado una casa. Me ha sobrado vida.

Te explico lo segundo, que lo primero se explica solo. La casa es la de los Geddes, en la cuesta de la iglesia: piedra buena, tejado cansado, tres inviernos vacía y humedad en el hastial norte. Pedían mil doscientas libras. Pagué novecientas ochenta, al contado, después de siete domingos de visitas en las que yo señalaba la humedad y el viejo Geddes señalaba la piedra, hasta que nos aburrimos los dos de tener razón. Toda la vida ahorrando para un techo, Amparo, y resulta que el techo, cuando llega, se paga en una mañana y sobra dinero, y sobra tarde, y sobran los años que vienen detrás, todos en fila, mirándome, esperando a ver en qué los gasto. Nadie te avisa de eso. Del ahorro te cuentan la parte del sacrificio, que se lleva bien porque tiene su oficio y sus horas. Lo que no te cuentan es el día que las cuentas salen y uno se queda delante del sobrante como un burro delante de un piano.

He pensado en llenar la casa de muebles. Los haré yo, que salen a mitad de precio y a doble de años. Un banco ya está: roble de la serrería de Inverfarr, sin un nudo. Me senté en él el martes, a probarlo, y estuve una hora. La casa suena a nueva, que es como decir que suena a nadie.

El paraguas sigue en activo. Le he hecho el sexto remiendo, este de bramante encerado, en la costilla de sotavento. Ninguno ha aguantado como el tuyo. No es sentimentalismo: es un dato de resistencia de materiales, y los datos, ya lo sabes, son mi manera de decir las otras cosas.

La lata sigue en su balda, con tu nombre en el papel y las ochocientas noventa dentro. Ahora que tengo casa, la lata tiene dirección fija. No sé si eso es un progreso o un agravante.

Por lo demás, el pueblo bien, el trabajo no falta y ha llovido ciento y pico días de los últimos doscientos, que aquí es primavera. Yo aguanto. La casa aguantará. La humedad del hastial y yo hemos llegado a un acuerdo: ella sube despacio y yo bajo el precio de lo que me importa.

Cuídate la vista, que coser a la luz mala arruina más ojos que los años.

Fergus

P. D. No la envió. El motivo es el de siempre, y sigue sin ser el sello.

Capítulo 10 — Ítem 8: El jersey

Para que conste donde tenga que constar: el jersey no era una reliquia. Era un jersey.

Lana gorda, color turba, tres botones al cuello, comprado en Inverfarr hace dieciséis años por nueve libras en las rebajas de enero. El codo derecho llevaba zurcido desde 2014, con un remiendo honrado que había sobrevivido a dos gobiernos y a un perro que ya no está. Abrigaba. Cerraba bien. No tenía historia, tenía servicio, y en mi casa el servicio es la única nobleza que se reconoce. Pero el pueblo entero había decidido que aquel jersey era mi infancia, mi abuelo o mi alma, y Morag tenía abierta una cuota sobre su quema desde el domingo, así que el asunto había dejado de ser textil.

El ítem decía dos cosas: ropa nueva y fuego. Empecé por la peor.

La sastrería de Menzies, en Inverfarr, huele a naftalina y a década indeterminada, y la atiende el nieto de Menzies, que es Menzies con menos pelo. La letrada vino a certificar, se sentó en la silla de los acompañantes con su carpeta y adoptó una neutralidad tan estudiada que se oía.

Me probé lo razonable: dos pantalones, tres camisas, un jersey de repuesto —de repuesto, que nadie corra— y una americana que Menzies me endosó con el argumento de que un hombre con una herencia en marcha necesita «presencia». Le dije que presencia ya tenía, que lo que me faltaba era la gana. Cada etiqueta la giré antes de decidir, porque los precios se miran de frente, y en el espejo triple del probador comprobé que tres Callums con americana eran exactamente tres Callums incómodos, lo que al menos confirma que el espejo no miente.

—A efectos del acta —dijo la letrada, sin levantar la vista de la carpeta—, el azul.

—El acta no opina de colores.

—El acta opina de todo lo que ve. El azul.

Compré el azul. También lo demás. Ochenta y siete libras con cincuenta, la ceja bajó a comprobar el daño, Menzies lo interpretó como regateo y me descontó dos libras, y salí de allí con dos bolsas y la sensación de haber donado un órgano que aún funcionaba, que es en lo que consiste, según voy aprendiendo, la ropa nueva.

Lo del fuego fue el sábado, y no invité a nadie, lo cual en Strathdreich es la manera más eficaz de convocar. A las seis de la tarde puse el bidón en el huerto de la carpintería; a las seis y diez ya había público en la tapia, con termos. Hamish emitió un parte especial —«viento del suroeste flojo, condiciones óptimas de combustión, cero riesgo de propagación, un riesgo moderado de discursos»— y Morag repartió papelitos entre los apostantes con la solemnidad de un notario rival.

El jersey lo tuve en las manos un momento antes. Y aquí viene lo que no salió en ninguna cuota.

Con la navaja pequeña, de espaldas al público, con el pretexto de comprobar el bidón, corté el botón de arriba y me lo guardé en el bolsillo del pantalón. Tres segundos. Nadie lo vio. No voy a explicarlo aquí porque no me lo he explicado a mí: el jersey no era una reliquia, eso lo mantengo, y el botón es un disco de cuerno de dos centímetros sin ningún valor de mercado. Hay partidas que uno asienta sin saber en qué cuenta van. Esa noche abrí una cuenta nueva y no le puse nombre.

El jersey ardió como arde la lana: de mala gana y oliendo a oveja ofendida. El pueblo aplaudió con medida, los ganadores cobraron en peniques, y la letrada consignó la quema con fecha, hora y una

descripción del humo que me pareció excesiva hasta que comprendí que se estaba vengando de la lana por el olor.

—¿Y no le da pena? —me preguntó Isla, que había venido con el libro bajo el brazo y la esperanza, creo, de verme flaquear.

—Era un jersey.

—Ya. Por eso lo pregunto.

Los de diecisiete años preguntan con bisturí. Le dije que la pena es un lujo que se paga a plazos y que yo no financio, y se fue tan contenta, apuntando la frase para usarla contra mí más adelante, que es lo que hace este pueblo con todo lo que digo.

Lo de los dardos fue después, en el pub, y lo consigno porque fue la segunda quema de la noche. Dougie me esperaba junto a la diana con sus dardos de plumas naranjas y una seriedad de duelo.

—Revancha —dijo—. Y esta vez sin caridades. Lo del otro sábado lo vi. Me dejaste los dobles.

—Te dejé un doble.

—Me dejaste el doble dieciséis, que es como dejarle a un hombre la puerta de su casa abierta. Juega en serio o no juegues.

Jugué en serio. Ganó el que gana siempre, por dos dardos, y Dougie pagó su pinta —la mía, por acuerdo antiguo, la paga el perdedor, y esa cláusula la respeto hasta cuando invito yo, que el orden es el orden— y se quedó mirando la diana con una satisfacción nueva.

—Perder en serio ya es un ascenso —dictaminó—. La próxima caes.
—Y bajando la voz, de conspirador en activo—: Y otra cosa. La furgoneta del ayuntamiento de Kirkbraw. Parada en el cruce del monte. Dos veces esta semana. Ahí arriba no hay nada que mirar, Callum. Nada que mirar es exactamente lo que miran.

Le dije que lo vigilara, porque a Dougie hay que darle una misión como a los perros pastores, si no las inventa peores. Volví a casa con las bolsas de Menzies, colgué el azul en el armario, donde quedó haciendo bulto de forastero, y puse el botón en la balda de la cocina, junto a la lata del té, que es donde van las cosas mientras uno decide dónde van.

Quedaban veintiocho días. El armario olía a tienda. Yo olía a lana quemada. De los dos olores, ya no sé cuál era el disfraz.

Capítulo 11 — La cláusula

Villalba llama los domingos porque los domingos no factura, y un hombre así no soporta un día que no produce: lo convierte en herramienta.

—Salmerón. He leído las actas.

Eran las diez y media de la mañana y yo estaba en la mesa del rincón del pub con mi segunda taza y el expediente abierto, porque los domingos aquí el desayuno dura hasta que Eilidh decide que es comida. Me llevé el móvil a la escalera, luego a mi habitación, luego a la ventana, que es el recorrido completo de mi intimidad en este pueblo.

—Usted dirá.

—El ítem cuarto. La viuda. —Oí papeles; con Villalba siempre se oyen papeles, sospecho que los agita para dar ambiente—. «Deducción sobrevenida.» «Conocimiento coetáneo.» Muy fino. Muy creativo. Le dije rigor y me manda usted jurisprudencia de duendes.

—Le mandé una interpretación fundada y transparente. La cláusula distingue...

—La cláusula dirá lo que usted la haga decir, para eso la pagamos.

—Pausa de las suyas, de las que vienen con inclinación de silla—.

Escúcheme bien. A partir de hoy, interpretación estricta. Estrictísima. Y quiero, junto al informe diario, una valoración de vulnerabilidades de cada ítem ya ejecutado: defectos de forma, testigos flojos, cabos. Todo lo que una revisión hostil podría atacar.

Me quedé mirando la plaza por la ventana. Había dejado de llover a media mañana y las losas se secaban a manchas, como un mapa que se dibuja solo.

—¿Una revisión hostil de quién? Aquí no hay más parte que el heredero, y el heredero cumple.

—Hay un pódcast rondando, según me consta. Ni una palabra a ese micrófono, por cierto. Y hay un ayuntamiento con expectativa legítima. Y hay, sobre todo, un encargo: que el resultado sea inatacable. En cualquier dirección. Usted no está ahí para que ese señor gane, Salmerón. Está ahí para que nadie pueda decir que perdimos nosotros.

—¿Y qué sería perder, exactamente?

Silencio de papeles quietos. Cuando Villalba deja de agitar papeles es que va a decir la verdad o su versión de bolsillo.

—Perder es quedar fuera del asunto. No me obligue a explicarle su propio contrato. Buenos domingos.

Colgó él, como siempre, y yo me quedé con el «su propio contrato» zumbando, así que hice lo que hago con los zumbidos: fui a la fuente. Tengo copia de mi hoja de encargo y del contrato marco del despacho con la testamentaria; me la traje porque me traigo los papeles como otras se traen paracetamol. Los extendí sobre la cama y leí despacio lo que había leído deprisa en Madrid, cuando la palabra Escocia era un trámite con dietas.

Cláusula octava. Administración contingente. En caso de incumplimiento de la condición testamentaria, Ordax & Villalba asume la administración del fideicomiso de traspaso al Ayuntamiento de Kirkbraw por período de diez años, a tarifa general incrementada — y aquí el contrato baja la voz y lo dice en letra igual que las demás, que es lo peor— en un doscientos por ciento.

Tarifa triple. Diez años. Hice la cuenta, porque soy hija de mi padre y las cuentas se hacen aunque duelan: la diferencia entre que ese hombre cumpla doce ítems o falle uno equivalía, para el despacho, a varias veces mi sueldo de varios años. Y la plaza de asociada —la

casilla del trimestre que viene, la del plan, la que lleva mi nombre si esto acaba «como tiene que acabar»— colgaba exactamente del lado malo de esa cuenta.

Lo supe desde el primer día. Que nadie venga a sorprenderse por mí: Villalba me lo dijo por teléfono la noche que llegué, con todas las palabras menos las importantes, y yo lo archivé en la carpeta de frases que significan «hágalo perfecto», porque era lo que me convenía entender. Hay una diferencia entre saber una cosa y leerla en letra impresa un domingo, con la casa de Agnes Lennox visible desde tu ventana y un táper suyo todavía en la nevera del pub. La diferencia no es jurídica. La diferencia se nota en el desayuno, que se me quedó a medias.

En Almería, cuando el socio de mi padre desapareció con las firmas de mi padre, un abogado de Madrid le explicó a mi madre, en una oficina con aire acondicionado, que todo era perfectamente legal. Yo tenía doce años y esperaba fuera, y desde entonces quise ser la persona de dentro de la oficina, la que entiende el papel, la que nunca más espera fuera. Lo conseguí. Estoy dentro. Y el papel, ahora que lo entiendo entero, dice que a mi despacho le renta que un hombre que llena despensas a oscuras se arruine en el intento.

Por la tarde lo vi cruzar la plaza hacia el cine, con la caja de herramientas en una mano y una escalera plegable al hombro, y a Senga abriéndole la puerta del Regal con una llave que pesaba desde aquí. No sé cuánto tiempo estuve en la ventana. Sé que el informe del domingo lo escribí después, y que fue el más corto del expediente: hechos, fechas, cero adjetivos. La «valoración de vulnerabilidades» la respondí aparte, con un párrafo que me salió al tercer intento y que decía, en esencia, que las vulnerabilidades de un expediente se valoran cuando existe controversia, que no existe controversia, y que anticipar líneas de ataque contra actos válidamente certificados excede el objeto de mi encargo y podría comprometer la imparcialidad de la fedataria, que es —citó la hoja

de encargo, cláusula segunda, con número y todo— «la garantía esencial del procedimiento».

Es la primera vez que le contesto a Villalba con su propio papel. Le di a enviar y me temblaba el pulso lo justo: como cuando riegas de noche y no ves dónde cae el agua, pero oyes que cae.

«ACTA N.º 5 — Día 13 del plazo.

En Strathdreich, domingo, siendo las 21:15, la letrada que suscribe
HACE CONSTAR:

Primero. Que en el día de hoy no se ha ejecutado ítem alguno, dedicándose la jornada al descanso por parte del término municipal y a otras actividades por parte de esta letrada.

Segundo. Que el despacho instructor ha solicitado una valoración de vulnerabilidades de los ítems ejecutados, y que esta letrada ha respondido mediante escrito motivado cuya copia se incorpora al expediente, quedando a la espera de instrucciones que no confunda con amenazas, o viceversa.

Tercero. Que el heredero ha sido observado accediendo al inmueble del cine Regal con herramientas propias y escalera, en compañía de la señora Baxter, a efectos —se presume— del ítem sexto.

(Anotación al margen, sin valor certificante y sin destinatario: el domingo es un día muy largo en un pueblo donde ya te saludan por tu nombre, y muy corto al teléfono con quien te apellida.)

Doy fe.»

Capítulo 12 — El proyector

Senga Baxter guarda la llave del Regal en el llavero de casa, entre la de su puerta y la del candado de la bicicleta que ya no tiene, y cuando me abrió el domingo por la tarde la metió en la cerradura sin mirar, con ese gesto de las manos que se saben un camino aunque el camino lleve años cortado.

—Veintitrés años —dijo, empujando la puerta—. Y ni un okupa. Este pueblo no okupa ni gratis.

El lunes hice inventario y el martes empezamos. El estado del edificio, para llevar dos décadas cerrado, era el que cabía esperar de un inmueble cuyo dueño pagaba religiosamente el seguro cada enero y no gastaba un penique en nada más: seco donde importaba, muerto en todo lo demás. Polvo en capas geológicas. Butacas del setenta y algo, ciento cuarenta y dos, de las de terciopelo y bisagra quejica; engrasé las cuarenta peores y a las demás les dejé la queja, que un cine sin crujidos es un salón de actos. La instalación eléctrica pedía respeto: la repasé entera con Dougie el miércoles, que para la corriente tiene mejor mano que para las hipótesis.

Fergus compró el edificio en 2004, cuando el cine ya llevaba un año cerrado y un promotor de Inverfarr lo quería para pisos. Lo compró barato, dicen; nunca supe la cifra, y mira que las cifras de Fergus solían saberse porque las esgrimía. Esta no. La pagó, se guardó la escritura y no hizo nada. Ni pisos, ni alquiler, ni venta. El único activo de su vida que no rendía, sostenido veintidós años a fondo perdido por el hombre que me enseñó que el dinero parado es dinero enfermo. Yo le pregunté una vez, hace años, por qué mantenía la ruina. Me dijo: «Porque es mía.» En mi familia esa frase cierra conversaciones como otras familias cierran puertas.

—Nunca entró a una función —me dijo Senga el martes, arriba, en la cabina, mientras yo le quitaba la tapa al proyector—. Ni a una. En los buenos años yo lo veía en la acera de enfrente algún sábado, mirando la cola. Le ofrecí pase de dueño. Me dijo que el cine se estropea si lo ves. —Pasó el trapo por el objetivo con una suavidad de enfermera—. Cuenta hasta tres, viejo. A ver si es verdad.

El proyector es un 35 milímetros del sesenta y tantos, mecánica noble, de la época en que las máquinas se hacían para ser reparadas. La mecánica me la llevé ganada en dos días: limpieza, engrase, una leva del arrastre con el diente vencido que torneé en arce en la carpintería —el arce no es eterno, pero aguanta una noche, y la pieza buena tarda diez días en llegar de un desguace de Glasgow—. Lo que no me gusta es el sonido. El amplificador es de válvulas, y en la fuente hay un condensador hinchado que no debería estar vivo y lo está, como esos árboles huecos que aguantan por costumbre. Recambio, imposible en plazo. Lo dejé mejor que estaba y peor que tranquilo.

—Dos horas de película son dos horas de riesgo —le dije a Senga el jueves—. La imagen responde. El sonido, hasta donde quiera.

—Hasta donde quiera llegan todos —dijo ella—. Por un puñado de dólares no vas a pedirle garantías.

La película la eligió ella, si es que a sacar una cosa que ya estaba decidida desde hace veinte años se le puede llamar elegir. En el almacén de detrás de la pantalla, en un armario metálico que Senga tenía por inventariado en su cabeza, había once títulos en lata de los años buenos, y encima de todos, aparte, envuelto en plástico de burbujas del siglo pasado, uno: *La muerte tenía un precio*. Seis bobinas. Senga las abrió una a una en la mesa de rebobinar, oliendo el acetato como se huele la leche.

—Se pasó aquí más de mil veces —dijo—. Y esta copia está mejor que yo. —Me miró de reojo—. Tu abuelo vio rodar esta. En España.

Lo contó una vez, en el ochenta y nueve, y no lo repitió, que las cosas buenas él las decía en dosis de farmacia. Que él cepillaba puertas para que unos americanos las abrieran a patadas. Y que cobró bien.

Lo de que cobró bien no lo dudo. Lo demás es de las pocas cosas de Almería que soltaba: el desierto, las puertas falsas, el día que llovió. Y ahora el ítem undécimo, que dice devuelve lo que robé y paga mi deuda, y yo dándole vueltas a la lija: mi abuelo no debía ni los buenos días. En treinta y nueve años le conocí una sola deuda, la de Morag, y la tenía apuntada, fechada y desatendida a conciencia, que es distinto de olvidada. Lo que haya en Almería no es un descuido. Los descuidos no llegan al testamento.

El jueves cené donde Agnes, que era jueves. Hubo estofado en cantidad de batallón, un interrogatorio general sobre el estado de las obras y un táper extra «para la Senga, que esa mujer a base de cine no llega a vieja». Se lo subí el viernes a la cabina y se lo comió mirando la pantalla vacía, y no dije nada porque hay comidas que son visitas.

La letrada apareció el viernes por la tarde, con la carpeta y una excusa de aforo y vías de evacuación que traía preparada de casa y que se le gastó en el vestíbulo, porque el resto de la visita lo hizo a título de persona. Le enseñé la sala, la cabina, el proyector con la tapa quitada. Preguntó bien: qué hace esta pieza, por qué de madera, cuánto pesa una bobina. Explicar un oficio a quien pregunta bien es un lujo que no abunda, y me descubrí hablando más de lo que hablo por semana, y no lo corregí. En la escalera de la cabina, que es de las de barco, le pasé la linterna desde arriba; coincidimos un momento en el mango, la linterna cambió de mano, la conversación no se enteró. La escalera lo apuntó todo, que las maderas viejas crujen para eso.

—¿Y si el sonido se muere el sábado? —preguntó, ya en la puerta, con esa manía suya de hacer la pregunta que uno tiene escondida

debajo del banco.

—Depende del minuto. Si es al principio, devuelvo las palomitas y repetimos con la pieza nueva, dentro del plazo. Si es al final, se aplaude y a casa. Lo malo es el medio.

—¿Y qué hace el protocolo con el medio?

—El protocolo no llega al medio. Al medio llega lo que haya en la sala.

Se fue apuntando algo, o fingiendo que apuntaba, que también lo hace, lo tengo medido. El viernes por la noche encendí el proyector en vacío, con Senga sentada en la fila diez, su fila. El haz salió limpio, cruzó veintitrés años de polvo iluminándolo como si el polvo también fuera público, y se plantó en la pantalla en blanco. Senga no dijo ningún título. Estuvo callada mucho rato, que en ella es el título más largo.

Bajé el general, cerré la cabina, dejé la llave puesta por dentro como me pidió ella —«los cines se cierran desde dentro la víspera, es de reglamento», dijo, y no era de ningún reglamento, y la obedecí igual—. Quedaban veintidós días y una función. En la contabilidad de riesgos me faltaba un condensador y me sobraba pueblo. Con menos he visto aguantar tejados.

Capítulo 13 — Ítem 6: La muerte tenía un precio

A las siete y veinte de la tarde del sábado, la cola del Regal doblaba la esquina de la iglesia, y en la taquilla, pegado al cristal con cuatro tiras de celo, un cartel escrito con letra de carpintero resumía la evolución económica del heredero en una sola línea:

«ENTRADA: 1 £», con el «1 £» tachado y debajo, en letra más pequeña, como quien pierde una discusión consigo mismo por escrito: «hoy no».

Reconstruí los hechos por testigos, que es mi oficio: había puesto el precio «para cubrir el seguro», había cobrado exactamente tres entradas —a tres veraneantes de Inverfarr, que pagaron encantados—, y luego habían llegado los críos de las granjas, y los del dominó, y la señora del estanco con la pierna mala, y a cada uno le había encontrado una exención con fundamento —menores, jubilados, cojera, «usted ya pagó bastante en el 94»—, hasta que Isla, de acomodadora con linterna, le señaló que estaba tardando más en justificar gratuidades que en rasgar entradas, y él tachó la libra con el lápiz de carpintero y se rindió a su propia jurisprudencia. Las tres libras cobradas las metió en el bote de peniques huérfanos del pub al día siguiente. Esto último lo sé porque lo vi, y lo vi porque llevo un mes mirándolo, y a estas alturas del expediente ya no finjo que es solo por trabajo, aunque lo siga escribiendo con letra de que sí.

Las palomitas se hacían en el vestíbulo, en dos ollas grandes manejadas por Eilidh con oficio de fragua, y eran gratis por mandato testamentario. El maíz, el aceite y el alquiler de las ollas los pagó él delante de todos, contando billetes sobre el mostrador de la vieja taquilla, y la ceja hizo doblete: dos veces seguidas, una por factura, como una persiana a la que se le escapa la cinta dos pisos. El

vestíbulo entero miró educadamente hacia otro lado, en esa coreografía local que ya me sé, y Morag anotó algo que prefiero no auditarle.

La sala se llenó como se llenan las cosas que llevan veintitrés años vacías: con hambre. Ciento cuarenta y dos butacas crujientes y gente de pie al fondo, contra el reglamento y contra mi acta, que optó por la generosidad en materia de aforo y así lo consigna. Senga subió a la cabina con paso de coronación. Las luces bajaron. El haz cruzó la sala por encima de nuestras cabezas, cargado de polvo dorado, y en la pantalla, con un rugido de trompetas que hizo vibrar las bisagras, empezó una película del año sesenta y cinco rodada a cuarenta minutos en coche de la casa de mis padres.

No estaba preparada para eso. Para el desierto en pantalla grande, quiero decir. Tabernas llenando la pared de un pueblo escocés: las ramblas blancas de luz, los cerros pelados que yo me sé de las excursiones del colegio, aquel cielo sin un solo compromiso. Alguien silbaba en la película y a mí me olía a esparto. Mi tierra entera cabía en el rectángulo, alquilada por unos italianos hace sesenta años, sostenida ahora por una leva de arce torneada esta semana a cien metros de aquí, y en la fila de atrás Hamish susurraba «eso es sol del bueno, del continental» con respeto técnico, y yo pensé que ojalá mi padre viera esto, mi padre que se sabe los westerns por las tardes de Cine de Barrio, y me sequé la cara con disimulo profesional antes del minuto veinte, que la cuota de Morag sobre lágrimas era sobre otro contribuyente.

En el minuto cuarenta, el sonido murió.

No fue un apagón dramático: fue un parpadeo, un zumbido de válvula vieja, y silencio. La imagen siguió, imperturbable, dos pistoleros diciéndose cosas importantes con la boca vacía. La sala contuvo el aliento. En la cabina se oyó actividad, una tapa, el tono de dos personas que ya sabían de qué minuto era el riesgo, y al

poco la voz de Senga por el hueco del proyector, seca como un parte:

—El sonido no vuelve esta noche. La imagen sí.

El heredero bajó por la escalera de barco y se plantó delante de la pantalla, dentro del haz, con dos pistoleros gigantes dialogando en mudo sobre su cabeza, y le vi tomar aire para el discurso más caro de su vida —devolución, repetición, disculpas, la palabra subsanación asomando ya—, y no le dio tiempo.

—«Este pueblo es pequeño para dos como nosotros» —dijo Dougie desde la fila seis, con un vozarrón engolado de forajido, clavado al movimiento de labios del pistolero joven.

Y desde el fondo, con una voz de púlpito que nadie le conocía por abajo, el reverendo Buchanan respondió por el villano:

—«Reza lo que sepas, forastero. Y reza corto, que va a llover plomo.»

La sala tardó tres segundos en entenderlo y media hora en dejar de estar entendiéndolo. Se la sabían. Se la sabían entera, no de memoria de escuela sino de memoria de vida, de mil sábados de los setenta en esas mismas butacas, y lo que no se sabían lo inventaban mejor. Morag dobló los duelos contando hasta tres con una frialdad de enterradora. Hamish puso el viento, los disparos lejanos y un caballo que le salía por la nariz. Eilidh hizo de cantinera con dos frases que no venían en ninguna película apta. Senga, desde la cabina, por el hueco, ponía las líneas del cazador viejo con una voz gastada y exacta, la voz de alguien que ha dicho esas palabras a oscuras muchas más veces de las que las ha oído. Y el heredero, que había venido a disculparse, se quedó de pie junto a la pared, fuera ya del haz, mirando a su pueblo doblar una película muda con el gesto de un hombre que revisa una viga y descubre que la casa se sostiene por un sitio que él no había calculado.

Yo miré la película a ratos. Lo que miré fue la sala: las caras en la luz de la pantalla, encendiéndose y apagándose con los tiroteos como un campo por la noche cuando pasan los faros; a Isla con la linterna apagada, moviéndose los labios; a él. Sobre todo a él, para qué voy a escribirlo de otra manera si esto no lo lee nadie hasta que yo quiera.

En el bolsillo me vibró el móvil. Lo saqué a medias, por reflejo de perro de despacho: correo de I. Villalba, asunto «RE: Escrito de 13/8 — Llámeme el lunes». El lunes. Lo volví a guardar sin abrirlo y decidí quedarme hasta el final.

La película acabó con el duelo grande, doblado a seis voces y contado hasta tres por Morag con el pueblo entero en silencio de misa, y cuando la última bobina soltó la cola y la pantalla quedó en blanco, la sala se puso en pie y aplaudió. No a la película. Aplaudían hacia arriba, hacia el hueco de la cabina, y hacia la pared donde estaba él, y a las butacas, y a ellos mismos, y alguien gritó «¡el año que viene, otra!» y nadie lo corrigió, y esa ausencia de corrección la consigno donde pueda porque fue lo más parecido a un acuerdo plenario que he visto en este municipio.

A la salida, en el vestíbulo oliendo a maíz y a terciopelo removido, Senga bajó de la cabina con las latas rebobinadas y le dijo al heredero, delante de mí:

—Hasta que llegó su hora. —Y como él se quedara procesando el título, la traducción, por una vez, la hizo ella misma—: La del cine, hijo. Le ha llegado. Ya era hora.

«ACTA N.º 6 — Día 19 del plazo.

En Strathdreich, sábado, siendo la 1:10 de la madrugada del domingo, la letrada que suscribe HACE CONSTAR:

Primero. Que el ítem sexto ha quedado ejecutado mediante la reapertura del cine Regal por una noche, con proyección de una

película del Oeste y palomitas gratuitas, sufragado todo ello por el heredero, cuyos pagos se documentan en anexo y cuyo gesto facial asociado se ha manifestado por partida doble, extremo que se consigna por fidelidad al expediente y no por otra cosa.

Segundo. Que el régimen de entrada previsto, de una libra, decayó por vía de excepciones sucesivas otorgadas por el propio taquillero hasta la gratuidad de facto, ingresándose lo recaudado, tres libras, en el fondo local de peniques huérfanos. Esta letrada tiene el requisito del ítem por cumplido con holgura, dado que el testador exigía gasto y hubo gasto, y exigía cine y hubo bastante más que cine.

Tercero. Que en el minuto cuarenta de proyección sobrevino avería irreversible del equipo de sonido, previamente advertida como riesgo por el heredero, y que la función se completó mediante doblaje en sala a cargo del vecindario, obra colectiva de autoría difusa que esta letrada no sabe encajar en ninguna categoría de su formación y que consigna, a falta de mejor técnica, como hecho notorio y feliz.

Cuarto. Que la película, rodada en la provincia de Almería, ha sido vista por esta letrada en compañía de ciento y pico personas que no sabían que le estaban enseñando su casa.

(Anotación al margen, sin valor certificante: la letrada pasó más minutos mirando la sala que la pantalla. Se abstiene de desglosar hacia dónde de la sala. Este paréntesis se cierra sin más asuntos.)

Doy fe.»

Interludio III

Strathdreich, marzo de 1998

Callum:

Esta carta no te la voy a dar. Te la escribo porque hay cosas que, si no se ponen en fila, se pudren donde caen, y porque a los once años nadie entiende lo que te voy a decir y a los cuarenta no habrá quien te lo diga. Quizá la encuentres cuando yo no esté. Para entonces sabrás leer mi letra y mis silencios, que son el mismo idioma.

Tu padre no es un hombre malo. Es un hombre caro. Hay una diferencia y me ha costado cincuenta años verla. Lo malo se evita; lo caro se paga, y lo estamos pagando entre todos: tu madre en el banco, tú en el patio del colegio, yo en lo que me queda de orgullo, que era poco y estaba hipotecado.

Te debo una explicación que no le he dado a nadie. Ewan salió así en parte por mí. Yo cerré tanto el grifo en esta casa que tu padre aprendió a beber de cualquier charco. Le medí el carbón, le medí la mesa, le medí hasta el elogio, que es gratis, fíjate qué manera de ahorrar más tonta. Un chico al que todo se le raciona acaba creyendo que la abundancia es la libertad, y se va detrás de la primera que pasa. No te digo esto para que lo perdones, que el perdón no se receta. Te lo digo para que sepas que en esta familia el dinero nos viene funcionando como el whisky en otras: unos por exceso y otros por defecto, y sobrios, lo que se dice sobrios, no he conocido a ninguno.

Las zapatillas te las compré el jueves. Ya sé que no te las pones. Te he visto guardarlas en la caja como quien guarda el último pan, y he estado a punto de decirte que habrá más, que mientras yo viva habrá más, y no me ha salido. Me sale por escrito y sin sello, que es

como me salen a mí las cosas. Apunta esto en algún sitio tuyo: lo que yo pagué aquel jueves no fueron las zapatillas.

Cuida a tu madre. Aprende un oficio que se haga con las manos, que las manos no cotizan en ningún sitio y por eso no las puede hundir nadie. Y si algún día te encuentras cerrando el grifo como yo, acuérdate de tu padre y ábrelo un cuarto de vuelta. Un cuarto. No hace falta más para que una casa suene a habitada.

Tu abuelo,
Fergus

P. D. No te la doy porque a los once años las cartas de los abuelos se pierden, y esta no es de perder. La guardo yo, que guardar es lo mío.

Capítulo 14 — Serrín

El domingo a las diez y cuarto llamaron a la puerta de la carpintería con el codo. Se llama con el codo cuando se traen dos cosas, y las dos cosas eran cafés del pub, en vasos de cartón que Eilidh reserva para los peregrinajes.

—Revisión de actas —dijo la letrada, alargándome uno—. Hay firmas pendientes.

Había una firma pendiente. Una. La del anexo de pagos del Regal, que cabía en el hueco de una mañana de jueves. Cogí el café, aparté el cepillo de la esquina del banco para hacerle sitio a la carpeta, y ninguno de los dos volvió a mencionar las actas en tres horas. Hay contratos que se firman así, sin papel, con el precio puesto en otra moneda, y todavía no sé cuál de los dos hizo la oferta y cuál la aceptó. En mi libro lo he asentado como permuta.

Fuera lloviznaba de esa manera administrativa de los domingos, sin ganas y sin pausa, y ella llegó con las botas rojas oscurecidas de agua hasta el tobillo. Las puso a secar junto a la estufa sin pedir permiso, que es su manera de pedirlo, y se quedó en calcetines sobre el serrín, unos calcetines amarillos con limones que desmontaban bastante su autoridad certificante y que no pienso olvidar aunque quiera.

Yo tenía el amplificador del Regal abierto en el banco, con el condensador difunto ya fuera, negro y abombado como una pasa con ínfulas, y ella lo estuvo mirando con las manos a la espalda, en postura de museo.

—¿Ese es el asesino?

—Ese es. Murió matando.

—¿Y esto lo arregla usted, o esto ya es de especialista?

—Esto es de esperar la pieza. Lo mío es entretener las manos mientras. —Señalé la leva de arce, que había traído de la cabina para revisarla—. Esta aguantó. La madera avisa antes de partirse. La electrónica no avisa: presume hasta que revienta. Por eso me fío más de los árboles que de los genios.

Se rio con el café en la boca, que es cuando la risa sale sin protocolo, y se sentó en el taburete alto, y durante un rato habló ella, que para eso había traído dos cafés. Habló de la película. De que aquello era su casa, la de verdad, a cuarenta minutos en coche: que ella se sabe esas ramblas de las excursiones del colegio, que en su tierra medio mundo conoce a alguien que salió de bandido o de mexicano en esas películas, que hay un poblado del Oeste en pie que ahora enseña a los turistas cómo se desenfunda. Que su padre se sabe los westerns de las tardes de la tele y silba el del duelo cuando riega los geranios, y que anoche, en el minuto del silbido, ella estuvo a punto de llamarle y ponerle el móvil en alto, y no lo hizo porque le habría dado la risa o el llanto, y las dos cosas desentonaban con su cargo.

—Mi abuelo vio rodar esa —dije—. Es de lo poco que contaba de allí. El desierto, las puertas que cepillaba para que las abrieran a patadas, y el día que llovió. Y el paraguas: lo compró allí ese día. Eso es todo lo que sé de los dos años más raros de la vida de un hombre al que conocí treinta y nueve.

—¿Y el ítem once? —Bajó la voz sin querer, como se baja delante de los cajones cerrados—. Devuelve lo que robé. Paga mi deuda. ¿Qué robó? ¿Qué debe?

—No lo sé. —Le di la vuelta a la leva entre los dedos—. Mi abuelo no debía ni los buenos días. Su única deuda conocida la tenía apuntada, fechada y desatendida a conciencia, que es lo contrario de olvidada. Lo que haya en Almería llegó al testamento, y al testamento de

Fergus no llegaba nada por descuido. —La miré—. Me inquieta más ese ítem que los otros once juntos, y va incluido uno en el que tengo que bailar.

—Sobrio.

—Delante de testigos. Redactaba con saña, el viejo.

Después nos callamos, y aquí viene lo que quiero dejar asentado con fecha de hoy: estuvimos once minutos sin hablar. Los medí en el reloj de pared, no por vicio, o no solo, sino porque era un fenómeno nuevo y los fenómenos nuevos se documentan. Ella repasando actas con el bolígrafo entre los dientes, yo lijando el canto de la leva que no lo necesitaba, la estufa haciendo su contabilidad de chasquidos, la llovizna en el tejado como un aplauso lejano y sin entusiasmo. Once minutos. Con esta mujer, que llena los silencios como quien no soporta un vaso vacío, que le pone posdata hasta a las despedidas. Se estaba callada como se está en casa, y yo lijé más despacio para no gastar el canto, porque la pieza era la excusa y las excusas hay que administrarlas.

Su teléfono vibró tres veces en esos once minutos. Las tres lo miró de reojo y las tres le dio la vuelta, boca abajo contra el banco, un poco más fuerte cada vez. No es asunto mío dónde pone la gente sus teléfonos. Lo asenté de todas formas: hay partidas que se anotan por si acaso resultan ser de la cuenta de uno.

Antes de irse, ya con la llovizna en tregua, recogió las botas de la estufa y se las quedó mirando con extrañeza de perito: la tapa del tacón izquierdo, que llevaba días sonando suelta por los adoquines —lo tenía oído; en un pueblo en silencio, el calzado de cada uno es su firma—, estaba clavada, encolada y lijada al ras. Me miró.

—¿Cuándo...?

—Mientras hablaba usted de los geranios de su padre. Tenían la tapa a dos golpes de perderse. Un tacón sin tapa en adoquín mojado es

un parte de lesiones esperando fecha.

—¿Y cuánto le debo? —Lo preguntó ya con la sonrisa puesta, ensayando el chiste—: ¿Veinte peniques?

—Eso es tarifa de paraguas. Los tacones van por otra escala.

—¿Cuál?

—Todavía no le he puesto nombre.

Se fue haciendo sonar el tacón nuevo aposta en los adoquines, dos, tres veces, como quien estrena, y desde la puerta levantó el vaso de cartón vacío a modo de lo que fuera —brindis, recibo, hasta el jueves—, y yo me quedé con el amplificador destripado, la leva lijada de más y el local oliendo a café donde llevaba dieciséis años oliendo a serrín, que son dos olores compatibles, ahora se sabe.

Quedaban veinte días. La mitad. Los primeros veinte los conté hacia delante, como se cuentan los plazos. Estos me descubrí contándolos hacia atrás, que es como se cuenta lo que uno no quiere que se acabe.

Capítulo 15 — Ítem 5: Flores, dando la cara

Villalba llamó a las nueve y dos del lunes, que en su huso horario es el amanecer de la facturación.

—Su escrito. —Ni buenos días; los buenos días son de las personas que no van a decirte lo que viene—. Tomamos nota. La interpretación estricta no es negociable, pero admito que su párrafo de la imparcialidad estaba bien armado. Casi lo enmarco.

—Gracias.

—No era un elogio, era un aviso: la próxima vez que me cite usted mi propio contrato, que sea para cumplirlo. Y otra cosa. Quiero copia íntegra del expediente en Madrid. Actas, anexos, justificantes escaneados. Custodia centralizada.

—El expediente está custodiado aquí, conforme a...

—Conforme a que lo quiero el miércoles. —Papeles al fondo, agitándose—. No es desconfianza, Salmerón. Es que la confianza no se audita, y yo solo trabajo con cosas que se auditan.

Colgó él. Pasé la mañana escaneando mi propio trabajo con la sensación exacta de estar haciéndole la maleta a alguien que no se va de viaje, y a las cuatro de la tarde, cuando el heredero se plantó en la puerta del pub con la furgoneta en marcha y me dijo «Ítem quinto, hoy, requiere desplazamiento», subí a por la carpeta con un alivio que no pienso desglosar.

—Esto ya lo he vivido —le dije, abrochándome el cinturón—. La otra vez había una caja en este asiento.

—Hoy el asiento va de vuelta. Lo que compremos viaja ahí.

—¿Y qué compramos?

—Flores. Del ramo caro. —Cambió de marcha como quien firma una hipoteca—. Lo dice el ítem, no yo.

La floristería de Inverfarr se llama Marigold's, huele a agua verde y la lleva una mujer con delantal de lona que nos vio entrar —él delante, midiendo el local como se mide un presupuesto; yo detrás, midiendo su nuca, a efectos periciales— y preguntó en qué podía ayudarnos con la prudencia de quien ha visto de todo en el sector.

—Necesito el ramo caro —dijo él—. El objetivamente caro. ¿Tiene lista de precios?

—Tengo ramos.

—Ya. ¿Pero cuál es el más caro?

—Depende de lo que quiera decir.

—No quiero decir nada. Quiero pagar lo máximo. —Pausa; la florista y yo cruzamos una mirada de socorro mutuo—. Es un requisito testamentario.

—Ah —dijo la florista, como si eso pasara—. Entonces peonías. Fuera de temporada, vienen de Holanda, y a estas alturas de agosto cuestan un disgusto.

—¿Cuánto disgusto?

—Cuarenta y cinco el ramo grande.

Le vi hacer el duelo interior completo, las cinco fases en cuatro segundos, y luego preguntó, con una seriedad que la florista tardará años en olvidar:

—¿Y no tienen ramos de exposición? De muestra. Con algún defecto. De segunda mano.

—Señor mío, las flores son todas de segunda mano. Se las quitamos a las plantas.

Se llevó el grande. Cuarenta y cinco libras, pagadas billete a billete, y al soltar el último la ceja se le venció como se vencen las tomateras a mediodía. La florista envolvió las peonías en papel de estraza, me miró a mí, lo miró a él, sacó sus conclusiones florales y le regaló una ramita de eucalipto «por la conversación».

En el coche, el ramo viajó en el asiento de en medio, con el cinturón puesto, y yo llevé la especulación en el regazo todo el camino. Del ramo caro, a una mujer que no sea tu madre, y da la cara al entregarlas. ¿Senga, por el cine? ¿Eilidh, por todo? ¿Agnes, aunque técnicamente Agnes ya cobra en jueves? Hice mi lista de candidatas con rigor de proceso y una tranquilidad de superficie que se me iba agrietando por la base, porque había una candidata que mi lista se negaba a escribir y el pulso me la escribía solo.

—¿A quién...? —empecé, a la altura del lago.

—El ítem dice que dé la cara al entregarlas. Verá usted la cara cuando la dé.

—Necesito saberlo para preparar la certificación. Testigos, lugar...

—El lugar es la puerta del pub. Los testigos se convocan solos en este pueblo. Y la certificación —me miró un segundo, volvió a la carretera— igual esta vez le toca prepararla sobre la marcha, letrada. Improvise. Dicen que se sobrevive.

Aparcó en la plaza a las seis y cuarto, hora de máxima audiencia: el dominó saliendo, Hamish con el parte dado, Morag en su ventana del pub como un palco. Bajó con el ramo en la mano izquierda —cuarenta y cinco libras de peonías holandesas en un puño que ha

torneado levas— y dio la vuelta a la furgoneta, y me abrió la puerta, cosa que no había hecho nunca, y me tendió las flores delante del pub entero con la otra mano ocupada en sacarse del bolsillo un papel doblado en cuatro.

—Ítem quinto —dijo. Y me dio la cara, que era una cara seria con un incendio pequeño detrás, y el papel.

El papel decía, en letra a escuadra:

«ACTA SIN NÚMERO — Día 21 del plazo. Comparece el heredero y HACE CONSTAR: Primero. Que el ítem quinto exige flores del ramo caro a una mujer que no sea su madre. La destinataria cumple el requisito con holgura. Segundo. Que ha dado la cara, que era la parte difícil, porque la cara del que suscribe lleva un mes trabajando por cuenta ajena. Tercero. Que la destinataria podrá certificar el ítem o recusarse por interés en el asunto, pero se le recuerda que las flores no se devuelven. Doy fe de lo que puedo.»

El pub aplaudió con esa medida local que ya me sé, alguien silbó el silbido del duelo —Dougie, luego lo negó—, y Morag cerró su libreta con el golpe de las jornadas históricas y anunció a la concurrencia que el mercado «destinataria del ramo» pagaba a uno con tres, «la cuota más baja de la historia de esta banca, señores, aquí no ha apostado nadie contra lo evidente». Yo sostuve las peonías, el papel y la compostura, por ese orden y con éxito decreciente, y dije lo único que mi colegiación me permitía decir en ese momento:

—Se acusa recibo.

—Que conste —dijo él.

—Constará.

Consta. Me ha costado tres borradores que conste, y esa cifra también consta, porque he decidido que este expediente va a ser el más honesto de mi carrera aunque me arruine.

«ACTA N.º 7 — Día 21 del plazo.

En Strathdreich, lunes, siendo las 23:30, la letrada que suscribe
HACE CONSTAR:

Primero. Que el ítem quinto ha quedado ejecutado mediante la adquisición de un ramo de peonías por importe de cuarenta y cinco libras, factura en anexo, y su entrega en la vía pública, a cara descubierta, ante testigos en número no inferior a veinte, a una mujer que no es la madre del heredero.

Segundo. Que la destinataria ha resultado ser esta letrada, circunstancia que suscita la cuestión de si puede certificar quien recibe. Se resuelve que sí: la cláusula solo excluye a una destinataria posible, la recepción es un hecho objetivo presenciado por medio término municipal, y la identidad de la receptora no altera el gasto, que era lo que el testador medía. Se consignan como testigos de refuerzo la señora Munro, la señora Sinclair y el señor Petrie, por si la firma de la que suscribe pareciera poco imparcial, que empieza a parecérselo hasta a ella.

Tercero. Que se adjunta al expediente el documento entregado junto con el ramo, autodenominado «acta sin número», cuya calidad técnica esta letrada se niega a valorar por escrito.

Cuarto. Que este es el tercer borrador de la presente acta. Los dos anteriores no eran imparciales. Este tampoco, pero es el más corto.

(Anotación al margen, sin valor certificante: las peonías están en la jarra del lavabo, que era lo más parecido a un jarrón disponible en la habitación. Abren despacio, como si también ellas se lo estuvieran pensando. La letrada las entiende perfectamente.)

Doy fe.»

Capítulo 16 — Ítem 7: El ceilidh

El jueves, en la cena, Agnes apartó la mesa sin previo aviso, puso una escoba de testigo y me marcó el Gay Gordons en su cocina hasta que me salió sin contar en voz alta.

—Los pies ya los tienes —dictaminó, devolviendo la mesa a su sitio—. Lo que te sobra es el freno de mano. Mañana lo sueltas, que para eso pago yo la entrada.

—La entrada la pago yo, Agnes. Es mi ítem.

—Tu ítem es bailar. Lo demás lo decide la organización, y la organización soy yo desde que Eilidh me dejó hacer los sándwiches.

El ceilidh se montó en el salón parroquial, que técnicamente no es la iglesia pero el reverendo Buchanan lo contó como asistencia, y a beneficio del Regal: entrada, cinco libras; barra, de Eilidh; música, la banda de siempre que no existía hasta ayer —el acordeón del viejo Tam, que se despierta para tocar, el tambor de Dougie y el violín de Isla, que resultó tocar el violín como quien lleva años guardándoselo—. En la puerta, un tarro con un cartel de mi letra: «FONDO CONDENSADOR. Lo que caiga.» El cartel lo escribí yo, así que sabía exactamente lo que iba a caer de mi bolsillo: pagué mi entrada, y después, sin testigos que yo hubiera convocado y con todos los que este pueblo convoca solos, metí cuarenta libras en el tarro. La ceja hizo su asiento, dos apuntes. Senga lo vio desde la mesa de los sándwiches y no dijo ningún título, que en ella es la máxima expresión del respeto.

Del baile diré lo que dirían las actas si las escribiera yo: se ejecutó.

Morag me reclamó el primero por derecho de acreedora histórica y me llevó por el Gay Gordons como se lleva un remolque por un puerto de montaña: con autoridad y avisando poco. El segundo fue

el malo, el Strip the Willow, que es un baile diseñado por alguien que odiaba a los hombres grandes: dos filas, giros encadenados, y cada pareja te pasa a la siguiente como un cubo en un incendio. Bailé con el pueblo entero. Con Eilidh, que gira como una puerta bien engrasada. Con Agnes, que me clavó dos correcciones al oído sin perder el paso. Con Isla, violín en mano, que giró conmigo sin dejar de tocar, cosa que la física no permite y ella no consultó. Con la letrada dos veces, porque el baile rota y la aritmética quiso, y las dos veces la aritmética me pareció, por primera vez en mi vida, un sistema mejorable por escaso.

Pisé a una persona: al reverendo, que ni siquiera bailaba, lo cual tiene mérito estadístico. Los apostantes del «pisa a alguien, cinco a uno» discutieron si un párroco en la zona de paso computa, y Morag, con la banca en la mano, dictaminó que computa, «que para eso está consagrado, para sufrir por la comunidad».

Sudé el jersey nuevo, el azul. Perdí el freno de mano en algún punto entre el tercer baile y el cuarto, como Agnes había ordenado. Y en el vals final —el St Bernard's, que es el único baile de la noche donde uno elige y se está quieto en la misma persona— la elegí a ella, o ella a mí, la instrucción salió simultánea y no consta el autor, y bailamos un vals entero a la distancia reglamentaria de los vales de salón parroquial, que es una distancia que existe para ser un problema.

Al acabar, la letrada subió al pequeño estrado de la banda, pidió silencio con la carpeta y leyó, en voz alta y con voz de juzgado:

—Certificación provisional del ítem séptimo. Doy fe de que el sujeto bailó, si a eso puede llamársele bailar.

El salón entero rompió a aplaudir la frase, que es exactamente la clase de justicia que este pueblo entiende. Podría haberla recurrido. La dejé pasar: era exacta.

Salí a la puerta a que el aire frío hiciera su trabajo, y ella salió detrás, o yo salí porque ella iba a salir, tampoco consta el autor, y nos quedamos bajo el alero del salón parroquial con la música amortiguada a la espalda y la noche delante, oliendo a hierba mojada de ayer y a lana caliente de ahora.

—Cuarenta libras al tarro —dijo—. Lo he visto.

—Error de cambio.

—Dos billetes de veinte. Un error muy estructurado.

—Estaba distraído. Llevo toda la noche haciendo cálculos de rotación.

—¿Y qué salía?

—Que el Strip the Willow está mal diseñado. Catorce parejas y a usted la cruzo dos veces. Hay bailes con mejor rendimiento.

—¿Cuáles?

—El vals. El vals tiene un rendimiento...

No terminé la frase porque se había acabado la distancia. No sé en qué momento se acabó; yo llevo la contabilidad de casi todo y de eso no hay asiento. Quedaban ocho centímetros, calculados a ojo de carpintero, que no falla en distancias cortas, y los dos estábamos en el negocio de reducirlos, sin prisa, con esa atención con que se acerca uno a las cosas que llevan semanas acercándose solas, y entonces la puerta del salón se abrió de una patada administrativa y Hamish ocupó la noche entera con su cuerpo y su cargo.

—¡Borrasca de categoría! —bramó, con la gorra ya puesta, señalando el oeste como se señala a un culpable—. ¡La gorda! ¡Entra a medianoche! ¡Las carpas del patio, los toldos de Eilidh, el tenderete de los sándwiches! ¡Todo el mundo que tenga manos!

Yo tengo manos. Es un hecho notorio en el término municipal. Pasé la media hora siguiente amarrando carpas, plegando toldos y metiendo mesas con Dougie, bajo las primeras gotas gordas de una borrasca que llegó puntual como todo lo que anuncia Hamish, y ella adentro, ayudando con los sándwiches y saliéndome en todos los cálculos.

Ocho centímetros. Los apunté donde apunto lo que no entiendo, en el archivo que crece solo. Y esta vez, al asentarlos, me di cuenta de que la cuenta ya tiene nombre. Lo tiene desde hace tiempo. Lo que pasa es que en mi casa los nombres, como todo, se gastan con cuidado.

Quedaban quince días y una borrasca. De las dos cosas, la borrasca era la que se iba a ir.

Capítulo 17 — El dron

La borrasca se marchó de madrugada dejando el pueblo como deja mi madre una cocina discutida: limpio, húmedo y con las cosas cambiadas de sitio. El sábado amaneció de recogida general —una carpa vencida, el tenderete de los sándwiches en el huerto de al lado, tres tejas de la iglesia en paradero conocido porque las encontró el reverendo con el pie— y en mitad de aquella intendencia comunal, a eso de las once, el cielo empezó a zumbar.

—¡Lo sabía! —Dougje soltó la carpa que sujetaba, que era una manera de informarnos a los demás de que ahora la sujetábamos nosotros—. ¡Ahí está el pájaro! ¡Llevo semanas diciéndolo!

El pájaro era un dron blanco, de los caros, que sobrevoló la plaza a media altura, se detuvo sobre la carpintería con un descaro de turista, siguió hasta la casa de Agnes, dio una pasada al pub y vino a quedarse suspendido sobre nosotros con su ojito de cristal, mientras yo repasaba mentalmente el reglamento de aeronaves no tripuladas —distancias a personas, a edificios habitados, seguro de responsabilidad— y componía en voz alta, para el público presente, una relación de infracciones que Morag me pidió por escrito «para la causa».

La causa no hizo falta. La resolvió el clima, que aquí es parte procesal: una racha de las que la borrasca se había dejado olvidadas cogió al dron en mitad de una floritura y lo estampó, con precisión municipal, contra el canalón de Morag. El canalón, instalado hace tres semanas por mano conocida, no se movió un milímetro. El dron cayó al huerto en dos piezas y media.

Morag lo tuvo confiscado antes de que dejara de girar la última hélice.

—Objeto caído en propiedad privada —proclamó, sosteniéndolo como una gallina rara—. Se custodia y se tasa. La tasación la hace la banca.

Malcolm llegó veinte minutos después en el coche eléctrico, con el mando del dron todavía en la mano y una versión de los hechos ya editada:

—Estaba haciendo tomas aéreas del patrimonio comarcal. Contenido paisajístico. Nada que ver con...

—Nueve y medio —dijo Morag.

—¿Nueve y medio de qué?

—De interés. Es lo que le está costando a usted el leasing de ese coche, según la pestaña «PERSONAL» de su propia hoja de cálculo.

—Morag pasó una página de la libreta sin prisa—. Un hombre que paga un nueve y medio no hace tomas paisajísticas. Hace tonterías.

Porque eso había pasado a primera hora, y me lo había perdido por estar amarrando la carpa: Malcolm había enviado a sus oyentes el enlace de su «Auditoría MacRae. Documento de trabajo» —columnas de fechas, importes especulados de los ítems, celdas en rojo con rótulos como «¿maíz?» y «ronda: verificar»— y el enlace, por obra de la prisa o de la justicia, daba acceso al libro entero. Isla lo descubrió en la wifi del pub, lo proyectó en la tele de los partidos «para que se viera bien», y a las diez de la mañana Strathdreich desayunaba con las finanzas personales del hombre que enseña a ahorrar a ciento treinta mil personas: tres tarjetas al límite, el leasing al nueve y medio, dos plazos vencidos de un «Máster en Trading Cuántico» y una celda, mi favorita, titulada «devolver a mamá».

El pueblo no se rio. Eso fue lo notable y lo consigno como se consignan los fenómenos: nadie se rio. Miraron la pantalla con la seriedad con que se mira una radiografía ajena, Eilidh la apagó a los

dos minutos —«ya está visto»—, y cuando Malcolm entró después a exigir su dron y explicó lo del patrimonio comarcal, lo trataron con una piedad práctica que debió de dolerle más que cualquier burla: Agnes le mandó un táper con Isla, «que ese chico come de gasolinera», y Tam le ofreció su silla.

El rescate del dron se pactó en quince libras, destinadas al fondo del condensador. Malcolm pagó con el móvil, tres intentos.

Con lo de la pancarta casi coincidieron, y aún no sé si fue coordinación o mala suerte compartida: a la una llegó de Kirkbraw un coche oficial con banderines, y de él bajó el alcalde Fairweather en persona, peinado contra el viento local con algún producto que el viento local no conocía, seguido de dos concejales que desplegaron ante la fachada del Regal una pancarta que decía «VEN A SECARTE A KIRKBRAW» mientras el alcalde posaba para una foto «en solidaridad con el patrimonio comarcal», que por lo visto era la expresión del día en el bando enemigo.

El pueblo cerró filas sin moverse, que es como se cierran las filas aquí. Fairweather pidió tres cafés en el pub para la comitiva.

—Se nos ha estropeado la máquina —dijo Eilidh, con la máquina bufando a su espalda como una locomotora sana.

—La oigo funcionar.

—Funciona. Estropeada para usted.

Se fueron a los veinte minutos, con su pancarta y sin cafés, y Hamish salió a la puerta a comunicarle al coche oficial, por megafonía pulmonar, el pronóstico extendido: «¡Lluvia aquí toda la semana! ¡Presuman de sol mientras puedan, que el récord es nuestro!»

A Malcolm lo encontré al irse, junto a su coche, metiendo el dron roto en el maletero con una delicadeza rara, y tuvo el detalle de

estropearme la lástima que empezaba a tenerle:

—Esto no ha acabado, letrada. Un documento de trabajo filtrado no invalida el trabajo. —Cerró el maletero—. Y dígle a la del pub que guarde bien los papeles. Los recibos de aquella famosa ronda, por ejemplo. Para mis archivos.

—Los recibos del pub son del pub —dijo Eilidh desde la puerta, que tiene el oído de las profesionales de barra, calibrado a conversación inconveniente.

Malcolm se fue. Y a mí se me quedó la palabra «ronda» dando vueltas donde llevaba días aparcada la cifra redonda, trescientas justas, y esta vez la punzada duró una frase entera antes de que la archivara: los pubs redondean, los amigos redondean, el mundo redondea, y una fedataria que empieza a auditar la generosidad ajena ha empezado a trabajar para el bando equivocado. La archivé. Cada vez me cuesta un movimiento más, como esos cajones que avisan.

«ACTA N.º 8 — Día 26 del plazo.

En Strathdreich, sábado, siendo las 22:40, la letrada que suscribe
HACE CONSTAR:

Primero. Que se eleva a definitiva la certificación provisional del ítem séptimo, ejecutado en la noche de ayer en el salón parroquial: el heredero bailó, sobrio, delante de testigos en número superior a sesenta, durante dos horas y cuatro bailes, con una pisada computable a persona consagrada. Se ratifica literalmente la fórmula leída en el acto: doy fe de que el sujeto bailó, si a eso puede llamársele bailar.

Segundo. Que el beneficio del evento, doscientas doce libras incluida una aportación anónima de cuarenta cuya autoría conoce todo el término municipal, se destina al fondo de reparación del equipo de sonido del cine.

Tercero. Que en el día de hoy una aeronave no tripulada operada por don Malcolm MacRae ha sobrevolado el municipio con infracción de las distancias reglamentarias, resultando derribada por el viento contra un canalón de reciente instalación, que resistió. La aeronave ha sido rescatada por su operador previo pago de quince libras al fondo citado. La relación de infracciones se adjunta por si alguna autoridad la quiere, que lo dudo.

Cuarto. Que una delegación del Ayuntamiento de Kirkbraw ha desplegado publicidad ante el cine Regal y ha intentado sin éxito la adquisición de tres cafés. Se consigna la avería selectiva de la máquina como uso local.

(Anotación al margen, sin valor certificante: anoche, a la puerta del salón, faltó nada. Nada, en mi tierra, es lo que le falta al pantano: se dice en una palabra y se nota todo el año. Se cierra el paréntesis por prudencia y por Hamish, por este orden.)

Doy fe.»

Capítulo 18 — Ítem 9: La carta

El primer borrador lo escribí a las siete de la mañana y decía todo lo que llevo veintiocho años sin decir. Lo rompí a las siete y cuarto, porque el ítem decía «escribe una carta», no «dispara».

Domingo. La carpintería cerrada, el pueblo en la tregua lenta de después de borrasca, y yo en la mesa de la cocina con el taco de folios, el bolígrafo bueno y la dirección de Alberta copiada del sobre de la última felicitación de Navidad, que llegó el nueve de enero, como todas, porque en enero bajan los sellos y mi padre es fiel a sus fidelidades.

Catorce borradores. Los llevé por partidas, como llevo los desastres.

Del segundo al quinto fueron inventarios: lo que costó 1998, con cifras, que las tengo. La caldera, el colegio, el invierno, los nueve mil y pico que mi madre tardó seis años en tapar y yo otros siete en rematar. Los rompí todos por el mismo defecto: eran facturas, y las facturas se mandan a quien puede pagarlas.

El sexto era comprensivo y me duró media página, hasta que me leí comprendiendo y me di asco, porque comprender también puede ser una manera de mentir con buena letra.

Del séptimo al décimo no me acuerdo y es mejor así.

El undécimo lo escribió el chico de once años y no lo rompí: lo guardé en el cajón de la cocina, porque a ese no se le rompen las cosas, bastante tuvo.

El decimosegundo y el decimotercero fueron ensayos del definitivo, cada uno más corto, como quien cepilla una tabla y va quitando hasta que aparece la veta y entonces para, porque pasarse de la veta es empezar a estropear.

El decimocuarto decía esto, y lo copio aquí porque esta libreta mía no la lee nadie y porque un hombre debe saber qué ha firmado:

«Ewan:

El abuelo ha muerto. Me ha dejado la carpintería, la casa y un encargo largo que voy cumpliendo.

Las deudas del 98 están pagadas desde 2011. Lo sabías. Te lo pongo por escrito para que quede en algún papel que no sea mío.

Te escribo porque él me lo ha mandado, y porque he hecho cuentas: cargar contigo me sale caro y llevo mucho tiempo pagando un almacén por algo que no uso. Lo dejo. No es perdón. Es cierre de ejercicio.

No hace falta que contestes. Si contestas, que sea corto. Es lo nuestro.

Callum.»

Lo metí en el sobre, pegué el sello —de los normales, de agosto, a precio de agosto— y a las seis de la tarde bajé al buzón de la pared de Fraser, y no fui solo, porque a las cinco y media le había mandado un mensaje a la letrada que decía «Ítem 9. Buzón de Fraser, 18:00. Sin acta hasta mañana, la recogida es a las nueve» y ella contestó «Allí estaré» sin una sola pregunta, que ya era el primer regalo del día y todavía no lo sabía yo.

Vino con el chubasquero amarillo, que ha aprendido a llevar por encima de otro impermeable de verdad, en un sistema de doble capa que es lo más almeriense que he visto en mi vida: la capa que funciona y la capa que se niega a admitir la derrota. Caminamos hasta la pared de Fraser sin hablar. El buzón es rojo, viejo, con la boca a la altura del pecho y las horas de recogida en una chapa que Hamish repinta cada primavera porque el cartero es él y la chapa es su escudo.

Me quedé delante con el sobre. Y aquí viene lo que quiero dejar asentado con todo el peso de mi letra: ella no dijo nada. No preguntó qué ponía. No dijo «¿estás seguro?», ni «es un gran paso», ni ninguna de las frases que la gente deja caer sobre los sobres ajenos para participar de ellos. Se quedó a mi lado, a la distancia de los que están, con las manos en los bolsillos del chubasquero inútil, mirando la calle mojada como si la calle mojada fuera un asunto que requiriese supervisión, y me dejó el buzón entero para mí.

Eché la carta. La tapa hizo clac. El sobre cayó dentro con el ruido de las cosas que caen donde ya no se alcanzan, que es un ruido que este mes conozco, y la carta dejó de ser mía a las seis y siete de la tarde de un domingo, aunque técnicamente dormirá en la tripa del buzón hasta que Hamish la recoja mañana a las nueve y le dé, conociéndolo, la solemnidad de un parte: correspondencia con destino ultramar, viento favorable.

—Ya está —dije.

—Ya está —dijo ella.

Y nada más. Caminamos de vuelta por el pueblo húmedo, a mi paso o al suyo, se nos ha ido mezclando el paso estas semanas y ya no sé de quién es la velocidad, y en la tapia del huerto de la iglesia nos paramos sin motivo, porque hay tapias que paran a la gente, y estuvimos un rato mirando cómo el cielo se deshacía de las últimas nubes de la borrasca con esa lentitud de aquí, de país que no tira nada.

—Escribe en enero —dije, porque algo mío quiso darle una cosa a cambio del silencio—. Mi padre. Las navidades llegan el nueve de enero, cuando bajan los sellos. Lleva veintiocho años felicitándome las fiestas con descuento.

Ella no se rio, que era lo fácil, ni se puso grave, que era lo cómodo. Asintió despacio, como quien recibe un dato para un expediente que

lleva en secreto, y dijo:

—Mañana le cuento yo una cosa. Hoy no toca. Hoy es domingo suyo.

Y me pareció un trato justo, y los tratos justos se cierran callando, así que lo cerramos así.

En casa, guardé el borrador undécimo donde estaba, en el cajón de la cocina, junto al botón de cuerno que sigue en la balda sin cuenta asignada. Empieza a haber en esta casa una contabilidad paralela de cosas que no producen, no rinden y no se tiran. Mi abuelo tenía una lata así, me juego la carpintería. Todos los de mi sangre acabamos teniendo una lata así; lo nuestro es elegir el tamaño.

Quedaban trece días. La carta viajará más despacio que el plazo. Por primera vez en un mes, hay algo mío por el mundo que no tiene fecha de entrega, y no me está doliendo lo que estaba presupuestado.

Interludio IV

Strathdreich, febrero de 1989

Amparo:

Te vas a reír, que es para lo que te escribo estas cosas, aunque no lo sepas.

Llevo dos años debiéndole tres libras con cuarenta a una vecina, Morag Sinclair, y no pienso pagárselas. Atiende, que el asunto tiene su ley. Fue en el dominó, en marzo del 87: una apuesta tonta, de las que se hacen por darle sal a la partida, y la perdí con todas las de la ley, que Morag juega al dominó como otras bordan, contando lo que no se ve. Saqué el monedero allí mismo. Y cuando iba a pagar, la vi apuntarlo en su libreta —fecha, cifra, concepto—, antes de cobrar, fíjate, apuntar antes que cobrar, y comprendí que estaba delante de una colega, y que si le pagaba se acababa la partida grande.

Porque a ver qué tenemos ella y yo si le pago: los buenos días y el tiempo, que aquí es siempre el mismo. En cambio así tenemos pleito. Cada vez que me la cruzo me reclama, con unos intereses que se inventa sobre la marcha, cada año más altos; el del año pasado lo llamó «interés de agravio», y estuve una semana rumiando la fórmula de pura envidia. Yo le discuto el principal, el método y la jurisdicción. Los dos salimos de cada encuentro más jóvenes. Tres libras con cuarenta, Amparo: no hay entretenimiento más barato en las islas británicas, y encima revaloriza. Si le pagara, sería solo dinero perdido. Así es una renta.

Ya sé lo que estás pensando, porque te pienso mejor de lo que me conviene: que tengo dos deudas en el mundo y las administro al revés. La de Morag la niego a gritos en público y la tuya la guardo callada en una lata. No es al revés. Es la misma ley con dos clientas: las deudas que uno conserva son las conversaciones que no quiere

terminar. Con Morag me alcanza con discutir los martes. Contigo, ya ves, llevo veintitrés años redactando.

Por lo demás, enero fue seco para lo que se estila, el trabajo no falta y el paraguas va por el remiendo número quince, uno de lona de vela que me fío poco. El tuyo sigue siendo el primero en todos los sentidos.

Cuídate de los fríos de febrero, que en tu tierra entran de golpe y sin educación, y no me hagas caso en nada, que es lo que has hecho siempre y bien que has vivido.

Fergus

P. D. Esta tampoco va. A este paso, el día que me muera vas a recibir de golpe una biblioteca. Bien mirado, siempre he preferido pagar todo junto.

Capítulo 19 — El aval

El audio de mi madre duraba cuatro minutos y once segundos y lo escuché entero dos veces, cosa que no me pasaba desde que existen los audios de mi madre.

El noventa por ciento era el parte habitual: que la lavadora de la Puri ha muerto centrifugando, «con lo joven que era»; que el novio de Huércal ha resultado ser de Viator, «que no es lo mismo aunque tu prima diga que sí»; que el pantano ha subido al treinta y cuatro «con las tormentas de la semana pasada, fíjate, algo es algo»; y que me deja ya. Pero en el minuto dos y medio, entre la lavadora y el pantano, mi madre dijo, con el mismo tono de inventario: «Ah, y el jueves hizo diecisiete años de lo del invernadero. Tu padre estuvo todo el día callado, ya sabes cómo se pone con las fechas, le hice arroz y no dijo ni que estaba bueno, o sea que estaba pensando. Bueno, te dejo, que no quiero enrollarme.»

Diecisiete años. Yo tenía doce y estaba fuera de una oficina con aire acondicionado, y llevo diecisiete construyendo una vida en la que nunca más se espera fuera. Ayer, en la tapia, le prometí a un hombre que hoy le contaría una cosa. Las promesas hechas junto a tapias también obligan; lo dice una costumbre que me estoy inventando pero que pienso cumplir como si fuera del Código.

Fui a la carpintería a las seis, con las firmas pendientes de verdad — los anexos del ceilidh y de las flores, que llevaban dos días criando polvo por causas imputables a las dos partes— y con el discurso sin preparar aposta, porque los discursos preparados son para los jueces y esto era otra jurisdicción. Él estaba montando el condensador nuevo, que había llegado por fin de Glasgow en una caja con más precinto que un sumario, y el amplificador del Regal convalecía en el banco con las tripas al aire.

—¿Sobrevivirá?

—Sonará mejor que en 2003. —Apretó un tornillo con un cuarto de vuelta exacto—. La pieza es soviética de fabricación búlgara. Esas dos palabras juntas duran más que yo.

Firmé los anexos. Y luego, en lugar de irme, me quedé mirando cómo trabajaba, y él, sin levantar la vista, hizo lo que hace este hombre cuando ha entendido todo: me acercó con el pie el taburete alto y me puso en las manos un taco de lija y un listón, «canto romo, sin prisa», porque en esta carpintería se ha establecido, sin firmarse, que las palabras difíciles salen mejor con las manos ocupadas.

Lijé. Y conté.

Le conté lo de Andrés, que era socio de mi padre y era «como un hermano», con las comillas puestas a mano diecisiete años después. Los invernaderos de El Ejido, seis hectáreas de plástico que mi padre levantó desde peón, el tomate en rama que salía camino de media Europa. Le conté las firmas: que Andrés necesitaba avales para ampliar y mi padre firmó donde le dijeron, con las dos manos, sin leer, porque leer los papeles de un hermano es ofenderlo, eso decía. Que Andrés desapareció en marzo de 2009 con la ampliación cobrada y las deudas sembradas, y que todo lo demás fue papel: embargos, la casa, el abogado de Madrid explicándole a mi madre en una oficina fría que la ley estaba correctamente aplicada. Que mi padre trabaja hoy de encargado en el invernadero que fue suyo, a las órdenes de un fondo que lo compró en el juzgado, y que jamás, ni una vez en diecisiete años, ha hablado mal de Andrés en mi presencia, porque hay hombres que prefieren cargar la vergüenza ajena a repartirla.

Le conté lo del plan. Que a los doce años decidí que la improvisación es la ruina con buena prensa, y que desde entonces vivo por escrito: carrera elegida a los trece, oposición de mesa camilla, el despacho, y

un plan a cinco años plastificado que llevo en el bolso como otras llevan una medalla, y por el mismo motivo.

Él lijaba su pieza y escuchaba con el cuerpo, que es como escucha: parando las manos en los datos importantes. Las paró en las dos manos de mi padre firmando. Las paró en la oficina con aire acondicionado. Cuando terminé, dejó la herramienta, se limpió el serrín con el trapo, despacio, dándose tiempo, y dijo:

—Mi padre firmaba igual. Con las dos manos. —Miró el amplificador abierto—. Solo que el suyo firmaba confianza y el mío firmaba humo. Al final el papel les dio lo mismo a los dos: se lo comieron otros.

—Tú blindaste la cartera —dije—. Yo blindé la agenda.

Se quedó con la frase como se queda él con las cosas: sin tocarla, mirándola por los cantos.

—Dos cerrajeros —dijo al fin—. Hijos de dos puertas abiertas.

Y ninguno de los dos siguió por ahí, porque a medias era exactamente la profundidad correcta, y porque él entonces cogió mi listón, pasó el pulgar por el canto que yo llevaba media hora lijando, y dictaminó «romo» con una satisfacción de maestro de taller que valía por todos los pésames del mundo, y me enseñó a encerarlo, y en el traspaso de la muñequilla de cera coincidieron las manos un momento sobre la madera tibia, y la madera, que estaba delante, es la única que sabe cuánto duró el momento, porque nosotros a esas mediciones ya hemos renunciado oficialmente.

Villalba acusó recibo del expediente escaneado a las 20:40. Su mensaje completo: «Recibido. Completo, ¿verdad?» Cuatro palabras y un signo de interrogación que se quedó encendido en la pantalla como una luz de dormitorio al doblar una esquina. Completo. Respondí «Íntegro conforme a inventario», que es verdad, que es

toda la verdad del inventario, y me quedé un rato con el móvil en la mano, oyendo el canalón.

«ACTA N.º 9 — Día 28 del plazo.

En Strathdreich, lunes, siendo las 23:20, la letrada que suscribe
HACE CONSTAR:

Primero. Que se han incorporado al expediente los anexos pendientes de los ítems quinto y séptimo, debidamente firmados.

Segundo. Que el equipo de sonido del cine Regal ha quedado reparado con cargo al fondo vecinal, quedando el ítem sexto, ya certificado, además restaurado, que no era exigible y se consigna porque alegra.

Tercero. Que el ítem noveno fue ejecutado ayer mediante el depósito de una carta en el buzón de la pared del establecimiento Fraser, presenciado por esta letrada, y recogido el envío en la mañana de hoy por el servicio postal a las 9:04, con solemnidad superior a la reglamentaria.

Cuarto. Que quedan pendientes los ítems décimo, undécimo y duodécimo, y trece días de plazo.

(Anotación al margen, sin valor certificante: hay firmas que no constan en ningún papel y obligan más que las protocolizadas. Esta letrada ha empezado a tener una así. Se cierra el paréntesis antes de que diga dónde, que las actas también tienen pudor.)

Doy fe.»

Capítulo 20 — Ítem 10: Presupuesto en blanco

De los tres ítems que me quedaban, el décimo era el que llevaba un mes esquivando, y eso que incluye uno en el que tengo que volar a otro país y otro en el que tengo que regalar lo único que no tiene precio en mi inventario.

«Gasta un día entero. En nada. Con alguien.»

Los otros eran dinero. El dinero duele por un sitio conocido, con su tarifa y su ceja. Esto era tiempo, y el tiempo yo no lo malgasto: lo tengo todo colocado, de siete a siete, desde hace dieciséis años. Un día entero en nada es agujerear la semana a propósito, y los agujeros, en mi oficio, son lo primero que se tapa.

Estudí la letra buscando descuentos. ¿Contaba un domingo? Los domingos ya vienen medio perdidos de fábrica; gastar uno sería pagar con moneda devaluada. Lo descarté yo solo, sin necesidad de letrada: el viejo decía «gasta», y gastar lo que no vale no es gastar, es fingir. Si había que quemar un día, se quemaba de los buenos. Elegí el miércoles. Un miércoles laborable, en plena semana, con encargos en el banco y la sierra fría: el día más caro del mercado.

Quedaba el «con alguien». Hice la lista de candidatos con el rigor de siempre. La lista tenía un nombre. Los procesos de selección de esta casa son así de rápidos cuando el corazón lleva semanas haciendo el trabajo sucio del departamento de compras.

Lo que no tenía era la manera de decirlo, así que lo dije en mi idioma. Saqué el talonario de presupuestos —«MacRae. Carpintería. Presupuesto n.º...»—, que es un documento serio, con membrete y copia en papel carbón, y rellené uno:

Cliente: R. Salmerón.

Concepto: un día entero. En nada.

Materiales: por determinar. Tendiendo a ninguno.

Mano de obra: no aplica. Es el punto.

Total: —.

Forma de pago: presencia.

Fecha de ejecución: mañana, 9:00.

Se lo llevé al pub el martes a media tarde. Estaba en su mesa del rincón con el expediente, y le puse el papel delante como se ponen los presupuestos: sin adornos y por su lado de leer.

Lo leyó dos veces. La segunda más despacio, como leen los abogados lo que les gusta y no quieren que se note.

—¿Esto es el ítem diez?

—Es la parte del «con alguien». Necesitaba un alguien. Hice una lista de candidatos.

—¿Larga?

—Tenía un nombre.

Se quedó mirando el papel un poco más de lo que el papel daba de sí. Luego empezó lo que yo ya me esperaba, porque conozco a mi cliente: la resistencia por vía de intendencia.

—¿Y el plan?

—No hay. Es el concepto.

—Un plan mínimo. Adónde vamos.

—A un sitio. Se conduce una hora y se llega.

—¿Qué llevo?

—Nada. Llevo yo lo de no morirse: comida, termo, mantas. Eso no es plan, es intendencia. La intendencia no cuenta: cuenta que no se muera nadie.

—¿Y si llueve?

—Nos mojamos. Estamos en agosto: lloverá con buena intención.

—Horario de vuelta.

—Cuando se acabe el día. Los días se acaban solos, llevan haciéndolo sin supervisión desde antes de los relojes. —Y ya que salía el asunto—: Los relojes, por cierto, se confiscan al embarcar. El suyo incluido. Norma del ítem.

—Esa norma no está en el testamento.

—Está en el presupuesto. Cláusula verbal. Acaba usted de oírla.

La vi hacer lo que hago yo delante de los gastos grandes: buscar la salida por el articulado y no encontrarla, porque no la había, porque un día en nada no tiene articulado, que es exactamente lo que el viejo le compró a su nieto con este ítem. Le vi el vértigo. Lo reconocí de vista: es el mismo que puse yo delante de la ronda del pub, el de quien va a pagar en su moneda cara. La suya no lleva la cara del rey; lleva casillas.

Sacó el bolígrafo. Pensé que iba a enmendar el presupuesto, a meterle condiciones por los márgenes. Escribió una sola palabra al pie, donde firman los clientes, y me devolvió el papel.

Conforme.

—Sin plan —dijo, y le salió una voz de estar firmando la rendición de una plaza fuerte—. Que conste que firmo sin plan.

—Consta —dije, y me guardé la copia en carbón, que hay documentos que un hombre archiva en la caja de las escrituras aunque el importe sea una raya.

El resto del martes lo dediqué a la intendencia negada: bocadillos con el papel encerado doblado a escuadra, el termo grande, dos mantas de la furgoneta y una gestión con Eilidh que se resolvió con una petaca «para el termo, y ni una palabra». También miré, por tercera vez esta semana, los vuelos a Almería, que salen de Edimburgo con escala y precios de secuestro: el ítem once espera al otro lado de Europa con su enigma dentro, y el doce, el doce lo tengo sin presupuestar. Mentira. Lo tengo presupuestado hasta el último penique desde hace tiempo. Lo que no tengo es el valor de firmar el gasto, porque es el único de la lista que no se puede devolver.

Quedaban once días y tres ítems, y mañana, un miércoles entero comprado a precio de mercado para quemarlo en nada con la única persona que ha firmado «conforme» a mis condiciones sin leerse la letra pequeña, entre otras cosas porque la letra pequeña soy yo, y esa todavía no se la he dado a leer entera.

Capítulo 21 — Ardsholm

A las ocho cincuenta y siete de la mañana yo estaba en la puerta del pub con una mochila cuyo contenido pienso confesar aquí porque en algún sitio hay que decir la verdad: crema solar factor cincuenta —la fe es lo último que se pierde—, un mapa descargado por si fallaba la cobertura, un botiquín de viaje y dos horarios de marea de la costa oeste impresos anoche en la trastienda de Fraser a diez peniques la hoja. Firmé «conforme, sin plan» y me presenté con un plan de contrabando. Una es hija de su casa: nosotros hasta el luto lo llevamos organizado.

La furgoneta paró a las nueve en punto. Él bajó, me miró la mochila con la neutralidad de un aduanero veterano y extendió la mano.

—El reloj.

Me lo quité. Lo depositó en una cajita metálica de tornillos vacía que tenía preparada en la guantera, entre arandelas, donde mi reloj de correa naranja quedó custodiado como una pieza más del inventario, y ya iba a cerrar cuando le pudo el oficio y me miró otra vez, a mí y a la mochila, con esa lectura suya de tasador.

—¿Qué más lleva?

—Intendencia.

—Enséñeme la intendencia.

Le enseñé la intendencia. Los horarios de marea los sostuvo un momento a la luz, como un billete falso.

—Requisado. —A la cajita—. Reincidencia.

—¡Las mareas son seguridad marítima!

—Las mareas llevan siglos siendo puntuales sin que usted las imprima. —Cerró la guantera—. La crema se la dejo. Por la fe.

Condujo una hora hacia el oeste por carreteras que se iban estrechando como si el país se acabara en punta, y se acababa: en Ardsholm, que es una playa a la que se llega bajando un sendero entre helechos, y que yo no me esperaba, y lo digo con conocimiento de causa de mar. Arena blanca, blanca de verdad, de la que cruje. Agua de un turquesa serio, sin postal, con el frío puesto. Montañas moradas al fondo, una isla a lo lejos como un animal dormido, y encima de todo un cielo enorme repartiendo chubascos sueltos por la bahía, aquí sí, aquí no, como quien riega macetas concretas.

—Esto no puede ser Escocia —dije.

—Es la parte que no sale en las quejas.

Y empezó la nada. Consigno la nada por tramos, porque fue lo más difícil y lo mejor que he hecho en semanas.

Primer tramo: la abstinencia. Caminamos la playa entera, ida, sin hablar apenas, y yo intenté calcular la hora por el sol y descubrí que aquí no se puede: en mi tierra el cielo es un reloj; aquí es un techo con goteras de luz. Busqué el móvil con la mano tres veces —está en la guantera, en modo avión, por las emergencias— y las tres veces la mano volvió vacía y rara, como cuando falta un diente. A la cuarta dejó de ir.

Segundo tramo: las conchas. Empecé a cogerlas sin darme cuenta, que es como se empieza todo lo importante. Blancas, rosadas, una azulada con el nácar gastado. Me llené un bolsillo. Él me miraba de reojo con la ceja en paz.

—No valen nada —me justifiqué.

—Por eso se guardan tranquilas. Nadie va a venir a quitárselas.

Me quedé con la frase dentro del bolsillo, entre las conchas, porque había sitio.

Tercer tramo: el chubasco. Nos pilló uno a media playa, de esos suyos con dirección y matrícula, y él abrió el paraguas granate —lo había bajado de la furgoneta sin comentarlo, como se lleva una herramienta— y nos sentamos en la arena debajo, los dos, con las mantas, viendo llover sobre el mar, que es ver llover sobre lo mojado y sin embargo no se parece a nada. El paraguas olía a cera vieja y a tienda antigua. Conté remiendos desde dentro: llegué a once sin mover la cabeza, y el rojo quedaba justo encima de él, como esas marcas que hacen los carpinteros para acordarse de algo.

Cuarto tramo: la conversación, que vino sola cuando se fue el chubasco, sin subtexto, que era la novedad. Se lo pregunté de frente, porque el día no tenía esquinas donde esconder las preguntas:

—¿Qué vas a hacer con el dinero, si cumples? —Y me salió el tú, y lo dejé estar, porque devolverlo al usted habría sido la mentira más gorda de la jornada. Él lo recogió sin comentarlo, como recoge él las cosas.

—No lo sé. —Miraba la isla—. Sé la lista de lo que no: no me voy, no cierro la carpintería, no me compro nada que haga ruido. Lo que sí, no lo he presupuestado. Llevo un mes tan ocupado gastando lo del viejo que no he pensado en lo mío. —Pausa de las suyas, de medir—. Igual esa era la pregunta de Fergus. No «a ver si sabes gastar». «A ver si sabes querer algo.»

—¿Y sabes?

—Estoy en periodo de prueba. —Me miró—. ¿Y tú? Día cuarenta y uno. Madrid, la plaza, el plan.

Lo dije en voz alta, el plan, la casilla, el despacho con mi nombre en la puerta de cristal, y me sonó a leído, como suenan las fórmulas de

los juramentos cuando las dice alguien que está pensando en otra cosa. Se lo confesé también, porque el día era así:

—Me ha sonado a leído.

—Ya.

—No me digas «ya».

—Es que llevo semanas oyéndote el plan y hoy es la primera vez que lo recitas. Antes lo decías.

Los carpinteros afinan el oído lijando, por lo visto. Me callé, y en el callar hice una cuenta que no estaba en ninguna casilla: en mi tierra hay tres mil horas de sol al año. Me las sé como se sabe una el sueldo. Y llevo toda la vida administrándolas con riego por goteo, gota a gota, cada hora a su surco, convencida de que el tiempo sin asignar se evapora. Y hoy he regado a manta. A manta, como regaba la huerta antigua: soltando el agua entera de una vez, con derroche de otra época, sin medir. Y no se ha evaporado nada. Ha llegado todo a alguna raíz, incluida una que yo no sabía que tenía plantada tan al norte.

Comimos los bocadillos —dos por cabeza, esquinas del papel a escuadra— y el té con la aportación secreta de Eilidh, que convertía el termo en un pequeño incendio portátil. La marea hizo lo suyo sin consultar mis impresos. A media tarde, o lo que fuera, porque las horas ya eran rumores, él se quedó dormido diez minutos sobre la manta, con las manos cruzadas encima como un efigie de sí mismo, y yo lo miré dormir con el descaro de quien no tiene testigos, y monté y desmonté tres futuros enteros, y no apunté ninguno, y no pasó nada por no apuntarlos: seguían allí al despertarse él, esperándome, como el agua en el pantano.

Volvimos al sendero cuando la luz empezó a recogerse, que aquí lo hace despacio y de lado, y en la furgoneta, antes de arrancar, miré la guantera donde dormían mi reloj y mis mareas, y no la abrí.

«ACTA N.º 10 — Día 30 del plazo.

En Strathdreich, miércoles, a una hora que la letrada desconoce por causas reglamentarias, la que suscribe HACE CONSTAR:

Primero. Nada.

Segundo. Que se ratifica el punto primero, ejecutado durante una jornada completa en la playa de Ardsholm por el heredero y por esta letrada, en cumplimiento del ítem décimo, con testigos: una isla, treinta y una ovejas censadas a ojo y un chubasco con nombre propio que no consta.

Tercero. Que el gasto del día, en dinero, ha sido de cero libras, y que ha sido con diferencia el día más caro del expediente. Esta letrada renuncia a explicar la aritmética anterior, que le sale y no le cuadra, o al revés.

Cuarto. Que se han recolectado nueve conchas sin valor de mercado, actualmente en el alféizar de la habitación de la que suscribe, ordenadas de menor a mayor porque hay costumbres que sobreviven a cualquier playa.

(Anotación al margen, sin valor certificante: hoy la letrada ha regado a manta. Quien entienda la expresión, entiende el día. El trayecto de regreso se consigna en expediente aparte, que no existe, que no existirá, y que la letrada se sabe de memoria.)

Doy fe.»

Capítulo 22 — Inventario

La noche se nos echó encima a mitad de camino, con la lluvia trabajando a rachas y los faros abriendo el mundo de veinte en veinte metros, y dentro de la furgoneta se estaba como dentro de una caja bien hecha: seco, caliente y a oscuras, con el limpiaparabrisas llevando el compás de algo.

Ella iba con los pies subidos al asiento, envuelta en la manta, mirando la carretera con la cara lavada de sal y de día, y ya no disimulaba nada, y yo tampoco, y esa era la situación técnica del vehículo: dos personas que han dejado de disimular circulando a cincuenta por una nacional, que debería figurar en el código como circunstancia agravante.

Hablé sin preámbulo, porque los preámbulos son para los que no han decidido, y en voz baja, porque las cifras importantes se dicen así.

—Quiero cosas. —El limpiaparabrisas, la lluvia, sus pies quietos en el asiento—. Llevo semanas asentándolas sueltas y así no se puede llevar una contabilidad. Las voy a poner en orden. No hace falta que digas nada: es un inventario, no una factura.

Y lo dije. Por partidas, como llevo los desastres y lo otro.

—Quiero el día seis, a las doce y cuarenta, cuando comprobaste mi serie del cuatro coma uno y te gustó, y te dio vergüenza que te gustara, y volviste a los números con la mano quemada. Ahí abrí la cuenta. Lo sé porque lo apunté esa noche y no supe en qué columna.

»Quiero el día diez: verte obedecer a Agnes con el plato del aparador y sublevarte de mentira. Quiero los jueves que vienen con ese formato, todos, tarifa plana.

»Quiero el día veinte, los once minutos. Los tengo medidos y no pienso devolverlos.

»Quiero el día veinticinco, a la puerta del salón, los ocho centímetros. Esa partida sigue abierta y me está costando intereses.

»Quiero discutirte interpretaciones restrictivas los lunes a primera hora. Quiero que me recorras rondas delante de perros. Quiero saber cómo se acaba la lista de cosas que vas contando cuando te agobias, y quiero estar en la lista, en el número que sea, no soy exigente de posición.

»Y quiero...

Paré. La partida última la tenía redactada, la llevo redactada desde hace días, y me quedé con ella detrás de los dientes como se queda uno con el último billete: sabiendo que en cuanto lo sueltes ya no hay caja. Los presupuestos se cierran delante del cliente. Las declaraciones, no. Las declaraciones se cierran cuando uno puede pagar lo que declara.

El silencio que siguió no fue de los incómodos. Fue de los que trabajan.

—¿Y el total? —dijo ella por fin, bajito, mirando al frente.

—El total se dice cuando se acaba la lista.

—¿Y cuándo se acaba?

—No tiene pinta.

Llegamos a la plaza a las once menos algo, con el pueblo apagado y la lluvia ya en retirada administrativa, y apagué el motor, y el silencio de motor apagado es otro género de silencio, todo el mundo lo sabe, es el silencio donde pasan las cosas. Ella no abrió la puerta. Yo no encendí nada. La distancia entre los dos era técnicamente la misma

de todo el viaje y estaba claramente en liquidación, ella se giró, yo me giré, y a la altura donde la última vez hubo ocho centímetros hoy habría cuatro y bajando—

—Tu reloj.

Lo dije yo. Quiero que quede constancia de que lo dije yo, porque no pienso perdonármelo en años: en el punto exacto donde el mundo estaba a punto de cerrar su mejor operación del trimestre, el custodio que hay en mí se acordó del depósito, abrió la guantera, sacó la cajita de tornillos y le tendió el reloj de correa naranja con las dos manos, como un imbécil diplomado, como el empleado del mes de una empresa que odio.

Ella miró el reloj. Me miró a mí. Y en su cara pasó, despacio, una cosa que empezó siendo incredulidad, siguió siendo risa aguantada por vía judicial y acabó siendo una ternura que no me sentí con derecho a facturar.

—Me has parado... para devolverme el reloj.

—Custodia. Se me abría un descubierto.

—Callum. —Mi nombre. Primera vez que lo usa de frente, sin cargo delante, y lo usó como se usa una herramienta buena—. Eres el hombre más caro de conocer que he conocido nunca.

—Lo sé. —Me miré las manos en el volante—. Fergus me habría desheredado otra vez, ahora mismo, con efecto retroactivo.

Cogió el reloj. Y esto lo asiento con la fecha y la hora aproximada, porque es el dato del día, del mes y posiblemente del ejercicio: no se lo puso. Lo estuvo mirando un momento en la palma, la correa naranja, las agujas dando una hora que ya no mandaba, y se lo guardó en el bolsillo del chubasquero, como se guardan las cosas que todavía no han decidido volver a su sitio.

—Buenas noches —dijo, ya con la puerta abierta y un pie en su mundo—. Mañana es jueves.

—A las ocho. Lo sé. Agnes fusila a los que llegan a las ocho y cinco.

—Lo decía por mí. —Se ajustó la capucha inútil—. Me ha invitado. Por lo visto el expediente lo pide.

Y se fue hacia el pub haciendo sonar el tacón arreglado en los adoquines, apostó, dos veces, tres, la muy consciente, y yo me quedé en la furgoneta con la cajita de tornillos vacía en la mano y el inventario cerrado en falso, que es la peor manera de cerrar que existe y la única que me supe permitir.

Quedaban diez días. La última partida seguía detrás de los dientes. Los intereses de demora, a este ritmo, me van a arruinar antes que el testamento.

Capítulo 23 — Jueves

El pueblo amaneció sabiéndolo todo sin saber nada, que es su especialidad olímpica.

Nadie preguntó por Ardsholm. No hizo falta: Eilidh me puso el café «como lo estará tomando ahora todo el mundo, tranquilo», Hamish me informó del estado de la marea en la costa oeste «por si le hubiera quedado pendiente», y Morag, sin levantar la vista de la libreta, anunció al aire que «el mercado sin nombre cierra posiciones nuevas, que ya está el resultado hasta en el pluviómetro». Pagué mi tostada con la dignidad que pude reunir, que cotizaba a la baja.

La mañana la dediqué al expediente, que falta le hacía: quedan diez días, tres ítems, y uno de ellos vive a tres mil kilómetros. Reservé dos plazas Edimburgo–Madrid–Almería para el martes, vuelta abierta, y al escribir los dos nombres en el formulario —el suyo con los apellidos completos, que los tengo de memoria del testamento, y el mío— me quedé un segundo mirando la pantalla con una sensación de estar firmando algo mucho más gordo que una tarifa flexible. Certificar el ítem undécimo exige fedataria presente. La fedataria estará presente. La fedataria, si alguien le pregunta, viaja por estrictas razones de fe pública, y si nadie le pregunta, también.

De Madrid, silencio. Villalba no ha vuelto a escribir desde el «¿Completo, verdad?», y su silencio es como los cielos de aquí: no significa buen tiempo, significa que está recargando.

A las siete y cincuenta y cinco de la tarde me planté en el callejón de la iglesia con una caja de mantecados que me mandó mi madre la semana pasada «para las amistades», porque a casa de Agnes no se va con las manos vacías ni aunque una vaya en calidad de expediente. Callum llegó a las ocho menos dos por la otra esquina, con el pelo domado a mano y el jersey azul, y nos encontramos en

la puerta como dos citados por el mismo juzgado, y llamamos, y Agnes abrió con el delantal puesto y una mirada de barrido completo, de las que inventarían.

—Ya —dijo, a modo de diagnóstico general. Y a él—: Se me ha acabado la mostaza. Baja a Fraser antes de que cierre, que hoy hay lengua estofada y sin mostaza es un funeral.

—Agnes, Fraser cierra en cuatro minutos.

—Pues corre, hijo. Las piernas las tienes gratis.

Y lo despachó, así, al hombre del inventario, calle abajo, y me metió a mí en la cocina, y comprendí, mientras me ponía a batir una salsa que no necesitaba batidora ninguna, que la mostaza era el pretexto más viejo del repertorio y que yo estaba citada a declarar.

El interrogatorio de Agnes Lennox no se parece a ninguno de los que me han preparado. No pregunta: coloca. Colocó que Madrid está muy lejos «para lo poco que abriga». Colocó que la plaza esa mía, con nombre en la puerta, «las puertas con nombre hay que mirar bien hacia dónde abren». Colocó que yo batía muy bien la salsa «para ser de seco». Y cuando me tuvo ablandada por vía culinaria, dejó el cucharón, se limpió las manos en el delantal y me miró de frente, con esos ojos claros que han visto pasar ochenta y un inviernos y no le han rebajado ni uno el voltaje.

—Este niño arregla gratis y no regala nada —dijo—. A ver si entiendes la diferencia.

Me quedé con la cuchara en el aire.

—Creo que...

—No, creer no. Entender. —Volvió a la lengua estofada, hablándole a la cazuela, que es como dice ella lo importante—. Regalar es dar la cara: esto vale, y quiero que lo tengas tú, y aquí estoy yo para que

me lo veas dar. Arreglar gratis es darla de espaldas. Este niño lleva la vida entera dando de espaldas, para que no se lo puedan devolver, ni cobrar, ni echar en cara. —Probó, corrigió de sal—. El día que te dé algo de frente, sin que se lo mande nadie, ese día me vienes y me lo cuentas.

—Me dio flores de frente. Hace nueve días. Delante de medio pueblo.

—Eso lo mandó el testamento. —Me señaló con el cucharón, sin volverse—. No cuenta. Cuenta cuando no lo mande nadie.

La puerta sonó y era él con la mostaza —dos botes, «por si acaso», que ya habla el idioma de la casa— y la cocina volvió a ser una cocina, y cenamos lengua estofada los tres, y estuvo todo normal en la superficie y debajo no estuvo normal nada: él me servía sin preguntar, yo le discutía sin ganas de ganar, Agnes nos miraba alternativamente como quien supervisa una obra que va bien de plazos, y en un momento dado, entre el estofado y el pudín, anunció con voz de parte oficial que Hamish había pronosticado para esta noche «tormenta de las serias, de las de una vez al verano», y que nos fuéramos pronto, «cada uno a lo suyo», y juraría, no lo puedo probar, que la frase llevaba las comillas puestas.

Volví a mi habitación a las diez y media, con el primer trueno todavía lejos, ensayando al oeste. Me senté a hacer el acta del día, que era un trámite de nada: sin ítems, la reserva de vuelos, la cena. Empecé bien. Empecé jurídica.

«ACTA N.º 11 — Día 31 del plazo.

En Strathdreich, jueves, siendo las 22:50, la letrada que suscribe
HACE CONSTAR:

Primero. Que no se ha ejecutado ítem alguno en el día de hoy, quedando pendientes el undécimo y el duodécimo, además del cierre documental del décimo.

Segundo. Que se han reservado dos plazas con destino Almería, salida martes, para la ejecución y certificación del ítem undécimo, viajando esta letrada en su condición de fedataria y en ninguna otra condición que

Tercero. Que la señora Lennox ha manifestado durante la cena, en presencia únicamente de esta letrada, que el heredero arregla gratis y no regala nada, instando a la que suscribe a entender la diferencia, y esta letrada HACE CONSTAR que la entiende. Que la entiende desde hace días. Que la diferencia entre arreglar de espaldas y dar de frente la tiene esta letrada aprendida en carne propia, porque llevo diecisiete años arreglando de espaldas mi propia vida, plastificándola para que no se moje, cerrándola con llave para que nadie firme nada por mí, y ha tenido que venir una señora de ochenta y un años con un cucharón a decirme que

Que el hombre del inventario dejó una partida sin decir anoche y que esta letrada lleva veinticuatro horas queriendo saber el final de la frase con una urgencia incompatible con el ejercicio de la fe pública, y que fuera está empezando a llover de las serias, y que las flores del testamento no cuentan pero los ocho centímetros no los mandó nadie, los once minutos no los mandó nadie, el tacón de la bota no lo mandó»

El acta anterior no se incorporó al expediente. La letrada la rompió en cuatro trozos, los dejó sobre la mesa, cogió los horarios de marea no: los horarios los tiene él. Cogió esa frase, el chubasquero que no funciona, y salió.

Capítulo 24 — La partida última

La tormenta llegó puntual a lo suyo, cobrando tarifa por gota en el tejado de la carpintería, y yo estaba despierto y vestido a las once y media de la noche, repasando con cera un mango que no lo pedía, porque dormir estaba fuera de presupuesto: la última partida del inventario me tenía la casa tomada.

Llamaron a la puerta a las doce menos veinte. Golpes normales, de nudillos, con prisa de agua.

Era ella. Empapada de los cuarenta metros de plaza, el chubasquero amarillo cumpliendo su función decorativa a pleno rendimiento, el pelo pegado a la cara por la parte que la capucha había decidido no defender, y una expresión de traer un asunto oficial redactado por el camino y medio deshecho por la lluvia.

—Vengo... —Se apartó el agua de la cara con el dorso de la mano—. Vengo a por los horarios de marea.

Nos quedamos un momento con la frase entre los dos, goteando.

—Los horarios de marea.

—Son míos. Diez peniques la hoja. Está el recibo de Fraser.

—Son las doce de la noche.

—La marea no descansa.

Me aparté para dejarla entrar, porque hay excusas tan flojas que merecen techo, y fui a la balda donde está la cajita de tornillos, y saqué los dos folios arrugados, y se los tendí con toda la seriedad de la que dispongo, que administrada bien da para mucho.

—Su documentación.

—Gracias. —Los cogió. Los miró. Le temblaba un poco la esquina del papel, o era el frío, o era el papel—. ¿Algo más? —dijo, y era mi frase, me la estaba robando delante de mi cara.

—Sí.

—¿El qué?

—La partida última. —Dejé la cera. Me limpié las manos con el trapo, despacio, dándome el tiempo que me faltaba—. Anoche cerré el inventario en falso. No sé trabajar con cuentas abiertas. Si has venido a por las mareas, te llevas las mareas y en paz. Si has venido a por el final de la lista, lo tengo preparado. Lo tengo preparado desde hace días. Solo necesito saber qué has venido a buscar, porque los dos artículos no se despachan igual.

Ella dejó los horarios encima del banco. Los alisó con la palma, una vez, un gesto suyo de ganar dos segundos. Y luego me miró con toda la cara, con la tormenta detrás trabajando el tejado, y dijo, bajito y claro:

—He venido sin plan. —Tragó—. Que sepas lo que eso cuesta en mi moneda. He roto un acta, Callum. Un acta oficial, en cuatro trozos, y he cruzado la plaza sin paraguas y sin saber qué iba a decir al llegar, y lo de las mareas se me ha ocurrido en el charco de la mitad, y es la peor excusa de mi carrera, y la he dicho igual. No traigo plan. Así que no me preguntes qué he venido a buscar. Pídeme tú. O dime. O acaba la lista. Elige tú, por una vez, que yo he elegido viniendo.

Acabé la lista.

—Y quiero las tres mil horas de sol. —Le sostuve la mirada como se sostiene un peso que llevas tiempo entrenando—. Esa es la partida última. No sabía en qué unidad asentarte, porque las mías se me quedaban cortas, y al final la encontré: tú te mides en horas de sol,

tres mil al año, me lo dijiste ayer en la playa con la contabilidad de tu tierra. Las quiero. Todas. Las de este año y las siguientes. Sé que es una cifra desproporcionada para un hombre de este clima, y la firmo igual.

Se quedó muy quieta. La estufa hacía su trabajo naranja. Y entonces dijo, con una voz que le salió estrenada:

—Bésame.

—¿Eso es una instrucción de parte?

—Es lo que se hace cuando se deja de facturar.

La besé. O nos besamos, la autoría quedó sin determinar y así va a quedarse, con sabor a lluvia y a la menta de alguien que se ha lavado los dientes antes de cruzar una plaza sin plan, y fue un beso largo que llevaba semanas en el almacén y salió con los intereses puestos, y cuando nos separamos lo justo para hacer inventario de daños, ella se rio bajito, contra mi boca, y dijo «la peor excusa de mi carrera», y yo dije «la mejor factura de la mía», y volvimos a lo que estábamos.

El chubasquero amarillo, que no ha detenido un chubasco en su vida, opuso en cambio una resistencia numantina a salir de encima de su dueña: dos corchetes atascados por el agua y una cremallera con opinión propia. Peleamos los dos con él, ella desde dentro, yo desde fuera, hasta que cedió de golpe y estuvo a punto de llevarse por delante la lámpara del banco, y nos dio la risa, la risa entera, la que no se puede administrar, y quiero que conste que es posible besarse riéndose, es técnicamente posible, lo hemos verificado empíricamente y recomiendo el procedimiento.

Después la cosa se puso seria por el buen camino. Le quité el jersey mojado por arriba con el cuidado con que se desencofra, y ella me tiró del azul con bastante menos protocolo, y en algún momento hice lo que tenía que hacer: aparté del banco el mango encerado,

colgué el trapo en su clavo, alineé los dos formones que andaban fuera de sitio y extendí las mantas de la furgoneta, que estaban secándose en la silla y olían a Ardsholm.

—¿En serio? —dijo ella, desde la luz naranja, mirándome ordenar—. ¿Ahora?

—El deseo no es excusa para el desorden.

—Estás colocando formones.

—Estaban torcidos. Tú vas a estar aquí. No compartís estantería.

Se rio otra vez, y me tendió la mano desde las mantas, y dejé de ser puntual por primera vez en dieciséis años.

De lo que siguió doy la fe que se puede dar por escrito, que es poca y suficiente. Que sus manos frías se calentaron en algún momento entre mi espalda y la manta, y que las mías, que son ásperas de oficio, encontraron un empleo mejor que todos los anteriores. Que la palabra «aquí» se usó de las dos maneras, pregunta y respuesta, y las dos funcionaron. Que la manta de lana picaba y ella lo dijo —«esta manta pica»— y yo alcancé la otra sin soltar nada de lo importante, en una maniobra logística de la que sigo orgulloso. Que hubo torpezas: un codo mío donde no, su reloj —el reloj, que llevaba en el bolsillo del vaquero desde ayer— cayendo al suelo de madera con un golpe seco que nos paró un segundo a los dos, mirándonos, hasta que ella dijo «déjalo, ya no manda» y no volvió a mandar. Que la tormenta siguió cobrando su tarifa ahí arriba, gota a gota, ajena a todo, como debe ser: el tejado a lo suyo y nosotros a lo nuestro.

Y que en algún momento de la madrugada, con la estufa ya en brasas y ella dibujándome con un dedo, despacio, la ceja izquierda —la ceja, precisamente, la funcionaria—, preguntó, medio dormida:

—¿Y el total? Del inventario. Nunca me dijiste el total.

—Se factura en cuarenta años. Pago aplazado. Sin intereses, que no soy tonto.

—Cuarenta años. —Lo pensó con los ojos cerrados—. ¿Y si el plazo se acaba en nueve días?

—Ese plazo es del testamento. —Le aparté el pelo de la cara, que es un trabajo fino y estaba el pulso para trabajos finos—. Esto es contrato aparte.

Se durmió antes de pedir la letra pequeña. Yo me quedé un rato con la contabilidad del techo, nueve días, doce menos diez ítems, dos millones cuatrocientas mil libras, y todo me pareció calderilla, todo, por primera vez en mi vida entera de contar, y no me asusté lo que estaba presupuestado. La partida última estaba dicha. La caja, abierta. Que viniera el auditor que quisiera.

Capítulo 25 — Acta en blanco

Crucé la plaza a las siete y diez de la mañana con los zapatos en la mano y la absurda esperanza de que un pueblo entero durmiera hasta tarde un viernes por primera vez en su historia.

El pueblo entero estaba levantado, naturalmente, y ejecutó su protocolo con la precisión de una potencia extranjera: nadie me miró. Nadie. El repartidor del pan me dio los buenos días mirando el pan. Hamish, que regaba una maceta —regando, en este país, la osadía—, me informó del pronóstico con la vista en el horizonte: «Jornada estable. Sin cambios a la vista. Ninguno.» Y cuando subí a mi habitación, en la bandeja de la escalera había un desayuno completo con una nota de Eilidh: «Por si hoy prefieres techo.»

Preferí techo. Me comí el desayuno sentada en la cama, con las nueve conchas de Ardsholm en el alféizar y el reloj de correa naranja todavía en el bolsillo del chubasquero, donde piensa quedarse una temporada, y repasé la situación con la única herramienta de análisis que me quedaba operativa, que era una sonrisa de idiota.

A mediodía bajó él. Bajó al pub, quiero decir, a la hora de comer, con el pelo mojado y una madera pequeña en la mano, y se sentó en mi mesa del rincón como si llevara sentándose ahí desde el pleistoceno, y el pub entero perfeccionó su técnica de no mirar hasta rozar la ceguera clínica. La madera era una cuña de roble del tamaño de un pulgar, lijada y encerada.

—Para tu ventana —dijo—. Baila con el viento del oeste. Te he oído la ventana desde la carpintería, tres noches.

—¿Me escuchas las ventanas?

—Escucho las maderas. Tú duermes dentro de una.

Comimos. Morag pasó junto a la mesa, dejó caer sobre el mantel dos libras con cuarenta en moneda pequeña, dijo «tu parte, del mercado sin nombre, la banca paga a ganadores» y siguió su camino antes de que yo pudiera decidir si aquello era un insulto, un regalo de bodas o un delito fiscal. Él se guardó su parte sin pestañear. «Es la banca», dijo, como quien acata el clima.

Y no decidimos nada, que fue la decisión. En algún momento entre el pastel de carne y el café lo rocé por encima:

—¿Y esto qué es? Lo nuestro. A efectos de... nada. A efectos de mí.

Se lo pensó lo suyo.

—Pendiente de calificación registral.

—¿Eso existe?

—Existe el estado. Lo he visto en escrituras. Hay fincas que están años así, funcionando perfectamente.

—¿Y mientras?

—Mientras, posesión pacífica. —Me miró por encima de la taza—. Ininterrumpida, si de mí depende.

Me vale. Que conste donde no puede constar: me vale.

La tarde tuvo una sola arruga, y la consigno porque mi oficio es consignar arrugas: a las seis entró Malcolm en el pub. Sin trípode, en visita corta, meloso, a negociar con Eilidh «tomas de ambiente» para mañana sábado, «el especial aniversario del pódcast, tarifa de rodaje por delante, señora Munro, todo legal». Eilidh le cobró las cinco libras por adelantado y me buscó con los ojos un segundo, un segundo solo, con una pregunta dentro que no llegó a puerto porque Hamish irrumpió a actualizar la estabilidad de la jornada.

Malcolm se fue frotándose las manos por el frío, dijo, aunque no hacía frío.

Lo anoté en la lista de cosas que vigilar el lunes. El viernes, decidí, estaba completo, y no pienso disculparme por la decisión ni ante mí misma, que soy mi perito más caro.

Por la noche me senté delante del acta con la disciplina de siempre. Encabezado, fecha, día del plazo. Y ahí me quedé. Lo intenté por lo procesal: no había ítems. Lo intenté por lo fáctico: los hechos del día eran una cuña de roble, dos libras con cuarenta de dividendo inmoral y una calificación registral pendiente. Lo intenté por lo genérico y me salían cosas que no firmaría ni con seudónimo. A la cuarta tentativa comprendí que hay días que no caben en el formato, no porque falte espacio sino porque sobra, y que la fe pública tiene un límite y ese límite soy yo comiendo pastel de carne con la sonrisa de idiota en horario laboral.

Dejé el acta como sigue, y así se incorpora al expediente, y que la interprete quien sepa:

«ACTA N.º 12 — Día 32 del plazo.

En Strathdreich, viernes.

Doy fe.»

Capítulo 26 — El tique

El sábado Malcolm volvió al pub con el trípode, el aro de luz y una humildad nueva que me olió a barniz: demasiado brillo para tan poca madera.

Grabó «ambiente» toda la mañana. El grifo dorado, previo pago. Las vigas. A Tam dormido, «con su permiso», y Tam lo dio dormido. Yo lo vigilé un rato desde mi mesa por higiene general, pero el día tenía cosas mejores: ella entró a media mañana con el portátil y la lista del viaje, y nos sentamos a organizar Almería, que es una frase que hace un mes me habría parecido de otro idioma.

—Dos plazas —dije, mirando la reserva—. ¿Dos?

—Dos. La fedataria certifica in situ. El ítem once no se certifica por videollamada.

—¿Y la vuelta?

—Abierta.

—¿Abierta? ¿Tú? ¿Una vuelta sin fecha?

—No te acostumbres. —Pasó la pantalla—. Y en Almería, en agosto, se cena a las diez. Vete mentalizando, que te veo capaz de pedir la cuenta a las siete.

Me vi capaz. Me vi capaz de todo, esa mañana, incluida la cena a las diez y la temperatura que me había buscado en el móvil y que no pienso escribir aquí para no darle validez documental.

A Malcolm lo perdí de vista un rato después de comer, y ese rato es el que importa, y lo reconstruyo por lo que vi y por lo que Eilidh no me contó.

Lo que vi: a las cuatro y algo, Malcolm en la barra pidiéndole a Eilidh «una factura de mis consumos de estas semanas, para gastos deducibles», que es la petición más suya del mundo: el hombre se hunde con recibos, como los barcos buenos. Eilidh, con medio pub pidiendo, abrió el cajón del fondo a por el talonario de facturas —el cajón del fondo, donde esa mujer guarda lo que no tira—, lo dejó abierto el tiempo de tirar dos pintas, y Malcolm esperó apoyado en la barra, justo encima, con el móvil en la mano y esa cara de mirar el paisaje que ponen los que están leyendo algo.

Lo que no vi: qué había a la vista en ese cajón. Lo supe después por el orden de los hechos, como se saben las peores cosas.

Malcolm cobró su factura, la fotografió allí mismo «para el gestor», y al recoger el equipo lo anunció. Se subió a media silla, micro en mano, con el aro de luz apagado pero la voz encendida:

—¡Familia de Strathdreich! Mañana domingo, cinco de la tarde, en directo desde este local histórico: el especial que mi comunidad me pide desde hace un mes. «La herencia MacRae, capítulo final: lo que las actas no cuentan.» —Miró alrededor con una sonrisa que le quedaba grande—. Va de números. Y los números, primo —esto ya hacia mí, encontrándome al fondo—, los números son lo nuestro. Lo de la familia.

Se fue con su trípode y su brillo. El pub siguió a lo suyo con una fracción de segundo de retraso, ese hipo colectivo de los rebaños cuando pasa una sombra que no identifican.

Yo no identifiqué nada. Lo confieso aquí con la fecha delante: no identifiqué nada. «Lo que las actas no cuentan» me sonó a título de vendedor, y los números de mi expediente estaban limpios porque los había pagado todos con esta mano y esta ceja. Repasé mentalmente las partidas como quien palpa las vigas después de un crujido, no encontré carcoma, y volví a la reserva de Almería y a la temperatura inconfesable.

Fue al cierre cuando el crujido tuvo cara. Eilidh despachó a los últimos, contó la caja, y luego abrió otra vez el cajón del fondo y se quedó mirando dentro, quieta, con un papel pequeño en la mano que no llegó a sacar del todo. Lo volvió a dejar. Cerró el cajón despacio, como se cierra la puerta de un cuarto donde duerme alguien enfermo, y cuando levantó la vista y me encontró al otro lado de la barra tenía la cara de quien ha encontrado carcoma en una viga maestra: no la sorpresa, sino el cálculo instantáneo de todo lo que se apoya encima.

—Callum... —empezó.

—¿Todo bien?

Me miró un segundo largo. Detrás de ella, el grifo dorado, las llaves, treinta años de fiar a este pueblo apuntándolo en posavasos que luego pierde.

—Sí —dijo, con la voz del no—. Cosas de la caja. Vete a dormir, anda, que tienes un viaje que preparar.

Me fui a no dormir. Archivé la cara de Eilidh donde archivo lo que no entiendo, y por primera vez desde que llevo ese archivo me pesó en la mano, como pesan las cajas por lo que no se ve.

Quedaban siete días. Los números son lo nuestro, había dicho Malcolm. Lo de la familia. En mi familia, cuando alguien dice que algo va de números, lo que va es de heridas: los números son solo el idioma en que nos las decimos.

Interludio V

Strathdreich, octubre de 2024

Amparo:

Voy a hacer una lista.

Te lo cuento a ti porque eres la única persona a la que le he contado siempre todo, con el método infalible de no enviarte nada. Ochenta y siete años, Amparo. El médico de Inverfarr, que tiene la edad de mis herramientas buenas, me ha dicho que el corazón «va cumpliendo». Le he preguntado cuánto le queda de cumplir y me ha contestado con esa vaguedad cara de los profesionales. He salido de la consulta, he hecho cuentas en el coche, y me han salido las de siempre: toda la vida me ha sobrado dinero y me ha faltado gasto. Ahora ya sé también cuál de los dos errores tiene arreglo póstumo.

El nieto me ha salido a mí, que es lo peor que le podía pasar y nadie lo evitó. Trabaja como yo, calla como yo, guarda como yo. La diferencia es que yo guardaba por vicio y él guarda por herida, que es peor madera: el vicio se muere con uno, la herida se hereda. Su padre le enseñó lo que cuesta la abundancia y yo no supe enseñarle lo que cuesta lo otro. Así que se lo voy a enseñar por escritura pública, que es el único idioma en que esta familia no discute.

Doce encargos. Los tengo casi cerrados. Son, si los miras de lejos, una lista de tonterías: rondas, flores, un baile, un cine. Si los miras de cerca, son mi contabilidad de agujeros: cada encargo es una cosa que yo no hice, puesta a su nombre con intereses. Que pague él lo que yo dejé a deber. Ya sé que no es justo. La herencia nunca lo es; por lo menos la mía viene con las instrucciones de los agujeros.

Dos encargos te tocan. Uno lo sabrás cuando llame a tu puerta un hombre grande con cara de venir a pagar: recíbelo como quieras,

que derechos tienes a recibirlo hasta a escobazos, pero cóbrale, Amparo, cóbrale aunque sea el principal, que a esta familia no se le puede perdonar una deuda: se nos derrumba la fe. Las ochocientas noventa van con él, y los intereses los pongo yo en especie: te mando al niño. Es lo mejor que tengo. Míralo bien y me dices si no he ahorrado para algo.

El otro encargo es el paraguas. A ese le he cosido esta semana una cosa en el forro, junto a tu remiendo, con estas manos que ya enhebran de memoria. La encontrará quien decida por fin regalarlo, que es la única manera de encontrarla, y si mi nieto es quien creo, tardará en decidirse lo que se tarda en aprender lo que yo no aprendí. La costura me ha quedado torcida. Primera puntada torcida en sesenta años. Lo dejo así: que se vea que al final me temblaba algo.

No estoy triste, no te vayas a creer. Estoy ordenando, que es mi manera de estar contento.

Fergus

P. D. Esta ya casi te llega. Lo noto. Las cosas, cuando van a pasar, pesan distinto en la mano.

Capítulo 27 — El directo

A las cinco de la tarde del domingo el pub estaba lleno como para un derbi, y no era cariño: era vigilancia. El pueblo había venido a marcar de cerca a Malcolm, que había montado su estudio junto a la chimenea con dos focos, el aro de luz y un cartel de «EN DIRECTO» que se encendía y respiraba, como todo lo suyo, un poco por encima de sus posibilidades.

Yo me senté en mi mesa del rincón con el expediente delante, por costumbre y por escudo. Callum llegó a las cinco y cuarto de la carpintería, con serrín en el antebrazo, y se apoyó en la barra. Eilidh, al verlo, se secó las manos en el paño dos veces, la segunda innecesaria.

—Familia —arrancó Malcolm, con su voz de tráiler—, hoy cerramos la historia que ha conmovido a esta comunidad: el testamento más romántico de Escocia. Cuarenta días, doce pruebas, un pueblo. Precioso, ¿verdad? —Pausa ensayada—. Hasta que uno mira los números. Y los números, ya lo sabéis los que me seguís, no mienten nunca. Mienten las personas que los redondean.

Y levantó el móvil, y en la tele de los partidos, conectada por un cable que había pagado a saber qué tarifa, apareció la fotografía de un tique.

Lo reconocí antes de leerlo. Reconocí el formato del papel, el azul de la tinta de la caja del Thistle & Thimble, y reconocí, con una exactitud que llevaba cuarenta y nueve días esperándome en un cajón, el tachón a lápiz. RONDA GENERAL — 342,60. Tachado. Debajo, a mano: 300 justas.

—Día cinco del plazo —dijo Malcolm, paladeándolo—. Ítem primero: una ronda a todo el pub. El testamento dice que cualquier fraude,

cual-quier fraude, manda la herencia a Kirkbraw. Y aquí tenemos una ronda que costaba trescientas cuarenta y dos libras y se pagó por trescientas. Un descuento de amiga. Cuarenta y dos libras con sesenta de agujero. —Miró a la sala, foco a foco—. Pequeño, ¿verdad? Como las termitas.

El pub rugió por lo bajo, un rugido de madera. Eilidh salió de detrás de la barra con el paño todavía en la mano.

—El descuento lo hice yo. —Lo dijo alto, a la sala, no al micro—. Yo, sin que él lo pidiera y sin que él lo supiera. Es mi caja, es mi precio, y a los míos les cobro lo que me da la gana, como llevo haciendo treinta años, iy a mucha honra!

—Nadie lo duda, señora Munro —dijo Malcolm, suave como una trampa—. Usted es la generosidad de este pueblo. Pero el ítem no juzga su generosidad: juzga el pago de él. Y hay otra pregunta mejor. —Se giró despacio, con el micro, y el aro de luz me encontró en el rincón—. La fedataria estaba a dos metros de la caja aquella noche. Cobrando por mirar. ¿Qué vio la fedataria?

Podría haber dicho muchas cosas. Llevo nueve años entrenada para decir muchas cosas: que la pregunta estaba mal formulada, que la exhibición de un tique ajeno vulnera esto y aquello, que mi declaración se prestaría en la sede oportuna. Tenía las salidas en la boca, ordenadas por eficacia, y las miré una a una y todas tenían el mismo defecto: eran verdad solo por fuera.

Me levanté. Si vas a arder, que sea de pie.

—Vi el tachón. —Mi voz sonó firme, y me agarré a ella como a una barandilla—. Lo vi aquella noche, desde la caja, y no lo consigné. Es cierto.

El silencio que se hizo no lo había oído nunca en este pub, y he oído aquí silencios de categoría.

—No lo consigné —seguí, porque parar era morir— por tres razones que no me excusan y van a constar igual. Primera: el heredero no pidió el descuento, no lo conoció y no pudo conocerlo, porque el propio ítem le prohibía mirar la cuenta con la cara que pone él ante las cuentas. Segunda: el espíritu del ítem se cumplió entero: pagó sin anunciar, delante de todos, y le costó lo que le cuestan a él estas cosas, que lo vimos todos. Y tercera: me pareció que castigar la generosidad de una amiga con la ruina de un hombre bueno era exactamente lo contrario de lo que el testador quería de mí. —Tomé aire—. Y aun así me equivoqué. Porque mi criterio no vale nada a oscuras: vale a la vista. Debí consignarlo todo aquella noche y defenderlo por escrito, como he hecho después con cada duda de este expediente. No lo hice. Es la única sombra de estas actas, y es mía, no de él y no de ella.

—¡Confesión! —Malcolm casi se le cayó el micro de las ganas—. Oyentes, lo estáis escuchando en directo: ítem primero, viciado. Y el testamento dice...

—El testamento dice lo que dice, y el protocolo también. —Abrí el expediente; las manos me funcionaban solas, benditas sean—. Protocolo de certificación, aprobado en asamblea pública el día tres del plazo, en este local, con el término municipal presente. Cláusula quinta: todo ítem viciado podrá subsanarse mediante repetición íntegra dentro del plazo. —Levanté la vista—. Quedan seis días. La ronda puede repetirse. A precio completo, con desglose y a la vista.

—¡Eso son otras trescientas y pico! —calculó Morag desde su esquina, por puro reflejo profesional.

—Trescientas y pico —confirmé—. La subsanación existe y cuesta. En este expediente todo lo que vale cuesta; el testador no redactó otra cosa.

Malcolm boqueó un segundo, buscando en su guion una página que no había escrito porque el día tres del plazo él estaba de gira.

—¡La fedataria no puede...! ¡Usted está comprometida! ¡Es juez y parte! ¡Mi equipo legal...!

—Su equipo legal lleva multas de tráfico —dijo alguien del dominó, sin levantar la voz, y fue peor que un abucheo.

—La subsanación —dije— no la certificará esta letrada en solitario: se documentará con desglose, testigos y acta reforzada, precisamente porque mi credibilidad ha quedado tocada por mi propia declaración. Y una cosa más, señor MacRae, ya que emitimos en directo: mañana a primera hora comunicaré este incidente a mi despacho, íntegro, con mi nombre en el centro. No hace falta que lo haga usted. La exclusiva de mi expediente la doy yo.

Me senté. La sala respiró. Malcolm cerró el directo como pudo, con una despedida que se le deshacía en la boca, y el pueblo empezó a hablar todo a la vez, que es su manera de abrazar.

Yo solo miraba a un sitio. Llevaba mirándolo desde el tachón.

Callum no se había movido de la barra. No me miraba a mí: miraba el punto de la caja donde cuarenta y nueve días atrás pagó trescientas justas sin pedir desglose, con la cara sujeta, cumpliendo. Y le vi hacer lo que hace: las cuentas. Le vi entender el descuento, entender el tachón, entender que yo lo vi y callé, y entender por qué callé, todo, en orden, sin un error, porque este hombre no comete errores de comprensión, comete otros. Y cuando terminó la cuenta no había en su cara nada de lo que yo me había preparado para encajar. No había rabia. Había algo peor: le vi cerrarse. Como se cierra una casa en invierno, habitación por habitación, apagando las luces por orden, la última la de la entrada.

Cogió su chaqueta del gancho. Le dijo algo corto a Eilidh, que asintió con los ojos brillantes. Y salió del pub sin mirarme, a un paso normal, que fue lo más violento de toda la tarde: un hombre saliendo a paso normal de un incendio.

En el móvil, ya de noche, un mensaje de Villalba: «Llamada. Mañana. 9:00.» Cuatro palabras. La guillotina también confirma citas.

«ACTA N.º 13 — Día 34 del plazo.

En Strathdreich, domingo, siendo las 23:59, la letrada que suscribe HACE CONSTAR:

Primero. Que el ítem primero adolece de un vicio de ejecución: el importe satisfecho, trescientas libras, resultó inferior en cuarenta y dos libras con sesenta al precio íntegro de la consumición, por descuento aplicado unilateralmente por la proveedora sin conocimiento del heredero.

Segundo. Que esta letrada presencié el descuento en el momento de producirse y omitió su consignación, faltando con ello a su deber de documentación, y que dicha omisión, sus motivos y su calificación como falta propia han quedado declarados públicamente en el día de hoy y se reproducen en anexo, palabra por palabra, sin edición.

Tercero. Que al amparo de la cláusula quinta del protocolo se ha propuesto la subsanación del ítem mediante repetición íntegra, a precio completo y con documentación reforzada, dentro del plazo, del que restan seis días.

Cuarto. Que en el acta séptima de este expediente la que suscribe dejó escrito que este sería el más honesto de su carrera aunque la arruinara. Se ratifica lo primero. Se ejecuta lo segundo.

Doy fe.»

Capítulo 28 — Colisión

Hacía un día decente, para variar. El clima no se enteró de nada, que para eso es un profesional.

Ella llegó a la carpintería a las diez y media de la mañana del lunes, con el pelo recogido de los días de guerra y la cara de haber gastado ya nueve asaltos antes de desayunar. Yo llevaba desde las seis en el banco, haciendo espigas para un encargo que no corría prisa, porque las manos había que ponerlas en algo que no fuera pensar.

—Villalba me ha tenido nueve minutos al teléfono —dijo desde la puerta, sin buenos días, que se agradeció—. No me ha despedido. Ha dicho que «valorarán mi continuidad en el expediente». Es peor que despedirme: es dejarme viva para el ejemplo.

—Lo siento.

—No he venido a que lo sientas. He venido a que me lo digas. Lo que llevas desde ayer sin decirme. Prefiero la viga en la cabeza que este silencio a paso normal.

Dejé la espiga. Me limpié las manos, despacio, y se lo di como lo tenía, que era ordenado, porque lo había estado ordenando toda la noche en vez de dormir.

—Lo entiendo todo. Ese es el problema. No hay nada que no entienda. —La miré de frente, porque esto se debía de frente—. Entiendo lo que viste, entiendo lo que callaste y entiendo por qué. Lo hiciste por mí. Rompiste tu regla, la de estar a la vista, la que te sostiene desde los doce años, y la rompiste por mí. Y ahí es donde se me acaba el terreno firme, Rocío, porque yo sé exactamente cómo suena eso. Lo llevo oyendo toda la vida. Mi padre nunca rompió una regla para él. Siempre era por nosotros. Por daros lo que merecéis. Por mamá. Por el niño. La gente que te quiere saltándose

sus propias reglas por ti: sé en qué acaba. Acaba en un crío contando facturas en la mesa de la cocina.

—Yo no soy tu padre.

—No. Eres mucho mejor que él en todo, y por eso me da más miedo. Él rompía reglas baratas. Tú has roto la cara. La tuya. Delante de ciento treinta mil oyentes y de tu jefe. Por cuarenta y dos libras con sesenta que yo habría pagado sin parpadear si alguien me lo hubiera dicho. —Se me estaba yendo la voz a un sitio ronco y la traje de vuelta—. No quiero que nadie vuelva a arruinarse por mí. Ni una libra. Ni una regla.

Ella no lloró. Lo digo porque yo casi, y ella no, y esa asimetría también la tengo apuntada.

—Ya me he arruinado. —Lo dijo bajito y claro, como pide las cosas importantes—. El ascenso era estar aquí sin mancharme, Callum. Ese era el encargo de verdad, ahora lo sé leer: certificar limpio y a otra cosa, o mejor, verte fallar limpio y cobrar el triple. Y mírame. Manchada hasta las cejas, en directo, con mi nombre. Y no me arrepiento del motivo. Me arrepiento de la forma, de la oscuridad, de no haberlo puesto a la vista, eso sí, cada día. Pero ¿del motivo? El motivo eras tú pagando trescientas justas con la cara sujeta, y me pareció, y me lo sigue pareciendo, que había cosas por encima de un tachón. —Dio un paso—. Romper una regla por alguien no es siempre el principio de una ruina. A veces es el principio de una casa. La diferencia no está en la regla. Está en quién la rompe y para qué.

—Eso mismo decía él. Palabra por palabra no, pero esa era la música.

—¡Yo no soy la música de tu padre!

—¡Lo sé! —Se me escapó el volumen por primera vez en años y lo recogí en seco—. Lo sé. Y aun así anoche no dormí, y cada vez que

cerraba los ojos veía el tachón, y no me enfadaba contigo, Rocío, ojalá, el enfado se gasta: hacía cuentas. Cuentas de todo lo que la gente que me quiera va a tener que romper para quererme, empezando por ti, que ya has empezado, y me salía una factura que no pienso pasarle a nadie. Antes cierro.

Se quedó muy quieta. Fuera, un tractor cambió de marcha en la cuesta, ajeno, bendito.

—Ahí está —dijo—. «Antes cierro.» Esa es tu regla, ¿no? La de los once años. Si no gastas, no debes; si no debes, no dependes. —Le tembló la barbilla una vez, la domó—. Pues rómpela. Por mí. Una vez. Como yo rompí la mía. Ese es el precio de la casa, Callum, cada uno pone su regla rota, no hay otra entrada.

Y yo no dije nada. Ese fue el fallo exacto, el minuto y el segundo, para el que quiera auditarme la vida: no dije nada durante tres segundos, que en decisiones de esta cifra son un ejercicio fiscal entero, y a los tres segundos ella asintió despacio, como se asiente a un presupuesto rechazado, y sacó el sobre del bolsillo, no un sobre, la cartulina de la reserva, y la dejó en el banco, junto a las espigas.

—El martes hay dos plazas a Almería. La mía la voy a usar: me quedan cosas que hacer en mi tierra y ninguna que hacer aquí de fedataria comprometida. La tuya ahí está. Puedes estar en ella o no estar. Decide tú, que yo ya decidí una vez por ti, y mira cómo hemos acabado los dos de bien.

Se fue. A paso normal. Ahora sé lo que es verlo desde el otro lado y retiro lo de violento: es peor.

La ronda la repetí esa noche.

Entré en el pub a las nueve, fui a la barra y se lo dije a Eilidh delante de todos, en voz alta, que era la primera condición de mi versión de la enmienda:

—Lo de todos. A mi cuenta. Precio completo, desglose partida a partida, y el tique a la vista, clavado en el corcho. Esta vez que se vea todo.

—Callum...

—Todo, Eilidh. Es la subsanación. La hago con mis condiciones: la primera vez escondí la cara porque lo mandaba el viejo. Esta la pago a cara descubierta, que es como pago yo lo que debo.

El pub estaba a media entrada de lunes y se bebió mi ronda como se bebe en los entierros de los vivos: despacio, sin brindis, con la gorra puesta. Nadie fingió no mirarme esta vez; me miraron todos, que era lo acordado conmigo mismo. La cuenta subió a trescientas cincuenta y ocho libras con noventa, desglosadas en veintiséis líneas que Eilidh cantó una a una con la voz rota de quien firma su propia rectificación, y las pagué contándolas sobre la barra, y la ceja hizo su función delante del público, entera, sin recortes, y la dejé hacer. Que se notara. Que se notara todo, por una vez, ya que la única persona ante la que valía la pena disimular estaba dos plantas más arriba, con la luz encendida, oyéndolo todo por el suelo, porque el techo de este pub es el suelo de su cuarto y esa geografía la voy a llevar clavada una temporada.

Morag se levantó al final, sin que nadie se lo pidiera, con el libro de la banca bajo el brazo. Lo abrió en la barra, en una página limpia, y escribió despacio, en su letra de otra época: fecha, hora, «ronda general repetida a precio íntegro, 358,90, satisfecha a la vista». Luego hizo firmar a Hamish, a Dougie, al reverendo, a Tam —que firmó dormido, con pulso de notario—, a Eilidh y a once más, y cerró el libro con el golpe de los días históricos.

—Fe civil —me dijo—. Donde no llega la otra, llega esta. En este pueblo siempre ha sido así.

Cerré yo el pub con Eilidh, que no me cobró el último whisky y no se lo discutí, porque hay descuentos que ya sé que son otra cosa. Subí

la plaza. La luz de su cuarto se apagó cuando yo pasaba por debajo, y no sabré nunca si fue casualidad o mensaje, y me da igual: lo apunté en las dos columnas.

Al alba estaba en la carpintería sin haber dormido, con las espigas y la cartulina de la reserva delante, y a las seis y media la vi. La vi cruzar la plaza con la maleta y el chubasquero amarillo, camino de la marquesina de las tres goteras artísticas, la misma chapa bajo la que la vi por primera vez hace treinta y cinco días calada hasta la fe. El bus de las 6:40 entró puntual, se la tragó con maleta y todo, y se fue por donde vino.

No salí a pararla. Que conste: no porque no quisiera. Porque un hombre que no ha sabido decir «rompo mi regla» a tiempo no tiene derecho a decir «espera» de saldo, corriendo detrás de un autobús, con rebaja de última hora. Esa frase, si algún día la digo, la pienso pagar a precio completo. Con desglose. A la vista.

Quedaban cinco días. Me sobraban todos.

Capítulo 29 — El forro

El martes fue el día más callado de mi vida, y eso que compito en una liga fuerte.

El pueblo me trató como se trata aquí a los convalecientes: por delegación. Isla me trajo a mediodía un táper de Agnes sin nota, que en el idioma de Agnes es una nota entera. Hamish, al cruzarme, me dio el parte en versión reducida, tres palabras, como quien baja la voz en un hospital. Dougie vino a la carpintería con una avería inventada en la furgoneta —lo comprobé: le había aflojado él mismo la abrazadera— y se estuvo dos horas alcanzándome herramientas que yo no pedía.

Y Eilidh cerró el pub a mediodía, cosa que no pasa ni en Navidad, y se presentó en mi banco de trabajo con dos vasos y una botella de las de arriba.

—El tachón fue mío —dijo, sirviendo—. Todo esto viene de un tachón mío. Treinta años cobrándole a este pueblo lo que me da la gana, y la única vez que mi lápiz arruina algo, te arruina a ti.

—El tachón fue un regalo. —Me salió sin pensarlo, y al oírlo me quedé un momento quieto, porque la frase sabía más que yo—. Los regalos no piden perdón, Eilidh. Los regalos se cobran en otra moneda, y ya está cobrado. Bebe.

A la una y media de la tarde, según el horario que consulté sin ninguna necesidad y con toda la necesidad del mundo, despegó de Edimburgo un avión rumbo a Madrid con un asiento de pasillo vacío y pagado. El desperdicio más caro registrado en la historia de esta familia, y por primera vez no lo pagué yo. Lo pagamos a medias, como se paga todo lo nuestro, por lo visto: cada uno su plaza y ninguno el viaje.

El miércoles entré en casa de Fergus.

No había vuelto desde el funeral. Tenía la llave en el llavero, gastada de otras manos, y la casa olía a Fergus: a cera, a ceniza fría y a periódico viejo, ese olor de las casas donde nunca se tiró nada por si acaso. Fui derecho al escritorio del cuarto de atrás, que era el único mueble de la casa con cerradura, y la cerradura cedió con la tercera llave del aro, y dentro estaba mi abuelo entero, en el único formato en que ese hombre se permitió existir: papel ordenado.

Las libretas de cuentas ya no estaban, esas son de Malcolm. Lo que había era otra cosa. Un fajo grueso de sobres sin sello, atados con bramante encerado, todos con la misma letra a escuadra y el mismo destino: «Amparo Egea. Calle de las Tiendas. Almería.» Décadas de sobres. El de arriba, amarillo de años; el de abajo, casi blanco. Ninguno abierto porque ninguno enviado.

Los leí hasta que se hizo de noche, sentado en su silla, con su lámpara. No los voy a resumir aquí: hay inventarios que no se traspasan. Diré lo que averigüé, que es lo que el ítem undécimo llevaba un mes esperando que averiguara: que hubo una costurera en un rodaje, en el 66. Que el primer remiendo del paraguas, el rojo, no es de Fergus: es de ella, hilo del que llevaba en un dedal de latón. Que mi abuelo le debe ochocientas noventa pesetas de un billete de vuelta desde hace sesenta años, y que las guardó toda la vida en una lata con su nombre —la encontré en la balda de la despensa, detrás del té: dentro, los billetes de peseta, papel muerto de curso legal difunto; la deuda sigue viva y la moneda no, muy de esta casa—. Y que en la libreta de tapas duras rotulada «Reparaciones. Paraguas. 1966–2026», entre la entrada del remiendo cuarenta y seis y la del cuarenta y siete, había una fotografía en blanco y negro, con el sello de un estudio detrás: una mujer joven cosiendo bajo un toldo, riéndose de algo que pasa fuera de plano, y en el borde del plano, sujetando una puerta que no lleva a ninguna parte, un carpintero que no mira la puerta.

Lo que robé. Llevaba un mes preguntándome qué podía haber robado un hombre que devolvía hasta los buenos días con recibo. Robó esto: la prueba de que estuvo allí y fue feliz. La robó del corcho de una oficina de producción y la escondió sesenta años entre remiendos.

Y entonces, con la foto en la mano y la casa ya a oscuras, decidí lo del paraguas. Lo decidí sin ceremonia, como se deciden las cosas que llevan decididas mucho tiempo esperando el papeleo: el ítem doce dice «sabrás a quién», y lo sé desde la primera lluvia, desde los veinte peniques el minuto, y que ella esté a tres mil kilómetros no cambia el destinatario. Cambia el franqueo.

Fui a por el paraguas, que estaba donde está siempre, colgado de mi brazo o de la puerta, y lo abrí bajo la lámpara del escritorio para verlo como lo que era ahora: un expediente. Cuarenta y siete remiendos, cada uno con su asiento en la libreta. Y al pasarle la mano por dentro, por el forro, junto al remiendo rojo, los dedos me tropezaron con lo que sesenta años de uso no me habían dejado notar porque nadie palpa el forro de lo que usa a diario: un rectángulo plano, cosido con puntada torcida. La única puntada torcida de la vida de Fergus MacRae.

Lo descosí con la navaja pequeña, con más cuidado del que he puesto en ninguna madera. Era un sobre delgado, y en el sobre, la letra de siempre:

«A quien vaya a regalar este paraguas.»

Lo abrí allí de pie, porque hay cartas que no dan tiempo a sentarse.

«Si estás leyendo esto, has decidido regalarlo. Enhorabuena: acabas de hacer en un día lo que yo no hice en sesenta años. No te creas mejor que yo todavía; te queda la parte difícil, que es entregarlo.»

Supongo que eres Callum. Si no eres Callum, devuélvele esto a Callum y que le dé vergüenza.

Instrucciones del ítem undécimo, que no puse en el testamento porque los abogados cobran por palabra: la mercería está en la calle de las Tiendas, en Almería. Se llama Egea, o se llamaba; si ya no está, pregunta por Amparo Egea, que en esa ciudad los nombres duran más que los rótulos. Devuélvele la fotografía, que la robé del corcho de producción el último día, y es el único robo de mi vida y no me arrepiento, cosa que un hombre debe dejar escrita al menos una vez. Págame las ochocientas noventa pesetas. Con intereses. Los intereses calcúlalos tú, que sé que sabes, y prepárate para que no los quiera, que la conozco: cóbraselos tú entonces en aprender de ella todo lo que puedas en el tiempo que te dé, que es la mujer más exacta que ha pisado este mundo y lo digo yo, que medía por oficio.

Del paraguas: el primer remiendo es suyo. Hilo rojo, del dedal. Los otros cuarenta y seis son míos, y ahora entiendes por qué un hombre remienda cuarenta y seis veces lo que cuesta ochenta y cinco pesetas: porque no se remienda el precio. Se remienda el día.

A quien se lo des: dale también la libreta. Un regalo sin su historial de reparaciones es solo un objeto, y esta familia no regala objetos. Regala mantenimiento.

Y ya está. No se me da bien acabar las cartas; por eso no las enviaba, creo, porque enviarlas es acabarlas.

Fergus MacRae, carpintero.

P. D. Dile a alguien cuánto lo quieres mientras pueda oírte. Es el único ítem sin acta.»

Me quedé un rato largo con la posdata, de pie, en la casa a oscuras del hombre más agarrado de Escocia, que resultó tener guardadas seis décadas de cartas de amor con la excusa del franqueo.

Después trabajé. Es lo que sé hacer con las noches imposibles. Reservé el vuelo del jueves a primera hora, Edimburgo, Madrid, Almería, a una tarifa de último minuto que era una extorsión con

número de asiento; la ceja pasó su recibo al pagar, entero, y la dejé: teníamos las dos cosas más caras en que pensar. Metí en la bolsa la lata, la foto, la carta y la libreta de reparaciones. Y el paraguas lo envolví en papel de embalar y cinta, vuelta a vuelta, hasta dejarlo hecho un paquete largo y serio que facturaré mañana como se factura un instrumento: declarando el valor a la baja, porque el real no cabe en el formulario.

Quedaban tres días. Uno para cruzar Europa, uno para pagar las deudas de mi abuelo y uno para intentar pagar la mía, que no está en ninguna lata pero pesa más que todas: tres segundos de silencio en una carpintería, a precio de mercado, con los intereses corriendo.

Capítulo 30 — Contabilidad del paraíso

El calor de Almería me golpeó en la puerta del aeropuerto como golpean aquí las borrascas: de frente y con intención. La diferencia es que de una borrasca uno se protege, y de aquello no había protección posible: treinta y ocho grados a las seis y media de la tarde, un aire quieto que pesaba como madera verde, y yo en mitad de la acera con un abrigo de lana al brazo, porque los abrigos, al viajar, o se llevan puestos o se facturan, y yo no facturo lo que puedo cargar.

Un taxista me miró el abrigo, me miró a mí, y tuvo la caridad de no decir nada hasta dejarme en el hostel, momento en que ya no pudo más:

—¿Viene usted de invierno?

—Vengo de agosto. Del otro.

El hostel se llamaba La Parra, costaba lo que en Edimburgo cuesta aparcar, y la habitación tenía una persiana verde que cortaba la luz en láminas y un ventilador de techo con tres velocidades: lenta, quejosa y de despegue. Dejé el paquete largo del paraguas encima de la cama, apoyé la bolsa con la lata, la foto, la libreta y el fajo de cartas —lo metí todo al final, el fajo entero, porque las deudas de palabras también prescriben mal y mi abuelo dijo que prefería pagar todo junto—, me quité de encima Escocia con una ducha y salí a buscar la calle de las Tiendas antes de que cerrara el día.

La encontré a las ocho y media, estrecha y fresca de sombra, con el suelo de losas gastadas por ciento y pico años de recados. La mercería seguía existiendo. El rótulo moderno decía otra cosa, una cosa de ahora, pero en el escalón de la entrada, en mosaico de

teselas pequeñas, resistía el apellido: EGEA. Los rótulos se cambian; los suelos, en los comercios que se respetan, no.

Estaba echando el cierre una mujer de unos cuarenta y cinco años, con el pelo recogido a lo práctico y una llave grande de las de verdad. Me miró venir —un hombre del tamaño de una puerta y media, con abrigo de lana al brazo, en agosto— y esperó con la llave quieta, en guardia baja.

—Busco a Amparo Egea.

—¿Y usted quién es?

—Callum MacRae. Nieto de Fergus MacRae. El carpintero escocés del 66, el de los rodajes. —La llave se quedó donde estaba, pero algo en la cara de la mujer se movió de sitio—. Vengo a pagar una deuda.

Me estudió el tiempo que se estudia un billete grande.

—Yo soy Marina. La nieta. —Terminó de girar la llave—. Venga mañana a las diez. Yo le digo si ella quiere verle.

—¿Le suena el nombre? Fergus.

—Ella sabrá —dijo Marina, que es la respuesta más almeriense que me han dado en la vida, según comprobaría después, y se fue calle arriba sin mirar atrás, aunque más despacio de lo que había empezado a andar.

Lo de la cena lo cuento porque me pasó a mí y aun así me cuesta creerlo.

Entré en un bar de la calle de al lado, azulejos hasta el techo, ventilador honrado, ocho parroquianos a gritos amistosos sobre fútbol. Pedí una caña. La caña llegó con un platillo: jamón, dos picos de pan, unas aceitunas partidas. Yo no había pedido el platillo. Se lo

dije al camarero, que me miró como se mira a los turistas cuando preguntan si el mar es de verdad.

—Es la tapa. Va con la caña.

—¿Incluida?

—Incluida.

Pedí la cuenta para verificar el sistema. Una caña: uno ochenta. El jamón, el pan y las aceitunas: cero. Pedí otra caña por rigor metodológico: llegó con ensaladilla. Cero. La tercera trajo un guiso pequeño de choco que en Inverfarr me habrían cobrado a precio de plato principal con suplemento de vistas. Cero.

Hice las cuentas allí mismo, en el posavasos, porque hay noches en que un hombre tiene que rendirse a lo que es: cinco libras y pico al cambio, tres cervezas, y en el otro lado del balance una cantidad de comida cuyo precio de mercado en mi país rondaría las once libras con cincuenta. Estaba ganando dinero cenando. El sistema económico de esta ciudad consistía, hasta donde alcanzaba mi auditoría, en darle a la gente más de lo que paga, sin apuntarlo, sistemáticamente, desde hacía generaciones, y la ciudad no solo no había quebrado: estaba llena, ruidosa y viva a las diez de la noche de un jueves.

Toda mi vida creí que la generosidad era un lujo que se financiaba con la ruina de alguien. Y existía esto: un pueblo entero, provincia entera, funcionando como Eilidh, como Agnes, como el bote de los peniques huérfanos, pero a escala industrial y con el convencimiento de quien no está haciendo nada raro. No era el paraíso. Era peor para mis esquemas: era viable.

A las once me vibró el móvil. Eilidh. Una foto: la mesa de Agnes, mantel bueno, dos platos puestos, uno frente a otro, los dos llenos. Debajo: «Jueves. Ha puesto dos igual. Dice que tu táper te espera congelado y que los plazos de los táperes también corren.»

Miré la foto más rato del que se mira una foto. Después pagué —la ceja hizo su parte del viaje con el euro ochenta multiplicado por tres, que la funcionaria no distingue divisas— y volví al hostel por calles que olían a jazmín y a plancha de calamares, calles de las que ella me había hablado con la voz que se le pone al hablar de aquí, y que yo iba reconociendo sin haberlas pisado, como se reconoce una casa por los planos.

Dormí mal en una ciudad donde, según todos mis datos, no me esperaba nadie. Los datos, últimamente, tienen un margen de error que no les conocía.

Quedaban dos días.

Capítulo 31 — Dimisión

El invernadero de mi padre huele a tomate caliente y a plástico al sol, y es un olor que a mí me abre expedientes antiguos con solo respirarlo.

Fui a verle el jueves a media mañana, al que fue suyo y ahora es de un fondo con nombre de constelación, y me lo encontré donde siempre, entre las líneas del tomate en rama, con su gorra y su libreta de encargado, apuntando kilos con la misma letra con la que un día firmó su ruina. Llevo aquí desde el martes por la noche y todavía no le había contado entero lo de Escocia. A mi madre sí, por entregas, en la cocina, que es su sala de vistas. A mi padre las cosas se le cuentan andando.

Anduvimos el pasillo central, del cabezal a la balsa, y se lo conté. El testamento, la lista, las actas. El tachón. El directo. Lo que callé y por qué. Villalba, la plaza, la palabra «continuidad» dicha como se enseña un cuchillo. Mi padre escuchaba mirando las plantas, parándose a quitar un brote ladrón aquí y allá, sin interrumpir, y al final, ya junto a la balsa, con el agua quieta espejando los nervios del techo, preguntó lo único:

—¿Y el hombre?

—El hombre entendió todo y por eso mismo se cerró. Dice que no quiere que nadie más se arruine por él. Ni una libra. Ni una regla.

Mi padre asintió despacio, rumiándolo con la mandíbula, que es donde él piensa.

—¿Te acuerdas de lo que me preguntaste a los quince años? —dijo

—. Si me arrepentía de haber firmado.

—Me dijiste que de firmar no se arrepiente uno.

—Te dije mal, o me entendiste a medias, o las dos cosas, que teníamos la herida reciente. —Se agachó, recogió un tomate caído, lo limpió contra el pantalón y lo sopesó como sopesa él el mundo—. Me arrepiento de a quién. No de cómo. Firmar con las dos manos es lo único que sé hacer, hija. El que firma con una sola es porque la otra la tiene en el bolsillo, guardándose algo, y con gente así no se hace ni tomate ni familia. —Me puso el tomate en la mano, que en el idioma de mi padre es un punto y aparte—. Tú has salido a mí en la letra y te has empeñado veinte años en salir al abogado del aire acondicionado en todo lo demás. Ya era hora de que se te viera la firma.

Me comí el tomate allí mismo, caliente de sol, chorreando por la muñeca, llorando un poco, que con mi padre se llora en pequeño y rinde como el riego por goteo.

En casa, después de comer, subí al altillo. Ahí está la caja de mi padre: una caja de cartón duro con las escrituras muertas, los planos del invernadero que fue suyo, el recorte del periódico de cuando ganaron el premio de la cooperativa en 2006. La caja de lo que fue, la llama mi madre, y la limpia de polvo dos veces al año como se limpia una lápida querida. La abrí, aparté los planos, y metí dentro, plano contra plano, mi plan a cinco años plastificado, con sus casillas y su casilla de este trimestre: «Expediente Escocia. 40 días. Volver. Plaza.» Cupo perfectamente. Los planes laminados de esta familia, por fin todos juntos, en el mismo archivo definitivo.

La dimisión la escribí a las cinco de la tarde, en la mesa de la cocina, con mi madre fingiendo trastear a tres metros. Fue más corta de lo que llevaba media vida temiendo: que dejaba el despacho con efectos inmediatos; que mi trabajo estaba en las actas y las actas hablaban solas; y que les deseaba suerte con el fideicomiso que ya no iban a administrar. Villalba contestó a los once minutos, que para ser él fue casi cariño: «Aceptada. Con efectos inmediatos. Devuelva el expediente.»

Le contesté con el último tecnicismo de mi carrera en Ordax & Villalba, y lo saboreé letra a letra: el testamento designa fedataria a «la letrada doña Rocío Salmerón», no al despacho. La designación es personal. Dimito de ustedes; del muerto, no. El expediente se queda conmigo hasta el día cuarenta, que es pasado mañana, y después irá donde deba: al notario de Edimburgo y a la historia menuda de un pueblo que ustedes no sabrían encontrar en el mapa.

No contestó. Hay silencios que valen por una minuta.

Y entonces, con la cocina oliendo a café de puchero y mi madre ya sin fingir que no escuchaba, hice lo último, que en realidad fue lo primero, porque llevaba hecho por dentro desde la balsa del invernadero: abrí el buscador de vuelos. Me descubrí mirando el de mañana viernes por la mañana, Almería, Madrid, Edimburgo, antes de saber que lo había decidido, que es como esta familia decide las cosas verdaderas: se enteran una de sus propias decisiones por los gestos, como los demás.

—¿Vuelves? —dijo mi madre, sin volverse del fregadero.

—El plazo acaba el sábado. Es el festival. El ítem doce necesita... — Me oí a mí misma y dejé el cargo a medias, porque mi madre merece más que jerga—. Vuelvo, mamá. Con cargo o sin cargo. Hay un hombre que repitió una ronda entera él solo, a precio completo, con mi ventana encima, y yo apagué la luz para no gritarle a través del suelo. Tengo cosas que decirle que no caben por un suelo.

Mi madre cerró el grifo, se secó las manos y me miró con esa cara suya de audio de cuatro minutos comprimido en un segundo.

—Pues no factures la maleta, que luego tardan una hora en sacarlas y tú ya vas tarde desde el lunes.

Reservé el vuelo de las 10:40. Una plaza. Esta vez el asiento de al lado que lo llene el azar, que últimamente trabaja mejor que yo.

«ACTA N.º 14 — Día 38 del plazo.

En Almería, jueves, siendo las 23:10, la letrada que suscribe HACE CONSTAR:

Primero. Que ha presentado su dimisión del despacho Ordax & Villalba con efectos inmediatos, conservando el encargo de fedataria testamentaria por ser designación personal del causante, criterio que sostendrá donde haga falta con la bibliografía que haga falta.

Segundo. Que restan pendientes los ítems undécimo y duodécimo, y dos días de plazo, y que esta letrada estará el sábado en Strathdreich en su condición de fedataria y en todas las demás condiciones que resulten pertinentes.

Tercero. Que su plan a cinco años ha sido archivado en la caja de lo que fue, junto a las escrituras de un invernadero, donde los planes plastificados de esta familia descansan por fin juntos.

(Anotación al margen, sin valor certificante: hoy un hombre que lo perdió todo por firmar con las dos manos me ha dicho que de lo único que se arrepiente es del destinatario. Esta letrada ha revisado su propio expediente a la luz de esa doctrina y hace constar que el destinatario, esta vez, está bien elegido. La forma de pago se negociará en persona.)

Doy fe.»

Capítulo 32 — Ítem 11: Amparo

Amparo Egea me recibió a las diez y cuarto de la mañana en un patio interior con dos sillas de anea, una mesa camilla sin faldas por el verano, y un botijo que sudaba en la sombra. Ochenta y ocho años, un moño blanco exacto, unas gafas colgadas de un cordón, y una manera de estar sentada que ya avisaba: erguida, las manos quietas, la barbilla en guardia. Marina me dejó con ella y se quedó cerca, en el quicio, en calidad de escolta.

—Conque el nieto —dijo, mirándome entero, de las botas al pelo, sin prisa—. Grande te has criado. Él también era grande y le sirvió de poco: los grandes creéis que aguantar es lo mismo que vivir.

—Señora Egea...

—Amparo. Los señores Egea eran mi padre y mi marido, y están los dos criando malvas, cada uno en su fila. —Señaló la otra silla—. Siéntate, que dar el pésame de pie es de repartidores. Y di lo que traes, que llevas la cara llena de recado.

Lo dije por partidas, como llevo todo. Que Fergus murió en junio, con la cabeza entera y las cuentas hechas. Que dejó un testamento con doce encargos y que el undécimo decía: ve a Almería, devuelve lo que robé, paga mi deuda, con intereses. Y fui poniendo sobre la mesa camilla, una a una, las piezas: la fotografía, la lata, y el fajo de cartas atado con bramante, seis décadas de sobres con su nombre.

Amparo miró la fotografía primero. La cogió con las dos manos, se la acercó, se puso las gafas del cordón. La costurera joven riéndose bajo el toldo; el carpintero sujetando la puerta que no lleva a ninguna parte.

—La robó del corcho —dijo, sin sorpresa—. El último día. Lo vi hacerlo. Fingí que no, para ahorrarle la vergüenza, y me pasé un

mes esperando que me escribiera para confesármelo. —Dejó la foto en la mesa, con cuidado y bocabajo, que es un gesto que todavía estoy descifrando—. Salía mejor de perfil, para que lo sepas. Siempre salió mejor de perfil. De frente le fallaba el valor y se le notaba hasta en las fotos.

—Las ochocientas noventa pesetas. —Abrí la lata. Los billetes de entonces, planchados, muertos de curso legal—. Él contaba novecientas, cuando lo contaba.

—Redondeaba hacia su culpa. Eran ochocientas noventa. —Miró la lata sin tocarla—. ¿Y eso qué es hoy?

—Cinco euros con treinta y cinco. —Puse las monedas junto a la lata, contadas—. Y los intereses. —Saqué el papel con el cálculo: sesenta años, interés compuesto, la cifra abajo subrayada una vez—. Los he calculado al tipo...

—Para. —Ni levantó la voz; no le hace falta, tiene la autoridad instalada de fábrica—. Yo presté ochocientas noventa pesetas, no una historia de amor. El principal me lo cobro, que a esa familia vuestra no se le puede perdonar una deuda: se os derrumba la fe, me lo dijo él una vez y es lo más verdadero que dijo nunca. Los intereses no. Los intereses eran suyos: era él quien los iba sumando cada año que no escribía. Que se los lleve puestos.

Cogió las monedas, las contó con una uña —cinco treinta y cinco, exacto—, y le hizo un gesto a Marina, que trajo papel y bolígrafo sin que mediara palabra. Amparo escribió con letra de otra caligrafía, la que enseñaban con castigos: «Recibí de D. Callum MacRae 5,35 €, saldo de la deuda contraída por D. Fergus MacRae en octubre de 1966. La deuda queda extinguida. Los intereses, rechazados. Amparo Egea.» Y firmó, y me lo tendió.

—Para tu notaria. Que las mujeres exactas nos reconocemos por los papeles.

—¿Cómo sabe que hay una notaria?

—Porque llevas media hora sin nombrarla y se te nota el esfuerzo. Anda, cuéntame, que estoy vieja para rodeos y el botijo no dura toda la mañana.

Le conté. Todo, que con Amparo Egea se cuenta todo o no se cuenta nada, no hay tarifa intermedia. La lluvia del primer día y los veinte peniques. Las actas. El tachón, el directo, la colisión, los tres segundos que callé y el autobús de las 6:40. Ella escuchaba con las manos en el regazo, implacable de atención, y al terminar yo, dictó sentencia:

—Tu abuelo era un cobarde encantador. —Lo dijo sin rencor, como se dicta un peso en una báscula buena—. Encantador de verdad, no te creas, de los que te arreglan el mundo con las manos y luego no saben cruzarlo para decirte una frase. Sesenta años de cartas y ni un sello. —Miró el fajo, y ahí, solo ahí, la barbilla le bajó la guardia un milímetro—. Y tú vas camino, niño. Tres segundos callado en una carpintería. La misma madera.

—Por eso estoy aquí. Para pagar lo suyo y aprender a no deber lo mío. —Tomé aire—. Llevo el discurso ensayado desde Escocia. ¿Me deja probarlo con usted?

—Prueba. Pero de pie no, que pareces un armario en mudanza.

Lo dije sentado, mirándola a ella como si fuera la otra: «Rompiste tu regla por mí y te dejé sola con la factura.» Y lo que viene después, que aquí no escribo porque mañana pienso decirlo donde toca y las palabras, dichas dos veces por escrito, se gastan.

Amparo me escuchó entera, sin mover una pestaña, y al final asintió una vez, corta, de perito.

—Vale —dijo—. Pues corre más que tu abuelo.

Antes de irme pasaron tres cosas, y las asiento por orden.

Una: le pregunté por el mito, el día que llovió en el desierto, el diluvio famoso que paró un rodaje. Se rio por primera vez, una risa breve y seca como una tijera buena.

—Llovió veinte minutos, hijo. El resto lo puso él. Los hombres que no saben quedarse agrandan el tiempo que estuvieron.

Dos: se quedó el fajo. Lo puso en su regazo, las dos manos encima, y dijo que las iba a leer por orden y despacio: «A este no le pienso hacer el favor de llorármelo todo en una tarde.» Y a la lata también le encontró destino: «La lata se queda. El banco es del acreedor.»

Y tres: cuando ya estaba en el quicio, me llamó. Fue al aparador, abrió un cajón pequeño de los de arriba, y sacó una cosa mínima que cruzó el patio en su puño cerrado y me puso en la mano: un dedal de latón, gastado de oro por el uso, caliente de estar guardado sesenta años en una casa fresca.

—Guardé el dedal porque era mío y era bueno. No todo lo que se guarda es por pena, niño; hay cosas que se guardan por calidad. — Me cerró los dedos encima, con una fuerza que no correspondía a sus manos—. Dáselo a la notaria. Que dé fe de que existí.

En la mercería, de vuelta, le compré a Marina hilo rojo. Todo el hilo rojo torzal que tenía, que era el importe aproximado de los intereses rechazados, y cuando Marina preguntó para qué necesitaba nadie tanto hilo rojo, le dije la verdad: para cuarenta y ocho remiendos más. Se quedó con la respuesta y con el dinero, que es el mejor reparto posible.

Lo del invernadero fue por la tarde, y casi no llego a tiempo de que me cambiara la vida. Fui a El Ejido en un coche de alquiler, preguntando por Paco Salmerón de invernadero en invernadero, porque hay frases que se pagan en persona y yo necesitaba saber dónde estaría ella el día cuarenta y uno, ya que el cuarenta era mío.

Encontré a su padre a la sombra del cabezal de riego, con una libreta como la mía. Nos medimos los dos el medio segundo de rigor.

—Usted es el escocés —dijo. No era una pregunta; en esta familia no preguntan: cotejan.

—Y usted el hombre de las dos manos.

Algo le pasó por la cara, camino de la gorra. Me tendió una de las dos, y el apretón fue un informe completo. Y entonces, de la caseta, salió una mujer con un táper y una cara que era la de Rocío con treinta años más de audios, que me miró de arriba abajo, del pelo a las botas, y dijo, con las manos en las caderas y un tono entre el reproche y el parte meteorológico:

—Huy. Pues llega usted tarde y temprano, según se mire. Salió esta mañana para ese pueblo suyo del que no calla. En el avión de las diez y cuarenta. A estas horas ya estará pisando charcos.

Nos habíamos cruzado. Sobre Francia, probablemente, cada uno en su plaza pagada, mirando cada uno su ventanilla, a novecientos por hora en direcciones contrarias. En mi familia llevamos tres generaciones perfeccionando el desencuentro; esta era nuestra obra cumbre, con medios modernos.

—El vuelo de esta noche va lleno —dije, más para mi ruina que para ellos; lo había mirado en el coche—. Salgo mañana a las siete. El plazo acaba mañana a medianoche.

El padre de Rocío me miró un momento largo, allí, entre su tomate que ya no es suyo, y dijo la única frase que me llevé de El Ejido, y valía el viaje entero:

—Pues no pierda usted el ferry, que mi hija odia esperar y lleva esperando sin saberlo mucho tiempo.

Esa noche, en el hostel, con la persiana verde a media luz, hice el remiendo cuarenta y ocho. Desenvolví el paraguas, lo abrí del revés sobre la cama, y cosí el forro que yo mismo había descosido con la navaja: la herida por donde salió la carta. Hilo rojo torzal de la mercería Egea, puntada corta, junto al remiendo número uno, que después de sesenta años sigue siendo el mejor de todos, y ahora sé por qué. Lo asenté en la libreta, en la página siguiente a la 47, con mi letra, que es la de mi abuelo con menos años: «48. Forro. Hilo rojo de Egea. Cerrado lo que abrió la carta.»

Y compré el paraguas nuevo. En Almería, donde se compró el primero, que las simetrías, si se pueden pagar, se pagan. Me costó encontrar una tienda con paraguas en agosto; el dependiente lo bajó de un altillo soplándole el polvo y me confesó, emocionado, que era el segundo que vendía en el año. Le dije que era una tradición familiar y no pregunto más, dijo, y no preguntó más.

Quedaba un día. Un avión, un tren, un autobús y un ferry. Y una frase a precio completo, con desglose, esperando su vencimiento.

Capítulo 33 — Día cuarenta, mañana

El bus de la mañana me dejó en la marquesina de las tres goteras a las nueve y veinte, y por primera vez en la historia de este expediente, no llovía.

No llovía. El Día del Festival de la Lluvia había amanecido con un claro insolente sobre el valle, y el pueblo estaba en la plaza montando carpas y farolillos con un ojo en el trabajo y otro en el cielo, y Hamish, subido a una escalera con su pluviómetro ceremonial de latón bruñido, escrutaba el horizonte con la cara de un novio al que se le retrasa la novia delante de todo el banquete.

—Frente confirmado al oeste —repetía, a quien pasara—. Confirmado. Entra a mediodía. A la una como muy tarde. Es matemático.

—Como se os seque el festival —dijo desde su coche oficial el alcalde Fairweather, que había llegado temprano con su delegación y su pancarta, oliéndose la sangre—, en Kirkbraw tenemos un Día del Sol precioso esta tarde. Quedáis todos invitados. Hay horchata.

A mí el pueblo me recibió como recibe este pueblo: sin aspavientos y con todo. Eilidh salió de detrás de la barra, cosa que no hace ni en los incendios, y me dio un abrazo corto y fortísimo que olía a levadura y a perdón mutuo. Morag levantó la vista de la libreta: «La banca te daba por volver a uno con ocho. He ganado yo, para variar.» Isla, que ha vuelto para el festival con el violín, me tradujo el ambiente general: «Lo que dicen todos es que ya era hora.» Y Agnes, sentada en la silla de honor junto a la carpa de los sándwiches, me señaló con el bastón que no necesita y solo usa para señalar:

—El jueves pusiste falta, niña. Se recupera.

Dentro del pub estaba lo que necesitaba ver y me deshizo un poco, por este orden: el tique de la segunda ronda, trescientas cincuenta y ocho con noventa, veintiséis líneas, clavado en el corcho a la vista de todos, como él dijo que se pagaba lo que se debía. Y el libro de Morag abierto por la página de la fe civil, con dieciséis firmas debajo de una entrada escrita en letra de otra época, incluida la de Tam, que firmó dormido y le salió mejor que despierto. Lo oí todo aquella noche a través de mi suelo, línea a línea. Verlo escrito fue distinto: lo oído se discute; lo escrito se queda a vivir.

—Se fue el jueves —me dijo Eilidh, secando un vaso seco—. A tu tierra. Con el paraguas envuelto en papel de embalar, hecho un fusil, y el abrigo de lana puesto, el bruto. —Dejó el vaso—. Y antes de irse le pagó a esta la matrícula de Glasgow entera, sin decir nada; me llegó el justificante al correo del pub porque el muy zoquete puso mal el suyo. Isla no lo sabe todavía del todo. Díselo tú, que tú sabes decir las cosas por escrito.

Me senté en mi mesa del rincón porque las piernas facturan aparte. Almería. Había estado en Almería, con el paraguas, mientras yo enterraba mi plan en el altillo de mis padres a veinte minutos de su hostel. Nos habíamos cruzado sobre Francia, cada uno en su asiento pagado. Tres generaciones de desencuentros en su familia, diecisiete años de planes en la mía, y el resultado: dos aviones.

Y entonces empezaron los mensajes.

Llegaban al móvil de Eilidh, que los leía en voz alta a la clientela como partes de guerra, porque el remitente, fiel a sí mismo, no gastaba una palabra de más:

10:12 — Madrid. Vuelo retrasado. 90 min.

11:40 — Pierdo conexión Edimburgo. Rerutado Glasgow 13:05.

13:15 — Embarcando. El abrigo pesa.

*15:50 — Glasgow. Tren no llega a bus. Bus no llega a nada.
Alternativa: bus a Kylebrae y ferry de las 20:15. El último.*

16:02 — Morag: abre cuota.

Morag abrió cuota, naturalmente. «Llega antes del pluviómetro: dos a uno. Llega mojado: uno con uno. No llega: sin apuestas, que hay cosas con las que no se juega», y el pueblo entero puso peniques en la primera casilla con una fe que no le he visto ni al reverendo.

El frente de Hamish entró a la una y cuarto, con cuarenta y cinco minutos de retraso que le costaron a ese hombre años de vida, y cuando las primeras gotas gordas tamborilearon en las carpas, Strathdreich entero salió a mojarse a la plaza con un júbilo que en cualquier otro lugar del planeta habría requerido explicación. Hamish abrazó su pluviómetro. Literalmente. Nadie se lo comentó, porque comentar las emociones de Hamish en día de festival es de mal vecino.

El festival fue el festival: el pregón del reverendo Buchanan («Hay pueblos que le piden a Dios que escampe. Nosotros hemos aprendido a rezar con el cubo puesto, y por eso se nos oye mejor: llegamos con hechos»), el concurso de paraguas decorados, que ganó el de la escuela con uno forrado de mapas del tiempo antiguos de Hamish, y la Carrera del Charco, con escándalo incluido: el charco oficial, menguado por la mañana seca, tuvo que ser regado con manguera antes de la primera manga, y Dougie exigió que constara en acta que «un charco asistido es un charco legítimo, que aquí el dopaje es de ellos», señalando a la delegación de Kirkbraw, que sonreía para su foto bajo la pancarta con la horchata sin estrenar.

Y Malcolm dio su último episodio, que fue el primero.

Había montado el equipo junto a la carpa grande para «la cobertura final del caso MacRae», y empezó con su voz de tráiler, y a los dos minutos Morag, que pasaba con el libro bajo el brazo, se paró

delante del aro de luz y le dijo, sin micro y sin maldad, con la exactitud de una acreedora vieja:

—Los números no mienten, hijo. Los tuyos llevan meses pidiéndote a gritos que los cuentes.

Y Malcolm se quedó un segundo con la sonrisa puesta y vacía, y luego la apagó él mismo, como se apaga una luz que gasta, y miró a la cámara, y los contó. Todos. Las tres tarjetas, el leasing al nueve y medio, el máster de trading, los patrocinios caídos, la celda «devolver a mamá». Bajo la lluvia del festival, con el pueblo haciéndole el corro más piadoso del hemisferio, el hombre que enseñaba a ahorrar contó en directo cómo se había arruinado comprando la apariencia de saber, y le tembló la voz dos veces, y las dos siguió. Isla, que le monitorizaba el directo desde el móvil por deformación técnica, empezó a dar cifras en voz baja: «Va por el doble de oyentes... por el triple... Malcolm, no pares, que esto sí que es contenido.»

A las siete de la tarde arreciaba de lo lindo, el ferry de las 20:15 era la última casilla del tablero, y Dougie se fue al embarcadero de Kylebrae con la furgoneta y los faros antiniebla, en misión oficial del municipio. Yo me quedé en la plaza, bajo el alero del pub, con el expediente en su carpeta impermeable y el corazón en modo avión, mirando la carretera del oeste por donde tenían que aparecer unos faros.

«ACTA N.º 15 — Día 40 del plazo.

En Strathdreich, sábado. Se abre a las 9:20 y se suspende a las 20:40 por avistamiento de faros en la carretera de Kylebrae.

Continuará.»

Capítulo 34 — Ítem 12: El paraguas

Crucé Europa en catorce horas con tres retrasos, dos rerrutados, un abrigo de lana que a esas alturas era un castigo bíblico y un ferry que cabeceó el loch entero bajo un aguacero de los que Hamish llama «de colección». Dougie me esperaba en el embarcadero con los antiniebla puestos y el motor en marcha, y no dijo «hola»: dijo «sube, que llegas», que es la frase más bonita que me ha dicho un mecánico en la vida.

Entramos en Strathdreich a las nueve y veinticinco de la noche. La plaza era una constelación empapada: farolillos aguantando el tipo, las carpas brillando, el pueblo entero fuera, bajo el agua, celebrando el agua, y el pluviómetro de Hamish en su peana como un trofeo al que por fin le ha llegado su año. Dougie paró en la bocacalle porque el resto, dijo, «se hace andando, que para eso has venido de tan lejos».

Bajé con el paraguas nuevo bajo el brazo, sin estrenar, con su funda y su etiqueta, porque hay cosas que no se estrenan por el camino. Y el granate en la mano derecha, desenvuelto, cerrado, con sus cuarenta y ocho remiendos y su libreta en el bolsillo interior del abrigo maldito.

La vi enseguida. Se ve enseguida lo que uno lleva viendo con los ojos cerrados una semana: junto al alero del pub, con el chubasquero amarillo que no ha parado un chubasco en su vida, la carpeta impermeable abrazada, el pelo pegado a la cara por el lado que la capucha nunca defiende. Mirando la bocacalle. Mirándome.

El pueblo hizo su maniobra maestra: se apartó sin apartarse. Se abrió un pasillo en la plaza sin que nadie diera un paso, no me pregunten cómo, es tecnología local.

Caminé hasta ella bajo el aguacero. Me paré a un metro, que era la distancia procesal de los primeros días, y abrí el paraguas granate sobre los dos, con el gesto de hace treinta y nueve días y sesenta años.

—Veinte peniques por minuto —dije—. Tarifa de 1987. Congelada.

Ella levantó la cara. Tenía los ojos de haber llorado organizadamente durante horas, en tramos, como lo hace todo.

—¿Y no hay nada mejor? —preguntó, con la voz rota por el sitio bueno.

—Para ti hay suscripción vitalicia.

Y le tendí el paraguas. El mango, hacia ella, con el brazo entero.

—Ítem doce. El nuevo es para mí. —Levanté un poco el paquete del brazo, con su etiqueta absurda—. Este es tuyo. Lo supe desde la primera lluvia, cuando cruzaste esa plaza con cincuenta euros de autoengaño amarillo y me saliste más cara que todo el testamento junto. Va con su libreta de reparaciones, cuarenta y ocho asientos, porque en mi familia no se regalan objetos: se regala el mantenimiento. El último remiendo es de anteayer. Hilo rojo de la mercería Egea. Cerré con él lo que abrí para encontrar la carta, y de la carta te hablaré luego, que tiene una posdata que pienso cumplir ahora mismo.

Ella soltó la carpeta contra el pecho con un solo brazo, levantó la mano libre y agarró el mango bajo el aguacero. Su mano debajo de la mía, las dos en el mástil viejo, el granate encima aguantando el cielo entero, y durante un segundo la plaza, el pueblo, los farolillos y la lluvia se colocaron alrededor de ese eje como si llevaran sesenta años esperando la pieza.

—Rocío. —Ya está, ya no había vuelta, mejor—. Rompiste tu regla por mí y te dejé sola con la factura. Ese es el asiento exacto de mi

vergüenza y lo digo aquí, delante de testigos, que es donde se pagan las deudas en este pueblo. Y ahora la mía, a precio completo, con desglose: rompo mi regla. La de los once años. La de si no gastas no debes y si no debes no dependes. La rompo en público y sin descuento: te quiero. Te quiero desde el día seis a las doce y cuarenta, te lo debo desde entonces con intereses, y no pienso amortizarlo nunca: pienso deberlo todos los días, que me ha explicado una señora de ochenta y ocho años que las deudas que uno conserva son las conversaciones que no quiere terminar. —Tomé aire; el aire estaba mojado, todo estaba mojado, bendito sea—. Mi abuelo dejó un ítem sin número, en una posdata: dile a alguien cuánto lo quieres mientras pueda oírte. Es el único sin acta. Lo estoy ejecutando. ¿Me oyes?

—Te oigo —dijo ella, y se le fue la voz y le dio igual—. Doy fe de que te oigo.

Y me tiró del cuello del abrigo maldito con la mano libre, y me besó, o nos besamos, la autoría vuelve a quedar sin determinar y que así conste para siempre, debajo del paraguas de Fergus y Amparo, delante de Strathdreich en pleno, con la lluvia aplaudiendo en la tela como aplaude la lluvia, que es sin parar.

El pueblo, en cambio, sí paró de disimular. Fue un estruendo. Hamish declaró a voz en grito precipitación histórica «en todos los registros disponibles», Morag anunció el cierre del mercado del ítem doce con júbilo de banquera en día de dividendo, alguien silbó el silbido del duelo —Dougie, luego lo negará— y Agnes, desde su silla de honor, levantó el bastón que no necesita en un gesto que en su idioma equivale a un discurso de tres horas.

Luego vino lo demás, por orden, porque hasta las mejores noches de mi vida las llevo por partidas.

Saqué del bolsillo una moneda de veinte peniques y se la puse en la palma: «El primer minuto de la suscripción lo pago yo.» Y al pagarlo,

la ceja hizo lo suyo, entera, delante de todos, y por primera vez en treinta y nueve años llegamos a la vez: sonreí con el tic dentro, los dos apuntes en el mismo asiento, y ella lo vio, y supe que lo vio, porque me puso el pulgar en la ceja un segundo, como se toca una máquina que por fin funciona con su defecto incluido.

Le di el dedal. Se lo puse en la mano cerrándole los dedos encima, como me lo dieron a mí: «De Amparo Egea. Dice que des fe de que existió.» Ella lo miró en su palma mucho rato, latón gastado de oro bajo los farolillos, y dijo que eso iba directo al acta, y al expediente, y a donde hiciera falta.

Hamish se abrió paso con su cartera de reparto, que había traído al festival por si acaso, porque Hamish es así: «Correspondencia de ultramar para el heredero. En mano o nada.» Era la postal. Alberta, un lago de foto, tres líneas por detrás con la letra encogida de mi padre. Leí las dos primeras allí mismo, bajo el paraguas: «*Recibí tu carta. Corto es lo nuestro, tienes razón.*» La tercera línea la guardé para otro día, con postal y todo, en el bolsillo del abrigo. Hay créditos que se amortizan por tramos, y esa noche ya tenía la caja ocupada.

Malcolm se acercó al final, empapado, con el equipo apagado y la cara nueva de los que han contado sus números. Me tendió la mano. Se la estreché. Ninguno de los dos dijo nada del pasado, y los dos, lo sé como sé medir madera, apuntamos mentalmente que el último café del asunto lo había pagado yo. Hay pieles que no se cambian; se remiendan.

Y entonces ella se separó medio paso, sin soltar el paraguas, se colocó la carpeta bajo el brazo con un gesto que le conozco de los momentos solemnes, y pidió silencio. Lo pidió con la mano, como en el ceilidh, y lo obtuvo al segundo, porque este pueblo sabe cuándo va a pasar historia menuda.

—Queda por certificar el ítem duodécimo —dijo, con la voz de juzgado ya entera—, y esta letrada tiene un problema: es la destinataria del paraguas. Parte interesada. No puede dar fe de lo que recibe. —Miró alrededor, la plaza mojada, las caras—. Así que hago lo único que cabe en derecho y en todo lo demás: dimito como fedataria, aquí, en directo, con efectos inmediatos... y firmo como parte. Y la fe, que no se pierda: la fe la pone el pueblo. Morag, el libro.

Morag ya venía con el libro abierto y dos bolígrafos, por si uno moría en acto de servicio.

Lo que pasó después está escrito en otra parte, con mejor letra que la mía. Yo solo añadido el cierre de mi contabilidad, para quien audite: a las once y cuarenta de la noche del día cuarenta, el plazo del testamento de Fergus MacRae se cumplió con los doce ítems ejecutados, y a mí me daba exactamente igual. Dos millones cuatrocientas mil libras, la carpintería, el Regal, las tierras: calderilla, todo, comparado con una mano debajo de la mía en un mango remendado. Mi abuelo, que medía por oficio, lo supo antes que nadie y tardó sesenta años en decirlo. Nosotros hemos tardado cuarenta días. En esta familia, a eso se le llama ir sobrados.

ACTA FINAL

«ACTA N.º 15 — Día 40 del plazo. (Continuación y cierre.)

En Strathdreich, sábado, siendo las 23:40, en la plaza del pueblo, bajo precipitación intensa y sostenida, la que suscribe HACE CONSTAR:

Primero. Que el ítem undécimo ha quedado ejecutado y acreditado mediante: recibo original firmado por doña Amparo Egea, de Almería, por importe de cinco euros con treinta y cinco céntimos, saldo de una deuda de ochocientas noventa pesetas contraída en octubre de 1966, con rechazo expreso de los intereses, cuyo contravalor fue invertido por el heredero en hilo rojo torzal en el mismo establecimiento acreedor; devolución documentada de una fotografía sustraída en 1966, único robo conocido del causante, del que dejó escrito que no se arrepentía; y entrega a esta letrada de un dedal de latón con el encargo de dar fe de que su propietaria existió. Se hace constar, con todo el valor que este expediente pueda darle: Amparo Egea existe. Doy fe de ella.

Segundo. Que el ítem duodécimo ha quedado ejecutado a las 21:40 de este día mediante la adquisición previa de un paraguas nuevo en la ciudad de Almería, factura en anexo, y la entrega del paraguas del causante —granate, cuarenta y ocho remiendos, libreta de mantenimiento incluida— a una destinataria que el testador no nombró porque no hizo falta.

Tercero. Que siendo la destinataria la propia fedataria, y no pudiendo dar fe quien recibe, la que suscribe ha dimitido de su condición en el acto, en directo y ante el término municipal en pleno, firmando el presente documento COMO PARTE. La fe pública ha sido suplida por fe civil: la ejecución del ítem consta en el libro de doña Morag Sinclair, página 41, con setenta y tres firmas de testigos

presenciales, incluidos un pastor de la Iglesia de Escocia, un cartero-meteorólogo en éxtasis profesional, una señora de ochenta y un años con bastón ornamental, un pódcast en su mejor día y el alcalde de Kirkbraw, don Alistair Fairweather, que firmó con letra pequeña y horchata intacta. La cuota del mercado correspondiente fue liquidada por la banca en el acto, con júbilo contable.

Cuarto. Que en consecuencia los doce ítems del testamento de don Fergus MacRae han quedado cumplidos dentro del plazo de cuarenta días, lo que se comunicará al despacho Drummond de Edimburgo a primera hora del lunes, deviniendo el heredero propietario del caudal relicto, extremo que a los dos firmantes de este documento, y que quede constancia de ello, les importa considerablemente menos de lo previsto por el causante, o exactamente lo que el causante había previsto, que a estas alturas del expediente ya no se sabe dónde acababa la puntería de ese hombre.

Quinto. Que existía un ítem adicional, sin número y sin acta, contenido en posdata. Se hace constar que fue ejecutado a las 21:43, de viva voz, ante testigos, y que la destinataria lo oyó.

No hay más asuntos. Llueve. Doy fe.

Rocío Salmerón Vega. Parte.»

Epílogo — Un año después

El festival de este año lo abrió Hamish con un dato: trescientos once días de precipitación registrada en los últimos trescientos sesenta y cinco, «récord comarcal validado y remitido a las autoridades competentes», y una mirada larga a la delegación de Kirkbraw que valía por un tratado de paz mal firmado.

Yo lo vi desde la puerta de mi despacho, que está en la calle principal, entre Fraser y la carpintería, a once pasos de la una y catorce de la otra, medidos por un profesional. El cartel lo hizo él, en roble, con letra a escuadra: «SALMERÓN — ABOGADA. Testamentos imposibles, especialidad de la casa.» Tengo más trabajo del que cabría esperar: por lo visto, en cien millas a la redonda hay una cantidad asombrosa de gente mayor con ganas de complicarles la herencia a los suyos con conocimiento de causa, y todos han oído hablar del caso MacRae, y todos quieren «una lista como la del viejo, pero adaptada». Cobro en libras y, con más frecuencia de la que admite mi contable, en táperes.

En el pub, la hoja del libro de Morag —la página 41, las setenta y tres firmas— cuelga enmarcada junto al corcho del tique, y debajo, en una vitrina pequeña que fabricó él sin decir nada, está el dedal de latón. Fue Isla, en las navidades, de vuelta de Glasgow con el violín y un vocabulario nuevo, la que levantó la vista de la vitrina al rótulo de la fachada y preguntó lo que nadie había preguntado en un siglo: «Un momento. ¿El Cardo y el Dedal? ¿Esto se llama así desde cuándo?» Desde 1911, dijo Eilidh. Nadie lo explicó. Hay coincidencias que, explicadas, salen carísimas, y vividas salen gratis; en esta casa hemos aprendido a distinguir el género.

Del año, las cuentas breves. El Regal da función el primer sábado de cada mes; Senga cobra las entradas a una libra y hace la vista gorda con un criterio jurisprudencial que me tiene profesionalmente

escandalizada y personalmente encantada. El condensador de repuesto está comprado por duplicado —«por si acaso», dijo él, y Agnes, al oírlo, se emocionó como otras abuelas se emocionan con los nietos—. Los jueves siguen siendo de Agnes, ahora con tres platos fijos y raciones de regimiento sin corregir. Dougie le ganó a los dardos en febrero, limpiamente, por un doble dieciséis que se ha hecho reproducir en una camiseta. Malcolm rebautizó la temporada de su pódcast como «Cómo no ahorré», triplicó oyentes contando sus ruinas con recibos en la mano, y cuando viene por el pueblo, él y Callum se dan la mano y apuntan mentalmente quién pagó el último café; van empatados y lo saben los dos con decimales. La postal de enero llegó el día nueve, puntual, con tres líneas; la tercera ya se lee. Y Amparo escribe. Con sello. A todos nos saca ventaja.

Del dinero no hay mucho que contar, que es exactamente lo que él quería que hubiera que contar: un fondo discreto sostiene el Regal, el salón parroquial tiene calefacción nueva que el reverendo atribuye a la Providencia con conocimiento de causa, y el heredero de dos millones cuatrocientas mil libras sigue sin haberse comprado nada que haga ruido. Morag mantiene abierta una cuota sobre «fecha de boda» que nadie ha querido cerrarle, ella la actualiza cada trimestre con criterios actuariales propios, y nosotros dejamos correr el mercado, que la banca también tiene que vivir.

Y el llavero. En mi llavero, entre la llave del despacho y la de casa, hay un botón de cuerno de dos centímetros, montado en una anilla con un trabajo fino de taladro que solo pudo hacerse en cierto banco de carpintero. Apareció ahí en algún momento del invierno. Yo no he preguntado. Él no ha confesado. En la vida de cada pareja debe haber al menos un expediente sin instruir, y el nuestro es un botón que sobrevivió a un jersey del que se dijo públicamente que no era una reliquia. Doy fe de que no era una reliquia. Las reliquias se guardan en vitrinas; esto viene conmigo a todas partes.

En agosto fuimos a Almería, como iremos siempre: es cláusula verbal de la suscripción. Mi madre lo ceba, mi padre y él se van a

andar entre invernaderos y vuelven a las tres horas habiendo cruzado, según testigos, once frases y dos presupuestos.

Merendamos con Amparo los martes, que nos recibe en el patio con el botijo y las espinas en su sitio, y va por la carta de 1981, leyendo por orden y despacio, sin hacerle a nadie el favor de llorárselo todo en una tarde.

Y el jueves pasado, a media tarde, el cielo de mi ciudad se puso del color de las cosas serias, y cayó una de las veintiséis. Una tormenta de agosto de las de verdad, de las que huelen a tierra empeñada en resucitar, con la gente corriendo bajo los toldos y los turistas fotografiando el milagro. Nosotros estábamos en la calle de las Tiendas, saliendo de la mercería. Él abrió el paraguas granate —viaja siempre en su funda, facturado como un instrumento, con la libreta en el bolsillo interior— y lo sostuvo sobre los dos, y yo agarré el mango debajo de su mano, en el sitio exacto donde el mástil ya tiene la marca de nosotros, y nos quedamos quietos mirando llover sobre Almería, que es ver llover sobre lo sediento y no se parece a nada.

—Veinte peniques por minuto —dijo, por encima del estruendo, como quien reza lo suyo.

—Suscripción vitalicia —le recordé—. Consta en acta.

En Almería llueve veintiséis días al año. Este me lo pienso gastar entero.
